

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 21.

NUM. 244.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

ABRIL 1909

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE VALENTÍN TORDESILLAS
Calle del Tutor, 16.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL DESASTRE DE CAVITE

SUS CAUSAS Y SUS EFECTOS

El combate.

Llegamos al momento crítico (1): al desastroso desenlace debido á la desidia y al abandono de los gobiernos que se sucedieron en España desde 1872, cuando estalló la primera insurrección de Cavite, pues que ya entonces pudo comprenderse que era necesario, indispensable de todo punto, pensar maduramente, y estudiar con interés las medidas que convenía poner en práctica para que nuestra dominación en Filipinas no llegara á hacerse odiosa, y para implantar las reformas que el progreso y la mayor cultura de los habitantes exigían; pero sin precipitación ni exageraciones, con tacto y prudencia, dando al propio tiempo más facultades al Gobernador general para todo lo que afectare al bienestar y engrandecimiento del Archipiélago, de acuerdo con lo que propusiera el Consejo de Administración, constituido en su mayor parte por entidades independientes, de arraigo en el país.

En una palabra: ir dando á las Islas Filipinas todos los derechos de que disfrutaban las colonias inglesas, dentro de su obediencia á la metrópoli.

La escuadra de Filipinas, compuesta de buques, en general pequeños, de poca marcha, no servía más que para tiempos de

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de 1.º de Marzo de 1909.

paz, ó á lo sumo para sofocar insurrecciones locales ó para combatir á los moros de Mindanao y Joló.

La Marina se hallaba como cuarenta años atrás.

La defensa y fortificación de las plazas de la bahía de Manila y del puesto del Súbic, como doscientos años lo menos.

Desde mi llegada á Manila no cesé de exponer al ministro las faltas del personal de todas clases, especialmente de artilleros de mar, y las del material, tanto en buques como en cañones de tiro rápido y torpedos.

Y el ministro contestaba siempre con vagas promesas, con evasivas y hasta con punible indiferencia.

Mi situación, desde que empezó á temerse que podría haber guerra, era apurada por demás.

Entregado á mis propias fuerzas é iniciativas, sin barcos dignos de este nombre, sin recursos bastantes en personal y material, ¿qué partido me quedaba por tomar?

Hice lo que mi honor, mi conciencia y mi deber me aconsejaban.

Reuní á los jefes y comandantes que tenía á mis órdenes, les expuse en todos sus detalles la situación, oí su dictamen, y, conforme á él, decidí lo que debía hacerse:

Aceptar el combate en las condiciones menos malas posibles.

Esto es, ir al sacrificio.

En la noche del 29 de Abril me hallaba de regreso con la escuadra en el seno de Cañacao.

Muy ocupado con los preparativos para el combate, envié á Manila mi ayudante para que dijese al capitán del puerto (Cano) que saludase en mi nombre al Gobernador general, y le explicase que me disponía á esperar en Cavite al enemigo, como ya se lo decía de oficio por escrito.

El día 30 quedaron los buques situados así: el crucero *Castilla*, amarrado en cuatro, con su máquina inútil y el casco en malísimo estado, próximo á la punta «Sangley»; luego el *Reina Cristina*, por las amarras de este crucero, el *Cuba* y el *Luzón*;

por la proa, el *Marqués del Duero*; en el claro que quedaba por detrás del *Castilla*, el *Don Juan de Austria* y el *Ulloa*; sin movimiento este último, por tener en reparación la máquina, casi desartillado y amarrado en cuatro, como el *Castilla*.

Por la tarde se hizo la señal de *á la orden los comandantes*, y, en la cámara del *Cristina*, les recomendé que se batieran bien, resistiendo hasta el último extremo, echando á pique los buques antes de que cayeran en poder del enemigo, sin rendirse bajo ningún concepto.

Así lo prometieron todos con decisión y firmeza, marchando á sus buques respectivos para prepararse á la función de armas, ya próxima.

Dispuesta la escuadra para el combate, con los fuegos avivados y todos en sus puestos respectivos, esperábamos por momentos al enemigo. A todos los buques, después de pintados de color gris obscuro, se les había desembarazado de las vergas, de los masteleros y de las piezas de respeto, á fin de evitar en parte los efectos de los proyectiles y astillazos, así como que tuviesen más libres sus movimientos.

A las cuatro de la mañana del 1.º de Mayo se hizo la señal de zafarrancho de combate, que se ejecutó en todos los buques.

El primero que divisó los buques americanos fué el comandante del crucero *Don Juan de Austria* (capitán de fragata don Juan de la Concha), señalándolos inmediatamente.

En efecto; se veían hasta ocho bultos, confusamente dibujados entre la bruma, que se dirigían hacia Manila, por detrás de la punta Sangley.

Eran las cuatro y tres cuartos; aún no había amanecido, y se estaba repartiendo el café á la tripulación. Terminado el desayuno, se tocó á atención, y un profundo silencio reinó sobre cubierta. En aquel solemne momento pronuncié la siguiente alocución:

«¡Soldados y marineros! Los Estados Unidos de Norte América nos obligan á una guerra inicua cuando no debíamos

esperarla. Su principal objeto es arrebatarnos la rica Isla que hace cuatrocientos años poseemos, con el derecho que nos da el descubrimiento del Nuevo Mundo y su conquista. Pero la ambición de aquéllos, no satisfecha con Cuba, viene á atacarnos también en este Archipiélago, con una escuadra muy superior á la nuestra.

»El enemigo está á la vista, y confío en que todos le demostraréis en el combate que sois dignos compañeros de nuestros antepasados en la historia patria. ¡Viva España! ¡Viva el Rey!»

Un caluroso y nutrido viva contestó á estas palabras, y uno de los más animosos fué el capellán (D. Ramón Novo), quien, lleno de entusiasmo, exhortaba á recibir con valor y con tranquilidad los proyectiles enemigos.

Desde á bordo del *Cristina* se avistó la escuadra algo confusa, formando una línea de fila casi paralela á la nuestra y como á 6.000 metros de distancia; á la cabeza el buque insignia, *Olympia*, siguiendo el *Baltimore*, el *Raleigh* y el *Boston* (éste al parecer cabeza de la segunda división) con el *Concord*, el *Petrel* y el *Mac-Culloch*, quedando fuera de la línea los transportes *Zafiro* y *Nansham*.

A las cinco rompió el fuego la batería de la punta Sangley, cuyos primeros tiros resultaron cortos y á la izquierda de la dirección del *Olympia*. La escuadra americana formó una línea de frente, quedando en la marcación NE. SO.

En la punta Sangley estaban emplazados dos cañones de 15 centímetros (Ordóñez), de los cuales sólo uno tenía fuego en dirección de la escuadra enemiga. Una de las baterías de Manila disparó sin éxito algunos cañonazos. Resultaron muy cortos. A las cinco y cuarto, previa señal, rompieron el fuego nuestros buques, empezando el *Cristina*, respondiendo inmediatamente los americanos y generalizándose desde este momento el combate. El fuego del enemigo se hizo rapidísimo, viéndonos rodeados de un sinnúmero de proyectiles, pues los tres cruceros *Olympia*, *Baltimore* y *Raleigh* disparaban sobre

el *Cristina*. Al poco tiempo de empezar el fuego, una granada del enemigo reventó en el castillo, dejando fuera de combate todos los sirvientes de los cuatro cañones de tiro rápido, haciendo astillazos en el palo trinquete, con los cuales fueron heridos los timoneles que gobernaban en el puente, sustituyéndolos el teniente de navío D. José Núñez, quien con gran serenidad siguió en la rueda del timón hasta que terminó el combate, acompañado de mi hijo Patricio, teniente de infantería de Marina.

Convencido de que nuestros cañones no alcanzaban al enemigo, di orden al teniente de navío, Núñez, de que dirigiese el *Cristina* á toda máquina sobre el crucero *Olympia*, esfuerzo desesperado que fué infructuoso. Serían las siete y media. Una granada partió el servo-motor del timón; hice engranar la rueda de mano, quedando (el búque) sin gobierno en este intervalo, que se hizo largo por haber estallado otra granada á popa, que dejó nueve hombres fuera de combate. Otra destrozó el calcés y el pico del cangrejo del palo de mesana, arrastrando la bandera y mi insignia, que se reemplazaron inmediatamente. Un nuevo proyectil, que reventó en la cámara de oficiales (convertida en hospital de sangre), destrozó á los heridos que allí se curaban. Otro, que estalló en el pañol de municiones y artificios, llenando de humo las cámaras, impidió armar la rueda de mano del timón. Siendo imposible dominar el incendio, hubo que inundar el pañol citado cuando ya empezaba á hacer explosión la cartuchería. En el centro del buque, varias granadas de pequeño calibre atravesaron las chimeneas, y una de las grandes los guarda-calores, dejando fuera de combate cerca del fogón á un condestable y á doce sirvientes de la artillería. Otra inutilizó el cañón de proa á estribor, mientras que el incendio de popa aumentaba, amenazando abrasar todo el alcázar, tomando nuevo incremento por otra granada que atravesó el costado, reventando en el sollado. Los cañones servibles continuaban haciendo fuego, y un solo cabo de cañón con un cabo de mar, únicos que quedaban útiles, iban

disparando los que les dejaban cargados la marinería de la maniobra, que reemplazó repetidas veces á la de la artillería.

Sin gobierno el buque, y ardiendo por todas partes, fuera de combate la mitad de sus tripulantes, contándose entre ellos el capellán, el contador, los dos médicos, un teniente de navío, dos alféreces de navío, es decir, gran parte de los oficiales, dispuse que se abandonara el *Cristina* y que se echase á pique antes de que explotasen los paños de pólvora y de granadas de popa y de proa. Al mismo tiempo se hicieron señales al *Cuba* y al *Luzón* para que acudiesen en nuestro auxilio. Aprovechando una lancha sin remos ni gente, que se hallaba al garette próxima al portalón, me transbordé á ella, lleno de sentimiento, acompañado de mi Estado Mayor, y llegué al *Isla de Cuba* bajo un sinnúmero de proyectiles, arbolando mi insignia en dicho crucero. Con los botes del *Cuba*, del *Luzón*, del *Duero* y con las lanchas que acudieron del arsenal, se procedió con rapidez á recoger las tripulaciones del *Cristina* y del *Castilla*, principalmente los heridos, trasladando todos al arsenal.

Poco después de comenzado el abandono del *Cristina*, cuando ya muchos se habían puesto en salvo, una granada destrozó al comandante del crucero *Reina Cristina*, capitán de navío D. Luis Cadarso (que se hallaba dirigiendo el salvamento), al primer condestable y al primer contramaestre, hiriendo á varios marineros y soldados. No tardó mucho en irse á pique el *Cristina*, haciendo explosión é incendiado completamente.

El *Ulloa*, que se defendió con mucho tesón, quedando fuera de combate su comandante, capitán de fragata D. José de Iturralde, y gran parte de su reducida dotación (la indispensable solamente para el servicio de las dos únicas piezas que tenía disponibles), se hundió lleno de agua por los rumbos abiertos en su flotación por los proyectiles del enemigo. El *Castilla* se batió heroicamente. A medio combate se le inutilizó el cañón de proa de á 15 centímetros, por haber reventado una granada en el reducto de aquel sitio. Se inutilizó en seguida el de á 12 centímetros de la misma banda, y desde entonces sólo ha-

cía fuego el cañón del reducto de popa. Acribillado el buque por los proyectiles é incendiado todo él, fué abandonado por su tripulación con el mayor orden, dirigiendo la operación el comandante, capitán de fragata D. Alonso Morgado. El crucero *Don Juan de Austria*, con muchas averías y bastantes bajas; incendiadas sus carboneras, acudió en auxilio del *Castilla* (intentando remolcarlo). El *Luzón* tenía tres cañones desmontados y algunas averías en el casco. El *Marqués del Duero*, inutilizada una de las máquinas é inútil también el cañón de proa de á 12 centímetros y uno de los reductos.

Siguiendo las aguas del *Isla de Cuba*, que arbolaba mi insignia, se dirigieron á la ensenada de Bacoor el *Luzón*, el *Don Juan de Austria* y el aviso *Marqués del Duero*. Con sorpresa se observó que los buques enemigos se retiraban por detrás de la punta Sangley; supuse que no tardarían en repetir el combate, en previsión de lo cual dispuse que se preparasen los comandantes para abandonar sus buques, con sus tripulaciones, armas portátiles, banderas, documentos de importancia, ropas y caudales, quitando antes los aparatos de cierre de los cañones, pues que sería insensatez pensar en hacer la menor resistencia á fuerzas tan superiores como eran las del enemigo, abriendo los grifos de inundación al salir todo el personal de los buques.

La granada que hirió á los timoneles del *Cristina* me causó una contusión en la pierna izquierda, y se me hizo la primera cura á bordo del crucero *Isla de Cuba*.

A las diez fué á felicitarme el comandante del arsenal, capitán de navío de primera clase, D. Enrique Sostoa, y ambos bajamos á tierra, con el capitán de navío, Boado, y mi ayudante. Revisté en el arsenal á los que se habían salvado, dispuse que se les repartiera un rancho y me dirigí á la Comandancia general para repetir la curación de mi herida y redactar el despacho telegráfico, dando cuenta al ministro de Marina de las ocurrencias del combate naval.

Los americanos reanudaron el combate á las once de la

mañana, y me dirigí hacia los pabellones, frente al cuartel de Guardias, disponiendo que los que se hallaban en el arsenal se guarecieran detrás de los muros, ya que no teníamos medios de responder á los disparos del enemigo.

Desde la puerta del arsenal presencié el abandono de los buques, refugiados en la ensenada de Bacoór, cuyas tripulaciones desembarcaron ordenadamente, con sus comandantes al frente, por la playa fuera del arsenal.

Deseaba conferenciar con el general García de la Peña, gobernador militar de Cavite, porque, destruída la escuadra, mi puesto era Manila, al lado de la primera autoridad, para tomar las medidas que las circunstancias hacían necesarias.

A la una de la tarde había cesado por completo el fuego, habiéndose visto precisado el general Sostoa á izar bandera de parlamento. Entretanto, me leyó el general Peña copia del parte cifrado que dirigía el Capitán general, haciéndole una relación concisa del combate, y le rogué que añadiera mi conformidad con lo expuesto. Me presentó al primer teniente de Artillería, D. Valentín de Valera, cuya valerosa conducta en la batería de la punta Sangley elogió como se merecía. Muchas personas llegaron á felicitarme, admirando la resistencia que con tan malos buques había opuesto, por espacio de casi tres horas, á la poderosa escuadra americana. Sucesivamente se me fueron presentando los comandantes de los buques echados ya á pique, cuyas tripulaciones se hallaban sin novedad, acuarteladas en las bóvedas de la muralla y en casas particulares.

Con mayor calma, procedí á redactar el parte oficial telegráfico del combate, que terminaba así:

«... Los buques refugiados en ensenada de Bacoór, fué preciso ir echando á pique para evitar cayeran en poder del enemigo. Éste bombardeó. Pidióle comandante general del arsenal de Cavite que cesara. Puso por condición quemar restos escuadra. Me consultó (Sostoa), y accedí para evitar más pérdidas de vidas y edificios. Se calcula que las pérdidas asciendan á 400 bajas. Muertos, capitán de navío, Cadarso; ca-

pellán Novo, y otros. Ha sido un desastre, que lamento profundamente, que presentí y anuncié siempre, por la falta absoluta de fuerzas y recursos.»

El ministro de Marina (Bermejo) me dirigió el mismo día, 1.º de Mayo, el cablegrama siguiente: «Honor y gloria á los que se han batido heroicamente por la patria.»

Nada me detenía ya en Cavite. Destruída la escuadra, desembarcadas sus tripulaciones, y sabiendo que ya no sería bombardeado el arsenal, según lo prometido por Dewey, marchar sin tardanza á Manila, mi residencia oficial, donde podría comunicarme con Ilo-Ilo, Cebú y el resto del archipiélago (antes de que cortasen el cable submarino los americanos), desde allí me sería más fácil dar las órdenes necesarias á los cañoneros que aún quedaban distribuídos por el resto de las islas, para el caso de que los buques enemigos fuesen á las Bisayas, como parecía probable, en vista de la petición que había hecho el comodoro Dewey, de que al salir sus buques no les hicieran fuego las baterías establecidas en las bocas grande y chica.

Por otra parte, si la escuadra americana llegaba á bombardear la capital, necesitaba encontrarme en mi puesto, en Manila, en mi calidad de Comandante general del apostadero y de los veinte buques que se hallaban en las Bisayas, en el Sur y en las Carolinas.

El gobernador de Cavite me proporcionó tres calesas, y á las siete de la tarde marché tristemente hacia Manila, con mis dos hijos y una escolta de caballería, dejando en Cavite al capitán de navío, Boado, y al teniente de navío, Núñez, para organizar un batallón con la marinería desembarcada, que debía mandar el capitán de fragata, D. Juan de la Concha, todos á las órdenes del comandante general del arsenal, D. Enrique Sostoa, el cual tenía encargo mío de conducir estas fuerzas á la capital, á disposición del Capitán general.

Penosa fué mi peregrinación por arenales y terrenos húmedos en el trayecto de los 28 kilómetros que hay desde Cavite á Manila. Los vaivenes continuos de la calesa irritaron la

herida que tenía en la pierna izquierda, causando la hinchazón de ésta. No podía darme cuenta de lo sucedido. Me parecía un sueño. Pasado Cavite Viejo, se veía arder el vapor trasatlántico *Mindanao*, cerca de la playa de Las Piñas. Los inhumanos *yankees* se habían cebado en este buque, que debía considerarse seguro en el fondeadero que yo mismo había designado á su excelente capitán.

Por la izquierda, en la ensenada de Bacoor, algunas como fogatas con espesa humareda indicaban los cascos de los buques incendiados; algo más lejos, en el seno de Cañacao, resaltaban fuertemente, en medio de la obscuridad de la noche, las llamas que surgían hacia el cielo de los que fueron cruceros *Reina Cristina*, *Castilla* y *Ulloa*, y, por último, más lejos, formando círculo, brillaban espléndidamente los buques enemigos, ostentando como trofeo en su alumbrado eléctrico la palabra *triumph*, formada con las luces.

* * *

El 2 de Mayo fué cortado el cable submarino por orden del comodoro Dewey, acto *ab irato* que pudo evitar el general Augustín si hubiese tratado con cortesía al cónsul inglés, que le pidió fuese al *Olympia* el encargado, á lo que se negó aquél. Conmigo estuvo áspero (cuando fuí á saludarle el mismo día), haciendo alarde de su autoridad superior. Sin faltarle al respeto, le contesté con dignidad, y entonces, cambiando de tono, se lamentó de no haber tratado mejor al cónsul. El arrepentimiento llegó tarde.

La situación de Augustín no era de envidiar, ni las condiciones de su carácter eran las que necesitaba poseer la primera autoridad en aquellas críticas circunstancias.

Manila se hallaba sitiada por los insurrectos, que, protegidos por los americanos, después de saquear el arsenal de Cavite, se dirigieron á la capital, con ánimo de apoderarse de ella, unidos á los *yankees*.

(Concluirá.)

El contralmirante,
PATRICIO MONTORO

JUAN VALERA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONÉS

La muerte de Juan Valera, acaecida hace pocos años, no atrajo gran cosa la atención en España, y apenas fué notada en el mundo en general. En la mayor parte de los países, la desaparición de un gran escritor es la señal que inicia entre una multitud de escritores de calidad inferior á la suya la presentación de sus testimonios de admiración. Salvo uno ó dos opúsculos y algún que otro artículo de revista—en especial ciertas ligeras reminiscencias personales de su antigua amiga y rival en la novela, Emilia Pardo Bazán, publicadas en *La Lectura*,—no he podido encontrar nada acerca de Valera, ningún libro ni biografía, mostrando en general los críticos todos más perspicacia, al tratar de alabar su obra, para los defectos de menor cuantía que para las grandes cualidades de estilo y personalidad. Y no obstante, Valera ofrecía admirable materia para una biografía, porque no sólo fué insigne escritor, sino personaje ameno é ingenioso, que vivió una vida cosmopolita, llena de interés y variedad, y desempeñó parte señaladísima en los asuntos nacionales de su tiempo. Hay que advertir que en vida se concedió á Valera la misma proporción escasa de alabanzas por sus compatriotas. «Tengo y tendré siempre pocos lectores», escribía él en 1877. Acostumbraba á decir, según me han dicho, que los rendimientos de *Pepita Jiménez*, su más popular novela, que ha sido traducida á todos los idiomas más importantes del mundo, no llegó á producirle

para comprar un vestido de moda á su señora. Sin duda que es apócrifa la historia; pero sus ganancias en literatura (1) no fueron grandes. Por fortuna, no se vió obligado á vivir de esta profesión; y murió en edad muy avanzada, lleno siempre de buen humor, aunque ciego, rodeado de sus libros. No deja de existir algún testimonio de que los españoles han sabido apreciar en Valera una de las grandezas más gloriosas de su país; por ese patriotismo local que tan poderosamente se revela siempre en España, en Cabra, pequeña ciudad de Andalucía, donde nació Valera, se ha tratado de establecer, en la casa en que vino al mundo, un museo consagrado á conmemorar su vida.

Si se me pregunta cómo es que Valera consiguió tan poca apreciación de su mérito, creo poder pensar que la respuesta no es difícil. Siempre vivió alejado de las corrientes literarias de su tiempo. Nunca perteneció á ninguna escuela, como discípulo ni como jefe. Muchas modas literarias hubo durante su vida: romanticismo, naturalismo, decadentismo, simbolismo. Todas estas corrientes se llevaban tras sí parte de la vida literaria española. Zola y la corriente naturalista perturbaron principalmente el equilibrio literario de esta nación; la misma D.^a Emilia Pardo Bazán, aunque sin salir de la tradición católica, se dejó influir grandemente por los Goncourt y Zola, y al más aventajado de los novísimos novelistas, Blasco Ibáñez, se le ha calificado de Zola español. Pero Valera, desde el principio, se mantuvo serenamente inalterable á la tendencia en moda. «Los documentos humanos—decía—no deben tener entrada en la novela; el lugar que más propiamente les corresponde es la lista del hospital ó el asilo del boletín.» Baudelaire también parecía á Valera perverso é incompletamente humano; en cambio, Carducci, aun en su canto á Satanás,

(1) Trata Valera de esta cuestión, con su inimitable gracia, en su artículo sobre «Crematística», publicado en la Colección de Escritores Castellanos. (N. del T.)

le inspiraba una fuerte admiración, porque Carducci acusa una fe vehemente en la vida y en los destinos humanos. En un artículo titulado «La Moral en el Arte», escrito en sus últimos años, intentó Valera manifestar su opinión en la materia. La perfecta poesía—dice, entendiendo la palabra poesía en su sentido más amplio que incluye todas las formas del arte literario—debe sólo existir por sí y para sí; no está sujeta á otro deber que el de ser sincera y huir la afectación; jamás debe pretender enseñar ciencia ni inculcar moralidad. Pero al mismo tiempo afirma, con igual seguridad—sin curarse mucho de si incurre en contradicción,—que el gran arte es verdadero siempre y moral. No existe discrepancia entre la moral y la estética, entre la bondad y la belleza. «La sabiduría, la belleza y la verdad se juntan y confunden cuando llegan á la perfección.» Alma de un hombre es la que se ve reflejada en el hermoso espejo de Don Quijote. La belleza y la bondad se funden una con otra; mas no por eso el arte necesita buscar la moralidad.

Fácil es explicarse el que escritor que en la práctica de su arte, así como en sus teorías, mantenía sólidamente esta actitud, no era muy á propósito para obtener el aplauso de las muchedumbres ó la admiración de las pandillas literarias. Su célebre contemporáneo, Pérez Galdós, que ocupa posición semejante en la literatura española á la que ocupa Björnson en la Noruega, debe su celebridad principalmente, no sólo á sus cualidades artísticas, sino á su simpatía, ilustrada con todos los movimientos nacionales de progreso de la gente de su país; casi todo lo que ha escrito puede afirmarse que señala una tendencia—religiosa, moral, social ó patriótica—que interesa á los infinitos á quienes para nada preocupa el arte. El grupo reducido de los que al arte rinden culto puede á su vez invocar á Valera como apóstol suyo, y más si se tiene en cuenta lo que desdeñaba los modernismos; nada de cinceladura de frase ni de manía por neologismos aparece en su estilo elegante, amplio y sencillo, para el que no se encuentra receta en nin-

guna preceptiva. Así que siempre hubo cierta distancia entre Valera y sus contemporáneos, que quisieron definirle dándole el nombre de «académico», atestiguando en la manera de hablar respetuosa de D. Juan Valera esta superioridad suya.

No era «académico», sino que hay otro epíteto, que también se le aplicó algunas veces, que, entendido derechamente, le conviene con más exactitud y él mismo aceptaba. No era «clásico», en el sentido limitado, aunque es cierto que experimentaba vivo y simpático deleite por la literatura griega, ni fué el sereno optimismo con que hacía frente á la vida, ese contento superficial que, según concepto equivocado, se supone vulgarmente haber sido nota característica del paganismo antiguo. El helénismo de Valera fué ciertamente más bien que el de Píndaro y Tucídides, el de los últimos alejandrinos, ó el de Teócrito y el autor de *Dafnis y Cloé*, que tradujo al castellano. Pero era genuinamente clásico, aun atendiendo al doble sentido de esta palabra. Poseía por naturaleza el brío y fuerza simple, gusto por las superficies serenas y las honduras despejadas, por el sentido delicado de la proporción, la tendencia á combinar lo real con lo ideal en armonioso consorcio—y no pintarlos en contraste violentamente pictoresco—que distinguen á la literatura antigua, y que por esta razón nos parece siempre clásico por oposición á romántico. Era, además, clásico en el sentido restringido á su país. Representó con más verdad y excelencia que nadie en su tiempo las tradiciones más antiguas y bellas de la literatura española, siendo verdadero sucesor de Cervantes.

D. Juan Valera y Alcalá Galiano nació en 1824, en Cabra, ciudad de la provincia de Córdoba, que los romanos conocían por sus famosos vinos, situada en medio de un bello paisaje, á unas diez leguas de la capital de la provincia y reino, asiento antiguo de la civilización española. Los entendimientos mejor templados, á cuya buena calidad ha dado causa sin duda la pureza y finura de sus aires, proceden de esta ciudad septentrional de Andalucía, que por muchos conceptos figura en pri-

mera línea. Hay en Córdoba una majestad solemne é imponente, que contrasta enormemente con el bullicio y alegría plebeya de la moderna Granada. Tal impresión dan también los rápidos torrentes y arroyos de Granada al lado del fluir manso y sosegado del Guadalquivir en Córdoba, que se refleja en su lisa y serena superficie. Inquietud ni desasosiego no se conocen en esta ciudad, cuya vida data de tantos años; mas no es ciudad muerta tampoco, sino que parece como que toda su animación se ha encastillado altivamente en sus innumerables palacios, huyendo de competir con la vida del mundo moderno. Es una de las ciudades más venerables y aristocráticas, la Roma española. Valera se sintió siempre ufano de haber nacido en Andalucía; muchas de sus novelas tienen la escena en su país; casi todos sus héroes y heroínas pertenecen á Andalucía, y con especialidad á Córdoba, aun aquellos que, como Rafaela, vivieron en América. No es acaso este origen andaluz lo que menos ha contribuído á templar el carácter literario de Valera. Su optimismo sereno y esplendoroso; la amenidad, humor apacible, falta de violencia de toda su obra; sus orientaciones artísticas, son señales que distinguen al andaluz de calidad más privilegiada de los individuos de Levante ó del Norte de España.

Valera fué hijo de un oficial de la Armada, emparentado con la aristocracia por parte de su madre D.^a Dolores Alcalá Galiano, marquesa de Paniagua. Poco sabemos de los comienzos de su vida. Educado primero en Málaga, y en el Colegio del Sacro Monte, en Granada, hizo luego estudios de Derecho, en que se licenció en 1846. El conde de Las Navas, al describirle, dice que poseía de joven una abundante cabellera negra, y que era algo míope, lo que le obligaba á mirar fijamente á través de sus lentes á los que hablaban con él, que se veían obligados á bajar la vista. Añade el conde, que iba vestido siempre con irreprochable corrección.

Por influencias de su familia fué nombrado Valera segundo secretario de la legación española en Nápoles en 1847, bajo

el duque de Rivas, personaje de mucha distinción en la historia intelectual de España. Los dos años que estuvo en Nápoles fueron, no sólo, como él escribía tiempo después, los más felices de sus días, sino también de los que más influyeron en su historia literaria. Allí fué donde se encontró á sí mismo, y allí donde el espíritu que había de animar toda su obra futura se le reveló por primera vez. Por un lado, la inspiración del país que antes había sido la Magna Grecia, le indujo á hacer un estudio fundamental del griego, moldeándose así de manera definitiva sus ideales en arte y en poesía; por otro, en el famoso año de 1848, en que—como él escribía—«las princesas y hasta el Papa mismo eran revolucionarios», determinaron el liberalismo en política á que él fué adicto siempre, aunque no fué muy exaltado nunca. En Nápoles fué donde su vocación se le manifestó claramente. A lo último, sus tendencias literarias fueron antes cosmopolitas; pero en este período, la influencia del estilo y espíritu españoles hasta los tuétanos, de [Estévanez Calderón, que publicó en 1847 sus *Escenas andaluzas*, hizo de Valera un escritor genuinamente castellano.

El punto más notable en la evolución de este joven de genio agudísimo, que de esta suerte se despertaba á la vida espiritual en el período más vital de todo el siglo XIX, fué la manera como se libró del movimiento literario más fascinador de la época. La marejada romántica iba invadiendo á Europa; pero aunque parte de su inspiración la había recibido el romanticismo de España, y á casi todos los literatos españoles afectaba por igual, Valera entonces y siempre se mantuvo intangible frente á esta corriente. Bajo su suavidad poseía Valera la firme independendencia del español, y seguía la inspiración de su propio genio nativo. En 1864, en la interesantísima dedicatoria de sus *Estudios críticos*, al duque de Rivas, escribía: «Ni siquiera en la época de más fervor y supremacía del romanticismo he sido yo romántico, sino clásico á mi manera—muy diferente á la verdad del pseudo-clasicismo francés.—He rendido culto á la forma, pero á la interna y espiritual, no á

la recargada de adornos, pueril y afectada. He sido fervoroso creyente en la magia del estilo, en esa sencillez y pureza por la que el estilo expresa las ideas y los sentimientos, y encarna en lenguaje de indestructible hechizo el corazón y la mente del autor.»

Valera, sin embargo, no madrugó por ser autor; y aunque parece que empezó á escribir en verso por aquella época, hasta 1858 no salió á la luz pública su primer volumen, *Poesías*.

El verso de Valera es de cierto género cultivado, y pudiera decirse sabio, que revela la influencia de los griegos y también la de los italianos. Leopardi es el poeta que principalmente hace recordar, y se ha dicho que escribía á la manera de Leopardi antes de conocer sus obras, de las que fué apasionado admirador. En este volumen se recordó ya ese platonismo que aparece sutilmente difundido por todas sus obras. «El platonismo erótico—decía Menéndez Pelayo—es el alma de los versos amatorios de Valera.» El amor es para él una ascensión continua de los cuerpos bellos á las bellas almas, y de éstas á la idea de la belleza misma, deteniéndose también sobre la doctrina platónica de la reminiscencia y el concepto de Plotino, de que la naturaleza es á modo de un espejo en que se refleja el arquetipo de belleza. Estas ideas ocurren á cada paso en todas sus novelas y hasta en los pasajes en que menos podía pensarse. En la dedicatoria de *Doña Luz* trata de hallar la moral de su historia—á pesar de su repugnancia por las narraciones con moral—en un pasaje platónico del Bembo, y en *Genio y figura* presenta á la heroína del libro, Rafaela la Generosa, al salir del baño, besando su imagen en el espejo, y explicando este hecho por cierta indignación platónica que no parece fácil se le ocurriera á la cortesana de Cádiz (1).

(1) Esta inclinación platónica es, sin embargo, muy española. El neoplatonismo, sobre todo en su relación con el amor y la belleza, es tema de preferencia en la filosofía del Renacimiento en España; ha sido estudiada extensamente por Menéndez Pelayo en el segundo volumen de *Las ideas estéticas en España*. En el siglo xv, León Hebreo (ó Judas Abarba-

No era de esperar que el público acogiera con calor el arte aristocrático y mesurado de sus *Poesías*. Valera fué, ante todo, crítico para poder expresar sus teorías; pero siempre conservó cariño por la poesía, y tenía de él mismo la idea de ser poeta hasta en sus novelas, y hasta el fin se pagó mucho de las alabanzas que le valieran sus versos. En el Prólogo que escribió en Wáshington en 1885, para la edición de sus *Romances, canciones y poesías*, declaraba que «la razón principal de escribir es la poesía. Los escritos se hacen famosos é inmortales por su belleza, no por la verdad que enseñan. La pretensión de los que entienden que es posible adoctrinar por la escritura, suele salir casi siempre vana. Los grandes maestros de la humanidad no escribieron nunca, ni Cristo, ni Sakyamuni, ni Pitágoras, ni Sócrates».

En el curso de su carrera diplomática fué promovido Valera á puestos cada vez más importantes, primero en Lisboa (1850), luego en el Brasil (1851), donde conoció por primera vez una niña encantadora, hija de su jefe, que había de ser, diez y seis años más tarde, su esposa. En 1854 fué á Dresde, en 1856 fué nombrado secretario con misión especial en Rusia, y en 1865 plenipotenciario en Francfort.

En este período de su vida, cuando había llegado Valera á su plena madurez, se hizo novelista casi por circunstancias fortuitas, pues sus ambiciones iban encaminadas en dirección muy otra. Sus primeras ocupaciones literarias, su vida entera, le sirvieron admirablemente en su nueva empresa literaria, que exige, más que ninguna otra, un conocimiento amplio y maduro del mundo. El interés que como poeta y artista siente Valera por el misticismo, no le avasalla en este particular. Si bien por la lectura de los antiguos místicos recibió la inspiración de su estilo y las demás influencias, bajo las cuales se fué

nel), judío neo-platónico portugués muy versado en el helenismo, es considerado como una de las glorias filosóficas de España, y su influencia continúa en el siglo xvi hasta Cervantes que, en su *Galatea*, sigue de cerca el neoplatonismo de León Hebreo.

desenvolviendo *Pepita Jiménez*, el elemento escéptico y cosmopolita que había en Valera, le libró del exagerado influjo místico. Dícese que al principio pensó en escribir una á modo de disertación ó diálogo filosófico, sobre el conflicto eterno entre el cuerpo y el espíritu, entre la naturaleza y el misticismo; mas luego se le ocurrió la venturosa idea de convertir la disertación en novela. Se hace en ella el relato de lo que acontece á un joven sencillo, sincero y formal, que está haciendo sus estudios de la carrera sacerdotal con el entusiasmo mayor de su corazón; mas poco á poco se convence de que no posee verdadera vocación, después de haberse encontrado con una viuda, joven de veintiocho años, Pepita Jiménez, que se enamora de él. Con arte casi inconsciente, y que es más bien una segunda naturaleza, valiéndose de todos sus encantos femeniles, no cesa Pepita hasta ir poco á poco dominando todas las resistencias de su temperamento y los escrúpulos de su falsa vocación, hasta que al fin lo rinde. La cualidad más meritoria de la novela consiste muy principalmente en la delicada habilidad con que Valera ha sabido evitar los escollos que narración de este género podía ofrecer, armonizando todos los intereses que se entrechocan y los impulsos latentes, é infundiendo en todo esa mezcla de alegría y dignidad propias de él. Fué en todas sus partes este libro un triunfo, que colocó á su autor, de un golpe y para siempre, en la cima de la celebridad más gloriosa. En España se habla comúnmente de Valera como del autor de *Pepita Jiménez*.

En la misma *Pepita*, la heroína de la narración, se nos ofrece una de las más típicas creaciones de mujeres de Valera. Por lo general, no aparecen en sus primeros años, pero conservan las cualidades de juventud virginal, asociadas á la energía y experiencia de la edad madura. Viven en el campo ó en poblaciones pequeñas; pertenecen alguna vez á la aristocracia; otras, á las clases más humildes del pueblo, y no pocas, son hijas naturales que ostentan una mezcla de distinción aristocrática y de vigor plebeyo; siempre representan lo más selecto

de la vida del campo. La habilidad y discreción de estas jóvenes son muy ponderadas, y lo mismo su energía física. Doña Luz sabía bailar como una sílfide, cabalgar como una amazona, y en su andar semejaba á la divina cazadora de Delos. También Rosita es comparada con Diana. Emilia Pardo Bazán ha descrito muy bien el carácter general de las mujeres de Valera. «Obsérvase—dice—que las heroínas de Valera se parecen extremadamente unas á otras; percibimos en ellas cierto aire de familia, á pesar de su desigualdad de posición, modales y nacimiento, lo mismo en Doña Luz que en Pepita, ó en Calitea, Juanita y Rafaela. Muchos creen que todas estas mujeres encarnan el alma y mente del autor en cuerpos femeniles. Personifican mujeres que conforman con el ideal clásico, mujeres del siglo xvi y del Renacimiento en España, discretas y hasta instruídas con toda su feminidad; delicadas y resueltas, filósofas, preciosistas, no sentimentales ni nerviosas, más teólogas que devotas, francas y atrevidas en su lenguaje, impetuosas en el amor, pero ardientes en la defensa de su honor; muy sutiles, aunque no pervertidas, ó si lo fueren, como Rafaela, lo serían conociendo cuanto es preciso para conservar cierta dignidad análoga al sentimiento del honor en los hombres. Sería errado suponer que las mujeres de España, en general, se parezcan hoy á las heroínas de Valera, que son más varoniles, más intelectuales, más marciales y resueltas que la mayor parte de sus paisanas. Hay que buscar su ascendencia en las comedias de Tirso y en las novelas de D.^a María de Zayas.» Realmente, la generalidad de las mujeres de la clase media en España de hoy se parece poco á las mujeres de Valera, y Valera mismo probablemente sería el primero en admitir esto. Él ha elegido cuidadosamente tipos cuya existencia no puede tener lugar en las circunstancias de la vida española si no se salen de lo vulgar. Conforme á este procedimiento, mezcló lo real y lo ideal, utilizando sin duda—en *Juanita la Larga*, que es el retrato más minucioso y acabado de mujer, lo ha hecho precisa y plenamente—su propia observación y recuerdos más antiguos. Las

cualidades esenciales de las mujeres de Valera corresponden á las cualidades que podemos notar ó adivinar en las mujeres de la clase trabajadora española actual, y la veracidad fundamental de los tipos que presenta se evidencia suficientemente por el parecido que revelan con las heroínas de Cervantes y Tirso de Molina y de todos los escritores españoles que han presentado con más fidelidad lo genuinamente español (1).

Habiendo encontrado al fin Valera su vocación en la literatura y allegádose sus vítores, empezó á escribir con una energía, libertad y personalidad de estilo, que poco á poco se iba desenvolviendo como antes nunca se había mostrado en él. *Pepita Jiménez* fué prontamente seguida de *Doña Luz*. Aquí, aunque escribe, seguramente, de una manera más impersonal que en su anterior novela, insiste ligeramente en el mismo asunto, á saber: el conflicto entre la vida religiosa y el amor. Un fraile piadoso, de muy quebrantada salud, tras de una vida consagrada á buenas obras en Filipinas, vuelve á su pueblo natal en Andalucía, y allí, sin darse cuenta, llega á enamorarse de una señorita, hija natural de un caballero que ha vivido en el mayor recogimiento y retiro en el mismo lugar. Nunca la declara su pasión de palabra, pero se la deja expresada en un manuscrito, que por casualidad va á parar á las manos de ella, después de él muerto; la joven, por su parte, sentía una tierna amistad por el excelente religioso, casi casi confundible con la inclinación amorosa; pero, por lo que á ella se le alcanzaba, nunca llegó á ser el verdadero amor. No es ésta narración que conduzca á situaciones tan dramáticas y de tanto efecto como *Pepita Jiménez*, pero está desenvuelta con la misma delicadeza y habilidad—quizá con mayor, si cabe,—y figura entre las primeras obras de Valera.

(1) La señora Pardo Bazán, en su último escrito crítico sobre Valera reconoce la exactitud de las mujeres de Valera como retratos—aunque no acepta el estilo de Valera como reflejo exacto de su conversación,—y añade que ella ha conocido más de una mujer como Pepita Jiménez en ciudad tan ajena de la Andalucía como Santiago de Galicia.

Las ilusiones del Doctor Faustino es obra que señala un progreso muy avanzado en la manera de narrar con facilidad y en la tendencia del autor á dar á sus libros carácter cada vez más personal. No fué del todo feliz esta tendencia, porque algunas veces le obliga á la introducción de un elemento fantástico, adventicio y de no pocas digresiones no muy sobresalientes. El *Doctor Faustino* es de más extensión que sus otras obras; viene á ser una serie de episodios tenuemente enlazados, algunos de los cuales acusan por primera vez su gusto por sucesos que pertenecen al dominio de lo misterioso, que en algunos de sus libros últimos, sobre todo en *Morsamor*, se hace pronunciado y se asocia con los elementos más flojos de la narración. Hay, sin embargo, una idea seriamente simbólica circulando por las páginas del *Doctor Faustino*. El héroe, miniatura de Fausto, sin acompañamiento de circunstancias sobrenaturales, representa al español de la generación contemporánea, «hombre de noble y generosa naturaleza, aunque viciado por perversa educación y por el medio en que vive». Combina los tres defectos que más suelen atacar á la clase media española: filosofía pedantesca, ambición política, acompañada del pecado de confundir la libertad verdadera con los desórdenes y alborotos, la manía de descender de clases altas junta á una negación absoluta para los asuntos prácticos. Sin contar con el encanto de que están dotados ciertos personajes y episodios de este libro, es además de estimar por el interés formal de ser el principal trabajo de Valera, que contribuyó al criticismo de las cualidades modernas de los españoles.

La personalidad de Valera como artista, como maestro en la novela, se afirmó más aún en una colección de narraciones cortas, que vienen á ser cuentos á la manera de los *contes* de Voltaire, así como una colección de lindos ensayos muy extensos en que, por lo regular, sirve de pretexto la aparición de algún libro ó asunto para tratar los más variados temas que revelan de manera clarísima su personalidad y filosofía. Como crítica literaria de los escritores modernos, no es lo mejor la

de Valera, pues siendo un caballero muy cortés y distinguido, que ocupaba una posición social é intelectual eminente, no estaba en situación de hacer crítica de las cosas de su época. Vemos la imposibilidad de hacer crítica verdad bajo tales condiciones en la futilidad de la última obra de Sainte-Beuve, que determinó su excesiva cortesía para con todo el mundo. Siendo Valera incapaz de decir una cosa amarga ó cruel, ni en público ni en privado, y no sintiendo simpatía por las principales modas literarias de su tiempo, evitó tratar de los que las representaban principalmente, dejando con toda intención de leer algunos de los novelistas contemporáneos más principales; se limitó las más veces á publicar los elogios más extravagantes de insignificantes escritorzuelos, ó bien á juzgar obras clásicas, que es donde está lo mejor de su crítica. En una ocasión, sin embargo, sostuvo una polémica famosa sobre poesía y metafísica con el insigne poeta Campoamor; pero como Valera tuvo el mejor cuidado de hacer notar, sus polémicas eran cosa de mero juego y no ostentaban violenta la discrepancia de opiniones. Campoamor defendía la utilidad de la poesía y metafísica; Valera, conforme á sus principios, afirma su inutilidad práctica y niega al drama mismo derecho á presentar lecciones morales. Cuanto á la metafísica, declara Valera que ha leído muchísimos sistemas de esta ciencia; le entusiasman y enajenan, pero no le convencen de otra cosa sino de que la metafísica es poco más que ciencia de puro lujo. Valera llevaba algo de este mismo espíritu de escepticismo genial á todas las manifestaciones del pensamiento. Podríamos quizá decir de él lo que él dice de su heroína Calitea en *La Buena Fama*: «A ratos dudaba, á ratos creía un poquito y á ratos no creía nada.» Podría haber añadido que á ratos creía todo, porque el modo de ser de Valera no se compadece con el menosprecio ó indiferencia por ninguna creencia genuinamente humana. No acepta que se llame «fabuloso» á nada, porque, según decía, «clasificación tan osada y ofensiva difícilmente podría aplicarse á nada. No hay límites para lo posible.» Así que,

cuando en 1899, tiempo de abatimiento para España después de la guerra con los Estados Unidos, Valera volvió la vista á los días en que España era grande, y escribió su *Morsamor*, historia de un fraile franciscano en Sevilla en el siglo xvi, introdujo á Mahatmas y accesorios del ocultismo, que últimamente adquirieron fascinación especial para él.

Valera fué, según se ha dicho, de la escuela de Montaigne y de la de Goethe; pudiera agregarse, que en pensamiento y en recuerdo moral está más cerca de la de Renan. Su escepticismo fué siempre tolerante, hasta cuando no podía ser simpático, y siempre matizado con un tono optimista. «La musa que me ha inspirado», advierte en el Prólogo á sus cuentos *De varios colores*, «no es melancólica ni trágica, sino alegre y amable, muy idónea para consolarme de mis pesares reales, y no para aumentar su peso con inquietudes imaginarias.» Valera fué siempre verdadero hijo de España, en la que, si ha habido pecadores graves, nunca faltan santos regocijados, cuando estimaban que el regocijo cuadraba bien.

La actitud práctica moral de Valera hacia sus compañeros, fué siempre lo que él llamaba su panfilismo, que ilustra admirablemente en su cuento al modo de Voltaire, titulado «Parsondes», publicado en el volumen de *Cuentos, Diálogos y Fantasías*. Hubo un tiempo, ya hace más de dos mil seiscientos años, que había un sátrapa en Susa, muy estimado del gran rey de los Medos, Arteo, porque era el más grave y moral de los sátrapas. Este hombre, rígido y santo, conoció y enseñó toda la sabiduría de Zoroastro; al fin desapareció, y todos los buenos creyentes pensaron que había sido llevado á la esfera superior de la luz; su memoria fué casi objeto de adoración. Cuando vivía en el mundo había muchas veces reprendido á Nanar, rey de Babilonia, tributario del gran rey de los Medos, por sus maneras disolutas de vida; fuéle á Arteo enviada noticia de cómo Parsondes había sido asesinado, ó por lo menos, preso por Nanar. Entonces, Arteo envió unos de los más fieles discípulos de Parsondes á averi-

guar lo sucedido, porque sospechaba que Parsondes pudiera aún estar vivo, aunque padeciendo acaso intolerables tormentos. Por último, con gran espanto del fiel discípulo Nanar, presentó al santo varón, todo perfumado y engalanado como un rey, rodeado de una pandilla de mujeres hermosas y alegres, que le acompañaban bailando y cantando. «Yo soy—le dijo—muy otro del que antes era. Vuélvete, si quieres, á Susa; pero no digas que vivo aún, para que no se escandalicen los magos, y que sigan teniendo un ejemplo reciente de santidad á que recurrir. Nanar se vengó de mi ruda y desatinada virtud, haciéndome prisionero y mandando que me enjabonasen y fregasen con un estropajo. Después han seguido lavándome y perfumándome dos veces al día, regalándome á pedir de boca, y obligándome á estar en compañía de todas estas agradables señoritas, donde he acabado por olvidarme de Zoroastro y de mis predicaciones, y por convencerme de que en esta vida se ha de procurar pasarlo lo mejor posible, sin ocuparse en la vida de los otros. Cuidados ajenos matan al asno, y nadie lo es más que quien se mezcla en censurar los vicios de los otros, cuando sólo le ha faltado la ocasión para caer en ellos, ó cuando, si en ellos no ha caído, se lo debe á su ignorancia, mal gusto y rustiqueza.» Al oír estas palabras el fiel discípulo, se tapa los oídos y se sale precipitado del palacio, determinado á aconsejar al Colegio de los Magos que prediquen que Parsondes ha subido al Empíreo, y no digan á nadie que está vivo aún entre las bayaderas de Babilonia. Este precioso *conte moral*, en que Valera juguetonamente saca á luz todo el sistema moral que se revela en toda su obra, quizá recordará á algunos *L'Abesse de Jouarre*, en que Renan, cuando ya era también de edad avanzada, apuntaba también una moral no muy desemejante, y nos hace recordar también cómo Goethe, aun de joven, se dejó impresionar por el dicho del humano y austero Thraseas: *Qui vitia odit homines odit*. El que aborrece el vicio, á los hombres aborrece. Como Plinio el Joven decía, la indulgencia es parte de la justicia.

Llegado Valera á la cumbre de su actividad literaria, y habiendo desenvuelto aquellas condiciones del mundo y de la vida que no habían experimentado cambio desde el principio al fin, su carrera diplomática y política prosiguió en los términos regulares. Después de la Revolución de 1868, al ser Isabel expulsada del trono, fué nombrado subsecretario de Estado, y fué uno de los principales miembros de la diputación que invitó á Amadeo á hacerse cargo del trono de España. En 1881 fué plenipotenciario en Lisboa; en 1884, en Wáshington; en 1886, en Bruselas; en 1890, embajador en Viena. Aunque no fué político activo, fué en una ocasión diputado á Cortes y miembro de varios Gabinetes liberales. A lo último de su vida fué senador vitalicio. Tuvo tres hijos: la muerte de uno de ellos causóle inconsolable pesar; otro ha ido siguiendo dignamente las huellas de su padre; la hija contrajo matrimonio con un diplomático.

Juanita la Larga y Genio y figura, novela que pertenece al período de mayor madurez del arte de Valera, merecen especial mención porque figuran en lugar preferente de su obra. *Juanita la Larga*, historia de una muchacha campesina que por sus cualidades personales vence todas las dificultades con que se encuentra en su camino, es un cuadro delicioso y detallado de la vida rústica de Andalucía, inspirado en reminiscencias de la niñez y juventud, pasadas en la provincia de Córdoba. Advierte en el Prólogo su autor, que no sabe á punto fijo si el libro es ó no es novela, porque él es más bien historiador que novelista en esta narración. *Juanita la Larga* se diferencia de casi todos los libros de Valera porque presenta exclusivamente personajes sencillos y no dotados de cultura, y lo hace de una manera graciosa, armoniosa, llena de amable humorismo, sin ninguna crudeza, que siempre fué ajena al temperamento de Valera, pero no obstante, con un realismo que prueba que cualquiera que fuere su desdén por la novela naturalista francesa, rendía en cambio tributo á las tradiciones de la novela española. Porque, en sentido fundamental, los no-

velistas españoles, con Cervantes á la cabeza, han sido siempre realistas, de la misma manera que en Inglaterra lo fueron Fielding y Defoe.

Este realismo, combinado con una visión idéntica, sana y placentera de la vida humana en las situaciones más apuradas, encontramos en *Genio y figura*, última de las grandes novelas de Valera; la más madura, más animosa, y, aun estoy por decir, la más bella. Es el relato de la vida de una mujer que, como Juanita, y adornada de parecidas cualidades de inteligencia y carácter, aunque de los mismos ideales de moralidad convencional, salida de la nada, va paulatinamente borrando la desconsideración social y ganando el aprecio y respeto generales. Rafaela la Generosa es una joven hetaira de Cádiz, bella é inteligente, que posee una voz encantadora y una habilidad consumada en el baile del fandango y del jaleo. Es admiradísima de los dandis de Lisboa, uno de los cuales, cautivado por sus perfecciones, la da medios para que vaya al Brasil como bailarina, y la recomienda á un rico usurero viejo de Río Janeiro. Bajo su protección se presenta al público de Río como bailarina, pero esta presentación le vale un fracaso en las tablas, porque los modales ridículos y asquerosos del viejo que la presenta, contribuyen al descrédito y desprestigio de Rafaela. Pero ésta, con su buen juicio y mejor humor, que delata todo el estoicismo español, acepta de broma todas las hortalizas con que la ovacionan; se retira humildemente y conquista el amor del viejo, con el que se casa. Mas no hace con esto sino abordar los comienzos de su empresa; necesita adquirir la consideración social, no sólo para ella, sino para su marido además; enseña á éste buenos modales, le instruye en los misterios del tocador y le pone en manos de los mejores sastres; al mismo tiempo, despliega su sagacidad y facultades administrativas en los negocios todos de la casa y le ayuda á emplear el dinero de manera discreta y benéfica. Los cónyuges empiezan á triunfar de la indiferencia y hostilidad, y á ganarse el aprecio y consideración de la sociedad; la aristocracia más li-

najuda empieza á frecuentar los salones de Rafaela. Pero, consagrada como vive á los intereses de sus marido, sólo amistad y aprecio dispensa; de ninguna manera amor. Sigue éste otras direcciones, pero aun cediendo á los impulsos de su corazón, muestra Rafaela su discreción y táctica acostumbrados, teniendo cuenta con no soliviantar las pasiones de su marido. Sólo un hombre hay á quien ella ama de verdad: es un inglés, con el que tiene una hija, Lucía, cuyo nacimiento tiene secreto por evitar el conocimiento de su deshonra al marido. Rafaela educa con toda solícitud en un convento á su hija, y cuando enviuda se establece en París, y fija sus esperanzas en la niña, lisonjeada con la idea de que ésta pueda realizar los ideales que en su vida desordenada y batalladora ella descuidó, aunque alguna vez, con su inteligencia perspicaz, duda del mérito que pueda tener inocencia que no se ha contrastado con la prueba. A estas dudas pone solución Lucía, que, en un momento de infortunio, cansada por la negativa de su padre á reconocerla, toma el velo y se encierra en un convento para siempre; tras lo cual, Rafaela, privada de la niña, esperanza de su vida, toma un veneno y muere. Este es el relato de la novela en que Valera ha puesto más madurez y personalidad mentales, y más juicio sólido y humanidad; novela en que el realismo y la poesía se desenvuelven con un arte y hechizo que la colocan en la categoría de obra maestra.

Los últimos años del novelista transcurrieron en Madrid, en compañía de amigos distinguidos y apasionados suyos, con quienes siempre se mostró él mismo, cariñoso, amable y digno. En los últimos años de su vida estuvo ciego, á causa de cataratas en ambos ojos. Fué uno de los pocos grandes hombres, dice de él el conde de las Navas, que son tal aun para sus ayudas de cámara. Continuó apegado á su estudio y á escribir ensayos, no obstante sus achaques, valiéndose de un secretario, á quien dictaba, siendo su última obra la *Terapéutica social*, publicada un mes antes de su muerte. Sus costumbres eran sencillas; gustaba de los frugales manjares cordobeses, de su

propia tierra, y bebía, en cantidad pequeñísima, vino blanco; como en general todos los españoles, fumaba mucho. A pesar de su ceguera, acompañaba á las señoras que iban á visitarle hasta la puerta, y tenía por precepto asistir á todas las sesiones de la Academia Española. La última tarea que le fué encomendada era el discurso que sobre Cervantes se había de leer en la Academia con ocasión del tercer centenario del Quijote. Pudo escribir gran parte de su discurso, pero no lo llegó á acabar. Murió precisamente antes de las fiestas del tercer centenario, de una apoplejía, en 18 de Abril de 1905.

Se ha hecho necesario señalar que Valera se mantuvo alejado y ajeno de los movimientos y personas más populares de su tiempo. No era hombre afiliado á ningún partido, dotado como estaba de alta sabiduría y serena perspicacia, para dejarse fanatizar por cosa ninguna, ni aun por la mitad de aquéllas en que creía. Galdós, su contemporáneo como novelista, aunque mucho más joven, ha excitado en distintas ocasiones el entusiasmo de buena parte del público español progresivo, que, excepto cuando la aparición de *Pepita Jiménez*, nunca ha respondido convenientemente á la sabiduría de Valera (1). El valenciano Blasco Ibáñez, último de los novelistas realistas que más se significan en España, se aleja aún más del modo de ser de Valera. Rudo, vigoroso, no siempre correcto, en ocasiones atrozmente naturalista, en no pocas prorrumpiendo en exaltado lirismo, siempre revolucionario atrevido, agresivo, ardientemente interesado en los problemas sociales y fiel pintor de las clases bajas del pueblo, cuya vida conoce bien, Blasco Ibá-

(1) Galdós nació en 1855, en Las Palmas, capital de las Canarias, donde vivió hasta la edad de diez y ocho años, entre una población medio inglesa. Conocedor del inglés, se dejó en gran manera influir por Dickens, y después algo por Zola. Dícese de él no resultar completamente simpático en su trato callado, observador, irónico; de tal suerte, que sus amigos no saben qué es de admirar más en él, si su gravedad castellana ó su flemma inglesa. (Sobre Galdós, véase á Martinenche en la *Revue des Deux Mondes*, 15 Abril 1906.)

ñez resulta una gran fuerza en la literatura, pero dista infinito del temple sereno y luminoso, verdaderamente helénico de Valera (1).

«Yo he sido siempre inspirado—escribía en una ocasión Valera—por el puro amor de la belleza.» En cierto sentido, sus novelas tienen la condición de poesía, y no es de extrañar que autorizados críticos españoles contemporáneos se inclinen á negarle lugar muy elevado como novelista. Es demasiado frío y correcto, dicen; sus personajes hablan como él hablaría; atiende más á la expresión de sí mismo que á la creación de tipos originales ó á describir objetivamente la gente real del mundo que le rodea. La misma Pardo Bazán, cuyo dominio propio en la materia acredita en gran manera su juicio, entiende que Valera no nació novelista al modo de Dickens ó Galdós, y que es algo *libresco*. Hay algo de verdad en estas afirmaciones. Sin embargo, Valera poca necesidad tiene de quien le defienda; sus libros son su mejor y más propia justificación, constituyendo obra de lo más perfecto que se ha realizado en la literatura hispana. El genio de su nación, aunque nunca grosero ni sensual, es á veces sombrío y violento. Pero si en sus lechos inferiores humea turbiamente, en sus regiones más altas llamea con luz esplendorosa y alegre. De esta suerte ocurre en Velázquez y de ésta en Cervantes. No está Valera con éstos, porque su faz delicada y su aliento no están animados por la pasión ni acompañados de la intensidad que para la realización del propio ser en su perfección más original se requiere. Pero tiene el mismo temperamento que esos hombres soberanos, su visión, su claridad, su serenidad, su humanidad. Las obras de Valera son una manifestación bella y duradera del espíritu español, y la personalidad que las produjo lo es aún más que sus obras.

HAVELOCK ELLIS

(1) Estudio interesante de la carrera turbulenta y aventurera de Blasco es el que aparece en *Le Censeur*, 6 Abril 1907.

EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

(Conclusión.)

CAPITULO XI



Ulrico y Herta hicieron el camino en silencio. Sólo una vez se volvió ella á mirarle furtivamente, y vió que caía una lágrima de sus párpados y rodaba por su mejilla.

—¡Ulrico!—murmuró—y apretó su mano con timidez. Él se la abandonó, y así fueron todo el camino con las manos enlazadas. Todo se arreglará, decía ella entre sí.

Pero no vió que, al llegar á su casa, solo en su cuarto, se arrojó en el sofá, y sepultando la cabeza en un almohadón, ahogó su llanto tumultuoso.

Ni oyó sus desesperados sollozos:

—Ahora todo ha terminado.

Cuando dos días antes supo la muerte de Clementina, dijo con sonrisa dolorosa:

—Ha sido discreta como siempre. Se ha ido de este mundo de locos. No pensó en sí misma ni en lo que se perdía con ella.

Hoy, ante su sepultura, se dió conciencia de la tremenda pérdida. El radiante sol que alumbró sus días de Norderney, se ponía para siempre. Tampoco debía lucir más para él la dulce claridad de la luna que había disipado las tinieblas de su

negra vida. No debía volver á ver el tierno y espiritual semblante de oscuros y animados ojos, ni su voz dulcísima decir: «Ulrico, mírate en mí, pobre inválida, ¡qué vida es la mía! Y la soporto. Y cada uno de nosotros lleva su cruz á un Gólgota más ó menos lejano. Yo quisiera ser un hombre como tú y tener tus fuertes espaldas. Creo que podría soportar el mundo entero y todos sus dolores.»

¡Ah! la voz dulce y querida.

¡Y cuán cordial, cuán íntimamente le quiso! Ella no preguntaba: ¿soy feliz?, sino ¿lo es él? Y lo hubiera sacrificado todo á su dicha. Si hubiera debido ser, hasta su mismo amor.

Así es el verdadero amor; no aquel que dice: tu amor por el mío. O el que destila el veneno de los celos en la copa de la vida del sér amado. O el que arroja negra sombra sobre la vida del otro para que el mundo se aleje de él como de un apestado. Así era el suyo, que sumía á su mujer en un sepulcro anticipado. A la mujer á quien había jurado en el altar alegrías y pesares hasta que la muerte los separase.

Pero ¿y si él había pronunciado este juramento ciego é ignorante? Y para mantenerle, había que hacer el sacrificio de la propia vida, envenenada en sus fuentes más hondas; había que imponerse el sello del hipócrita y del mentiroso, aun en los momentos mismos en que si la hipocresía no nos hace dioses, nos rebaja á la condición de animales. ¿No sería mil veces mejor desatar el terrible nudo? ¿Es un delito rebelarse contra semejante esclavitud? Y si lo fuera, hay un momento en que el más débil se convierte en fuerte, y ofrece su oblación al dios de la venganza. Romper un juramento producto del error... ¿no hay expiación para esto? Pues entonces...

Se levantó del sofá y se precipitó á la panoplia, que contenía diferentes armas que mostraban su poder mortífero.

—Tan buena es una como otra—murmuró.—Pero este recurso queda siempre.

Cuando una hora después apareció en la mesa del té, estaba aún muy pálido, cosa bastante natural después de un día como

aquél. Pero su rostro estaba tranquilo y su voz no temblaba.

—Yo no debo notar nada—dijo para sí mademoiselle Didier, que los observaba continuamente.—Están representando delante de mí una comedia. En cuanto vuelva yo la espalda, empezará la danza.

Pero Ulrico no cambió de aspecto cuando mademoiselle se despidió dándoles la *bonne nuit*. Siguió hablando, en el mismo tono amistoso, sobre el proyectado viaje, que propuso fuera á Roma, que había sido siempre su ideal, si bien temía sufrir un cruel desengaño si los cambios sufridos por Roma en los tiempos modernos eran tan importantes como la gente aseguraba. ¿Cómo había recibido la señorita Ritter la proposición de Herta de que viniese á encargarse de los niños?

Aquí Herta hizo un relato de su visita á Eleonora, cuyas contradicciones y confusión no dejó de notar Ulrico. Le pareció muy razonable la resolución de Eleonora de ir primero á visitar á su tía. Por lo demás, aún quedaban esperanzas, como podía colegirse de la calurosa despedida de las dos damas en la puerta del cementerio.

Mientras Ulrico hablaba así, Herta, involuntariamente, clavaba los ojos en él de modo cada vez más penetrante. En ellos se reflejaba cada emoción de su alma. La expresión no había cambiado la misma seriedad amistosa que tenía al hablar de Roma. Herta quiso besarle la mano que él tenía apoyada sobre el plano de Roma; y como él la retirase, no enfadado, sino porque, como ella sabía, le repugnaba que una mujer besase la mano á un hombre, le besó la boca, sin sospechar que él hubiera preferido en aquel momento una puñalada en el corazón. Fué la noche más feliz que Herta había pasado desde semanas, meses enteros. Creyó no haber pasado nunca otra más feliz.

No tuvo en los siguientes días motivos de queja. La conducta de Ulrico fué de la misma bondad para ella y para los niños. Ciertamente sin ternura desbordante. Pero ella no la esperaba, no la quería. ¡Después de la tempestad pasada, aquella calma, aquella paz eran tan bienhechoras!

Mademoiselle Didier no daba crédito á sus oídos, cuando una mañana, que la señora venía del jardín con un ramo de flores á la terraza, donde ella estaba traduciendo el *Telémaco* con Elena, la oyó cantar una melodía con una media voz algo débil é insegura, como un pajarillo que tantea su primer amor, pero *effectivement*, la oyó cantar. La misma niña la miró con asombro, casi asustada; si la misma estatua de Flora hubiese descendido de su pedestal del jardín para aparecer en la terraza cantando, no le hubiera maravillado más. Había que contárselo á papá cuando volviese del campo. Seguramente, él no había oído nunca cantar á mamá.

Ulrico estaba desde por la mañana hasta la tarde en el campo; apenas si al medio día descansaba una hora. En efecto, había trabajo extraordinario. Las tareas de otoño estaban en su apogeo; había que aprovechar el buen tiempo seco para hacer un vasto é importante drenaje antes de que rompiesen las aguas en la *métairie*, llamada así, pero que, en realidad, era una finca importante, casi tan grande como Wustenei; había que cubrir las aguas de un establo á toda prisa; en el Norderney, á la orilla del riacho, casi tocando á Wendenlin, había que ahondar los fosos varios pies. Además, faltaba Pasdag, que estaba en servicio como oficial de reserva. Con lo cual no hay que decir que el amo tenía que redoblar su trabajo y vigilancia.

Y aunque hubiera tenido que triplicarla, y aunque hubiera tenido que sucumbir bajo la carga, Ulrico, no por eso la hubiera aceptado con menos gusto. ¡Sólo quería olvidar, olvidar! Pero en vano. Recorría diariamente sus fincas de punta á punta, cansaba tres caballos, pero él no se cansaba. Sentía en su corazón el mismo peso que en los días de Norderney, antes de encontrar al ángel que le abrió las puertas del paraíso para volver á cerrarlas tras él dos horas después para siempre.

Era la mañana del cuarto día de la muerte de Clementina. Herta le había acompañado, según hacía siempre, hasta el caballo, que estaba delante de la rampa, cuando el correo lle-

gó con una carta, que Ulrico rogó á Herta que pusiese en su mesa, pues estaba de prisa.

—Aquí hay algo para los dos—dijo Herta.

—¿El qué?

Estaba arreglando los estribos de *Robin*, cuando oyó que ella le llamaba con un grito medio de alegría, medio de terror, lo que le hizo volverse.

—¿Qué es ello?—preguntó otra vez.

Herta estaba allí con el rostro encarnado. De pronto se puso pálida, para volver á enrojecer de nuevo.

—Una esquela de esponsales—exclamó.

Él tomó el papel de sus manos temblorosas; una doble papeleta, en una de cuyas hojas la viuda del consejero Bucher participaba los esponsales de su sobrina con el conde Guido Wendelin; en la otra aparecía el nombre del conde.

—Ya lo había visto venir—dijo Ulrico tranquilo, devolviendo la papeleta á su mujer;—cuando la señorita Ritter salió del brazo del conde del cementerio, comprendí que él estaba muy interesado por ella; también lo conocí en algunas conversaciones que con él tuve. Es una gran boda la que hace la señorita Ritter. Contesta con nuestras tarjetas de felicitación. Y lo que iba á decirte: no me esperes á comer. Tengo que hablar con el maestro de obras, que es un señor muy ceremonioso, y además tengo un mundo de cosas que hacer. De todos modos, volveré esta noche. Conque hasta luego.

Dijo esto con un pie en el estribo, cogiendo con la mano izquierda la brida y la crin de *Robin*, y haciéndola un saludo con la derecha. Después montó y salió al trote, no sin volverse á hacerla una seña antes de desaparecer.

Ella quedóse mirándole mientras en su rostro la alegría disipaba los últimos estremecimientos de sobresalto. Si Eleonora rompía su promesa, y la quería salvar curando á Ulrico de su leve pasión, hacía lo mejor que podía hacer. Ya esperaba ella algo así. ¡Pero tan pronto! Quizá ya Guido se había insinuado hacía tiempo. Y ¡qué brillante partido! No dejaría de aga-

rrarse á él. De todos modos, el enojoso asunto estaba terminado. Ulrico no era hombre que siguiese amando sin esperanza á la novia de su mejor amigo. Era demasiado orgulloso para esto. Ya no la amaba. Ni un músculo de su cara se había contraído. ¡Y haberse ella delatado de manera tan pueril! Él lo comprendería. Sabía cuánto le amaba, que alegría sin límites le proporcionaba al verle volver á ella.

Extendió sus brazos hacía el sitio donde había desaparecido, y miró luego en derredor, temerosa de que alguien la hubiera observado. Pero sólo podía haberla visto *Tiro*, que siguió con sus ladridos al amo, y ahora estaba echado al sol delante de su perrera mirando á otro lado. Herta desató la cadena del poderoso animal, que empezó á dar saltos de alegría, poniendo espanto en las gallinas que cacareaban, corriendo en desordenada huída y tropezando unas con otras. Sólo era un perro el que le daba estas muestras de alegría. Pero tampoco hubiera podido decirle á una persona que su Ulrico la había querido abandonar, y que de nuevo le recobraba por completo para ella, para ella sola.

Cuando Ulrico traspuso la puerta de la finca, clavó las espuelas á Robin hasta hacerle gemir, y salió á galope casi tendido. Repentinamente le paró.

—Es una comedia, ¡brillante comedia!—dijo en voz alta,—que ella misma no puede tomar en serio ni por un instante. Entonces, ¿por qué la representa un solo momento?

Sacó á galope otra vez á *Robin*, para detenerle de pronto dos segundos después.

—¡Y si sólo fuese comedia! Pero la tal comedia tiene una realidad; va á entregar su cuerpo á las caricias de un hombre á quien no ama; va á vivir en el seno mismo de la mentira, en el cual me ahogo yo solo, porque ella, la inocente, no sabe lo que hace; no sospecha cuán odioso, suicida, indigno es el sacrificio que cree ofrecerme. ¿Puedo yo aceptarlo? Un sacrificio sin objeto, que no me saca de la miseria en que vivo, ni por un minuto, y que será más cruento, por la convicción de que ella

vive en el mismo infierno que yo, ¡maldito por toda la eternidad sea yo si lo acepto! No, querida; antes te he de dar la muerte. O mejor, me la daré á mí mismo. Yo no lo quería; pero debe ser así. Si no tuvieras ninguna razón más para...

Allez, ¡Robin! El mundo sale de sus quicios. ¿Podremos llegar á aquella meseta sin rompernos el alma? ¡Y si nos la rompemos, tanto mejor! ¡Hala!

Por aquellos días Ulrico recibió una carta de Guido, de Berlín, corta y cordial.

Ulrico no esperaba que él (Guido), en los primeros días de sus desposorios, tuviera tiempo de sobra para escribirle, ocupación que, como Ulrico sabía, era para él siempre gratísima. Pero no quería notificarle, sin previa preparación, el cumplimiento de sus deseos más ardientes, que, y á pesar de sus escasos merecimientos, se veían colmados en tan suprema medida. Y tanto más, cuanto que sabía por ella, que era la verdad misma, y que sólo podía decir la verdad, lo que sus dos corazones tan dignos habían sido el uno para el otro. Sobre esto jamás volvería él; sería para él un inaccesible sagrario. Medirse él con Ulrico era cosa que no podía ocurrírsele; naturalmente. Sólo en una cosa quería, si no igualarle, por lo menos, emularle: en la incondicional adoración de la más noble y magnífica criatura que pisaba la tierra.

Era la última vez, al escribir aquello, que obraba sin saberlo ella, sin pedirle su autorización. En adelante no tendría más voluntad que la suya; en adelante sería su vida ante sus ojos como un libro abierto, del cual sólo lamentaba que no pudiera leer cosas muy interesantes; pero del que, gracias á Dios, no había nada que borrar con vergüenza.

Y aún esperaba y suplicaba al Todopoderoso que le conservase la amistad de Ulrico, á quien había mirado siempre como su ideal, y á quien, á más de lo que ya debía, era nuevamente deudor, después de Dios, de su inmensa felicidad. Pues estaba harto persuadido, que el ser digno de la amistad de un Ulrico era, á los ojos de la adorada joven, su verdadero título de nobleza.

—¿Dice algo de la boda?—pregunto Herta,—por cuyas manos había pasado la carta aquella mañana, y que reconoció la letra de Guido.

—Ni una palabra—contestó Ulrico.

—¿Será pronto?

—No sé qué es lo que esperan.—Perdona.

Y se asomó á la ventana á dar una orden á uno de los inspectores que pasaba.

Está completamente tranquilo—pensó Herta.

CAPITULO XII

En su cuartito de casa de su tía (Mauerstrasse) sentóse Eleonora algunos días después, y escribió:

«Mi querida y respetable mamá: Los ocho primeros días de noviazgo han pasado amistosamente y... he despedido á Guido. Créame usted... ¡perdón!... debo llamarte de tú y mi querida mamá... Créeme, querida mamá, era ya tiempo, si bien para otras personas, en Berlín, debían quedar por comprar algunas cosas. Por último, me negué á salir con él. No podíamos pasar por ninguna tienda en cuyo escaparate hubiese algún precioso adorno, algún rico vestido de señora, alguna sorprendente pieza de *toilette*, en donde él no se empeñase en entrar. Si yo cometía la imprudencia de dejar escapar una palabra de elogio ó de quedarme mirando, nada le podía retener, aunque yo rogase ó discutiese. Debo confesar, para vergüenza mía y en alabanza de su inagotable bondad, que, á pesar de mi resistencia, me ha equipado como una princesa de un cuento de hadas.

»Bien dice Goethe: cuando un alemán ama, regala de seguro. Teniéndolo en cuenta, deben perdonarse á Guido sus pecados en este punto. ¡Y también su amor! Tú que conoces las almas y los corazones, me comprenderás; yo me sentía confusa, cohibida por tales excesos. Para quien es altiva, y yo, que-

rida mamá, lo soy y mucho, hay algo indeciblemente deprimente en no poder devolver en la medida que se recibe. Puedo decirlo con completa seguridad. Cada día que pasábamos juntos he conocido y estimado más á Guido, le he querido más. Pero entre este sentimiento mío y su amor, que le hace verme, no como una criatura terrestre, sino como un ángel bajado del cielo, ¡qué distancia! ¡qué abismo! Pero este abismo, con la ayuda de Dios, se podrá llenar á lo que yo espero, y aunque todavía se abre amenazador para mí, haciendo que mi confusión llegue á su más alto grado, él cierra los ojos ante su profundidad conscientemente. Si él no lo viera, podría yo alegrarme de su ceguera, que en todo caso sería para él bienhechora; si sólo lo sospechase, yo trataría de ocultárselo; pero lee en mi corazón mejor que pudiera yo hacerlo. Yo se lo confesé desde el primer minuto; pero la chismografía alivió notablemente mi confesión. Kitti aprovechó el entierro de su hermana para contarle lo que un tal señor de Odebrech había susurrado en sus oídos liliales, al bailar un vals. Me pareció bien que Guido, dos días antes de venir aquí, buscase al citado señor y abordase la cuestión. Éste parece que reúne en una pieza las cualidades de crueldad y astucia de la zorra. Él no había querido decir nada á mi pareja, ó sea al señor de R... ¡Dios le librase! Además, en realidad, nuestras relaciones de Norderney no tenían nada de deshonoroso para el señor de R. ni para mí. Y ¿cómo podía acusársele de intenciones maliciosas, si al hablar del hecho con la señora de R. y con la señorita Kitti y quizá con algún otro, daba por sentado que hablaba de algo conocido de todos? En cuanto á mi colocación en casa de la generala, no le quedaba la menor duda de que había sido gestionada por el señor de R... Si no había sido así, confesaba su error. Pero ninguna persona razonable podía tomar á mal que él lo hubiese creído.

»Guido dice que de buena gana le hubiera dado de latigazos. Yo doy gracias á Dios de que no lo haya hecho y me lo haya contado todo detalladamente, tan tranquilo como si la

historia no nos importase en lo más mínimo á ninguno de los dos. Yo he llenado las lagunas de la tal historia, lo cual ha constituido para mí y para él dolorosa tarea. Para mí, porque me dolía mucho tocar la reciente herida; para él, el mejor de los hombres, porque me veía sufrir. Y sufrir sin razón, según él. Pues, ¡cómo no amar al hombre que si hay uno que merezca ser amado, es él, á quien el mismo ama tan entrañablemente en el cual ve su ideal! ¿Cómo podía yo haber sabido, cuando apareció ante mí, que era casado y que tenía hijos? Cuando después lo averigüé, era demasiado tarde. Y además, ¿qué le importa eso al amor? Y finalmente, nos habíamos separado aunque sangrase nuestro corazón. ¿Se podía exigir más? El, por su parte, no; no sentía otra cosa que admiración. Sólo es capaz de conducirse así una naturaleza heroica como la de su amigo y una noble joven como la que él admira, ama y adora en mí.

»Y ahora, querida mamá, llegamos al punto, para mí tan arduo, de la divergencia de nuestros sentimientos. Ya te lo he dicho, y te lo repito porque sé cuánto te alegrará y te tranquilizará: esta cuestión se ha demorado durante los ocho días que hemos estado juntos, muy á gusto de Guido, si me permites emplear esta frase. Pero ya no se puede demorar más, si he de saborear con tranquilidad la dicha que se me ofrece. Y para ello Guido debe alejarse, y por eso le he mandado que se aleje. Creo que si no se separa de mí una temporada, no mucho tiempo, no podrá verme tal cual soy, pues ahora está ciego, completamente ciego; en la tranquila reflexión que sólo el alejamiento puede proporcionarle, me apreciará en mi verdadero valor; entonces descubrirá en el sol que ahora le deslumbra las manchas que realmente le oscurecen.

»Y en cuanto á mí, espero, sé positivamente, que la separación producirá un resultado completamente opuesto. No percibiría los detalles cómicos que todo enamorado presenta aun á los ojos de su amada; y, en cambio, mi corazón, al tener tiempo para reflexionar sobre su bondad sin límites, en

cuanto nos volviésemos á ver le recibirá con mayor cariño.

»Como es natural, y conforme á nuestros deseos, nuestra próxima entrevista tendrá lugar en Wendelstein, en donde cierta señora muy sabia reconocerá con asombro que ha prescindido del primer axioma de la vida, que es ver y creer, y que ha tomado por oro algo que brilla ligeramente. ¿Hará esta experiencia á mi costa? Pero me daré por recompensada si en un momento de espontaneidad me dice:—No eres lo que se llama un prodigio, hija mía, como cree mi Guido; pero eres una buena muchacha, á quien se puede amar sin gran esfuerzo.

»Algunas cosillas para concluir.

»No tengo que decir que Guido ha conquistado el corazón de mis parientes. Como César, sólo con llegar ha vencido. Mi buena tía, que alaba su «anticuado corazón» con entusiasmo, está enamorada de él como una muchacha de diez y seis años, de su caballerosidad, de su porte y yo no sé de cuántas cosas más; mi prima Otilia, vulgo Tila, la cual es de suyo una naturaleza bastante sentimental, llora con sólo pensar en su bondadosa sonrisa. Estaría celosa si no se tratase de dos criaturas más buenas que el pan, adornadas con la más digna de todas las cualidades: el considerar lo que es mérito suyo como un dón del cielo.

»Las dos me encargan que ofrezca sus respetos á la señora condesa, y aceptarán con el mayor gusto su invitación de pasar unos días en Wendelstein, tan pronto como la salud, siempre delicada, de Tila, se lo permita.

»Con lo que por hoy saluda á su querida mamá su hija agradecida,

ELEONORA.»

Eleonora se disponía á cerrar esta carta, que había escrito despacio y pesando cada una de sus palabras, cuando su tía entró con dos cartas en la mano.

—¡Dos nada más!—dijo en tono compungido.—Es de esperar que en el próximo correo llegen algunas.

—¡Confío en que no, querida tía!—contestó Eleonora.—Me alegraré que este rosario de felicitaciones se rompa antes que tu campanilla. Este continuo repiqueteo no se puede ya resistir.

—¡Niña, niña, no ofendas á Dios!—dijo la consejera, levantando admonitivamente el dedo.—Para mí y para la pobre Tila, el sonido de nuestra modesta campanilla ha sido todos estos días el más solemne toque de boda; ¡quién sabe si nosotras oiremos nunca su verdadero sonido!

—En efecto, ¡quién sabe!—dijo Eleonora entre sí; y después, en voz alta, en el tono más natural que pudo:—¿Por qué no, querida tía?

La consejera suspiró pensativa, y repuso:

—Mira, hija mía, tú eres un espíritu fuerte.

—Quisiera serlo—interrumpió Eleonora.

—Lo eres—prosiguió la consejera con decisión;—*it runs in the family*, como se dice en Inglaterra. Tu padre lo era, yo lo he sido; pero quien como yo ha tenido que abandonar una casa en donde se ha sufrido y gozado durante treinta años largos, y en la cual se espera morir, advierte que en la tierra nada hay firme, todo vacila. He perdido la fe en una dicha duradera. Sólo en la ferviente oración ante Aquél cuyos designios son inescrutables, pueden encontrarse fuerzas. Hoy es su día, hija mía. Si tú te decidieras....

—¿Por qué no, querida tía, si eso te tranquiliza?—dijo Eleonora sonriendo.

—¡Qué buena eres, querida!—exclamó la consejera besándola en la frente.—No te arrepentirás. Aún queda una hora. Hasta tanto puedes despachar tu correspondencia. ¿Quién serán esos dos rezagados?

—No lo sé, tía.

—Bueno, eso es cosa tuya. Conque hasta dentro de una hora. Vendremos á buscarte á su debido tiempo.

CAPÍTULO XIII

La consejera salió. Eleonora la siguió con ojos pensativos; pasóse la mano por la frente, y cogió las dos cartas que su tía había dejado en la mesa, junto al cartapacio; una de ellas era del extranjero, y la letra del sobre de la misma mano que la última que recibió de Borikin el día antes de salir de Berlín. Debía de ser respuesta á la participación de sus esponsales. Ella se la había enviado en un momento de buen humor, y ahora se arrepentía de haberlo hecho. ¡No era de esperar que él lo hubiera tomado humorísticamente! ¿Para qué ponerse de peor humor de lo que estaba?

En consecuencia, puso la carta á un lado, y cogió la otra. La letra, indudablemente femenina y no muy cursada, le era desconocida. El sello llevaba el nombre de la ciudad del lago.

Eleonora se estremeció. ¿Sería, por fin, la carta, largo tiempo esperada y temida, de Wustenei? ¿La carta de Herta? No había que pensar en que él la escribiera. Mas ¿por qué no? Ya ellos se habían reconciliado. Su esquila de esponsales debía haber afirmado su reconciliación. Y bien, ¿qué? Había que apurar el cáliz hasta las heces. No en vano se desciende de una familia de espíritus fuertes.

Los presentimientos de Eleonora no eran equivocados: la carta era de Herta.

«Mi buena y querida Eleonora:

»Te maravillará que nuestra felicitación á tus esponsales se haya hecho esperar tanto tiempo, casi una semana; pero la culpa es sólo de Elena. Se le había metido en la cabeza que tú vendrías sin falta, y al ver que se equivocaba, ha caído con fiebre, poniéndonos en gran cuidado. Hoy, por fin, el doctor Baltasar la ha declarado fuera de peligro, y quiero, en consecuencia, aprovechar la primera hora libre para que no suceda lo de antes.

»Queridísima Eleonora: ¿querrás creerlo? Cuando en el entierro de nuestra pobre Clementina te vi del brazo del conde Guido abandonar el cementerio, y luego otra vez al lado de nuestro coche, me pasó la idea por la mente de que podríais ser marido y mujer. Pero, ¿cómo hubiera yo podido sospechar que mis votos se habían de cumplir tan pronto? Ulrico dijo: es verdad que lo había visto venir hacía mucho tiempo; pero los hombres dicen esto siempre para imponernos con su ciencia. Indudablemente, esto me explicaría su mal humor de las últimas semanas; y á tí, bonísima Eleonora, te lo puedo decir: que todavía no se ha disipado del todo. Es muy bueno conmigo y con los niños; no podría describirte cuánto, y me haría indeciblemente feliz si lo fuese él mismo. Pero, ¿verdad que esto vendrá con el tiempo? ¿Que él también lo será si te ve á ti completamente dichosa? Este es mi deseo día y noche; si otra cosa sucediera, yo no podría ya estar tranquila un momento. Porque, Eleonora querida, preferiría morir antes que pensar que tu valerosa promesa de ayudarme ha sido causa de que te comprometas tan pronto. Si se demostrase que había habido precipitación, ¡qué espantoso remordimiento para mí! Y mi marido, á quien le he referido parte de nuestra última conversación (es claro que toda no podía ser), no me perdonaría nunca haber contribuído á tu infelicidad. Mas, ¿es posible que ese matrimonio te haga infeliz? Guido es un hombre buenísimo, y te quiere con todo su corazón. La condesa, su madre, me dice Excelencia de Trottau que delira por tí; que declaró que el día que su Guido se desposó contigo fué el más feliz de su vida; y además, queridísima Eleonora, si yo no estuviese persuadida que te son indiferentes los intereses materiales, el ser la más rica y noble dama de la provincia no será culpa tuya.

»Le he dicho á Ulrico que te escribo. No me ha dado ningún encargo especial; pero ¡cómo no ha de hacer votos de todo corazón por tu felicidad! Esto no hay que decirlo.

»Nuestro viaje se ha fijado para el cuatro de Octubre, es

decir, de hoy en ocho días. Estoy muy contenta con este motivo. No vamos á los mares de Italia. Ulrico dice que le recordarán mucho á nuestro lago, al que mira con espanto. Quiere que vayamos á Roma, para proseguir allí sus estudios, que tanto tiempo ha descuidado. El doctor Baltasar cree que le harán mucho bien, y nos aconseja que permanezcamos allí todo el invierno. No tengo nada que oponer. Los niños se tendrán que arreglar con mademoiselle Didier. Ulrico se adelantará.

»Pasamos, como es de suponer, por Berlín, donde tú estarás aún ocupada en tus preparativos, y así te veremos. Espero, seguramente, que estarás muy contenta y dichosa. Encontrarte así será para mi querido Ulrico la mejor impresión de su viaje. Y no sería menor para tu buena amiga, que te quiere y te estará eternamente agradecida,

HERTA.»

Una amarga sonrisa de ironía se dibujó, durante la lectura, varias veces en los labios de Eleonora. Después dejó lentamente la carta sobre la mesa, y miró, recostándose en la butaca, con expresión sombría ante sí.

¡Esta era la mujer á quien ella le había restituido! ¡La mujer más buena del mundo! Así se lo había dicho Ulrico á Guido, y Guido á ella; todo el mundo lo repetía, y ella misma debía confirmarlo. Bravo, honorable y justo; tan justo como puede serlo el cándido egoísmo; un modelo de mujer, que en vano se buscaría por todas partes. Y, sin embargo, sin embargo, pobre, ¡pobre Ulrico! ¿Por qué la que haría feliz á otro cualquiera, no puede hacerte feliz á ti? No; tú, la mejor de todas las mujeres, no lo consigues, no podrás hacerlo, no podrás mejorar; las cosas seguirán como son. Mi pobre y amado Ulrico, ¡cuánto habrás sufrido estos días! ¡Cuánto habrás sufrido! ¡No me mires tan lleno de reproches, tan desesperado! ¡Mi corazón sufre bastante ya de por sí! Yo sólo he querido

E. M.—Abril 1909.

ayudarte, aun cuando ahora veo que fué locura el pretender hacerlo.

Cogió convulsivamente la segunda carta; rompió el sobre con las señas de letra desconocida. La carta, escrita en Zurich, era, como ella presumía, de Borikin.

«Señorita:

»Permítame usted que la confiese que encuentro un tanto cruel el envío de su participación de esponsales, y algo cándido que lo haya usted hecho, suponiendo que la iba á felicitar. La crueldad le sienta á usted bien, pero la candidez no le encaja. Las personas *fin de siècle* que no dan á sus asuntos importancia ninguna, como usted, no deben permitirse estos lujos. Y aun suponiendo, como yo supongo, que tome usted la cosa á risa, usted sabe que soy gran partidario del humorismo; sin embargo, he hecho la observación de que en ciertos casos es de un efecto desastroso. Por ejemplo, en el caso en que un alma grande, noble y hermosa como la vuestra, se quiera salvar de la tormenta de una pasión desgraciada en el vil puerto de un vulgar matrimonio. Usted me mira espantada con sus grandes y bellos ojos, como diciéndome: ¿Quién le ha dicho á usted eso? ¡Ah, hija mía! Tengo bajo mis órbitas un par de ojos muy perspicaces. Ellos me han hecho ver desde los primeros días, desde las primeras horas, que su corazón sangraba de una fresca y honda herida. Para distraerla á usted, la hice la corte á toda vela; el poco resultado de mis esfuerzos me indicó que no me había equivocado en mi diagnóstico.

»Y cuando, como ahora, señorita, se juega la última carta, se quiere tener al menos una probabilidad. En la que usted juega no tiene ninguna. Por terrible que sea el temporal, siempre será peor el puerto en el cual se propone usted guarecerse, y que le parece á usted tan digno de sus deseos.

»¿Que cómo puedo decir esto sin conocer al hombre con quien usted va á unirse?

»¿Y si le conociese perfectamente, exactamente?

»Conozco al señor conde de Wendelin desde hace tres años, que paso varios meses en San Petersburgo, y le vi en casa del príncipe Demidoff, un pariente de la princesa napoleónica Matilde, y mis amigos, y también en otros lugares. Como él no tenía la menor sospecha del círculo que frecuentaba, y tal ó cual peligrosa afirmación que ante él se hacía, á cuenta de otras razas, se nos entregó sin reserva alguna, sobre todo á mí, á quien no sé por qué honró con su entera confianza. Así pude sondearle. Tiene buena voluntad; es leal, pero no discierne lo peligroso. Es modesto, cosa loable, pero carece de toda ambición, lo que en un hombre de su edad y de su clase es extraño. Tiene un alma dulce, que se hace amar quizá porque la vida le ha tratado bien; pero ni una chispa de espíritu, lo que es intolerable. Tiene opiniones sobre el Estado y la sociedad, que harían reir si no helasen de asombro.

»Y la espiritual Eleonora, ella, que ve tan lejos y tan hondo, que tiene tan delicado sentimiento de lo ridículo, ¿cree poder soportar mucho tiempo la compañía de un hombre por el estilo? Se engaña, se engaña por completo.

»Decirle esto á una desposada, así en su cara, es brutal. Lo comprendo. Pero cuando se trata de vida ó muerte, ¿puede el médico retroceder ante el empleo de remedios heroicos? Pues el caso es tan visto, que ha llegado el momento de usar de lo que aún puede á usted salvarla. Corra usted al encuentro de una degradación moral de escalón en escalón, hasta *la mondaine furieuse la coquette à outrance*. Y cuando más elevada esté la buena Eleonora, más honda y terrible ha de ser la caída. ¿Quiere usted dar á un mundo que la adora tan odioso espectáculo?

»Pero la salvación, ¿dónde está la salvación?—dirá usted.

»Sólo hay una, la fuga pronta, inmediata.

»¡No diga usted que es imposible! Por si acaso olvidó usted borrar esta estúpida palabra de su diccionario, yo le demostraré á usted que es posible, y cómo.

»Dentro de unos días llegará mi hermana Vera á Berlín.

Va, naturalmente, con nombre supuesto á Petersburgo, con una mision especial. Además de su pase—también falso, como es de suponer,—lleva otro segundo en que figura como inglesa, el cual puede servir para usted. Se llamará usted, según esto, Miss Grace Claribel Gordon; esta es toda la diferencia. Su perfecto dominio de la lengua inglesa se encargará de lo demás. Tengo seguridad de que con estas armas llegará usted á la frontera, en compañía de mi hermana, sin ser molestada.

»¿Y después?

»Querida, eso no lo debe usted preguntar. Lo que por el momento urge es que ponga usted entre sí y la sola posibilidad de contraer un matrimonio *par depot*, una barrera infranqueable; en una palabra, que recobre usted su libertad. ¿Qué utilidad tendrá esta libertad para usted misma y para la humanidad? Ya la informará á usted Vera.

»Me regocijo diariamente pensando que usted y Vera se conozcan. Si hay dos personas predestinadas á ser amigas, son ustedes dos.

»Como usted ve, yo quedo descartado de la combinación. Si usted quiere, más tarde, admitirme dentro de la alianza, espero seguramente demostrarla que, bajo la máscara del extraviado Gregorio, con que he creído útil presentarme á usted, se oculta otro muy razonable.

»Otra cosa. *Au cas que*: Vera dispone de elementos pecuniarios suficientes para ustedes dos.

»Así, pues, mi dulce y adorable amiga, libertad ó muerte; no la muerte gloriosa con que los héroes mueren por la libertad, sino la vergonzosa, para librarse de la cual valdría más morir tres veces; la muerte de la esclavitud. ¿Sabrá usted elegir?

GR. B.»

Llamaron á la puerta. La voz de la tía preguntó:

—¿Estás dispuesta, niña?

Eleonora tomó la carta á la condesa y escribió dentro del sobre, aún no cerrado:

«Después de pensarlo mucho, creo que, en interés de todos, es lo mejor que nuestra separación dure lo menos posible. Así, pues, espéreme usted uno de estos días.»

La tía y Tila habían abierto la puerta.

—¡Niña, que pálida estás!—exclamó la tía.—¿Has tenido alguna noticia desagradable?

—Nada de eso—contestó Eleonora;—todo va á pedir de boca. Pero he pensado si será mejor dejar todo como está y marcharme en seguida á Wendelstein.

—¡Creo lo mismo exactamente!—exclamó la tía.—¿Se lo has escrito ya á la señora condesa?

—Aquí está la carta; voy á echarla yo misma de paso.

—¡Dámela, te lo suplico!—dijo Tila con los ojos húmedos.—Quiero tener alguna parte en la misiva que ha de hacer tan feliz á Guido.

CAPÍTULO XIV

¡La libertad ó la muerte!

Estas palabras no abandonaban á Eleonora; le zumbaban en los oídos, golpeaban su cerebro, martilleaban en su corazón noche y día. La libertad ó la muerte; la estúpida muerte de la esclavitud. La esclavitud del cuerpo y del alma en que iba á arrojarse casándose con Guido. ¡Marido! ¡Terrible palabra! ¡Aún no había besado él su mano! ¡No la habían rozado sus labios! En la próxima entrevista en Wendelstein, ante los ojos de su madre, se sentiría él más seguro que fuera de su casa. En sus propios dominios podía reclamar sus derechos; ¿podría ella negarlos? ¿Podía entregar sus labios, que no habían besado á hombre alguno fuera de su amado? ¿Podía dar á otro lo que era de éste? Al pensar en ello se cubría de vergüenza.

Como también al pensar que iba á ser de un hombre al cual no podía considerarse, por más esfuerzos que hiciera, sino como un muchacho, no como un hombre hecho, como un juguete. Debía encerrarse en el estrecho círculo de su mentali-

dad. Entre ellos no se podía hablar de una divergencia de pensamientos, cosa tan mala de por sí. No, sino de dos almas de las cuales una sólo encuentra la 'suprema dicha en la claridad del pensamiento; en tanto que la otra sólo se siente á gusto en el crepúsculo, y hace temerosas cruces á la luz.

Así, pues, ¡libertad! ¡libertad!

Mas para trocar la esclavitud de unas nupcias que se deben condenar como inmorales, por otra no menos dura y no menos inmoral. El servicio de una idea que no tenía raíces en su cerebro ni en su corazón, que no procedía de experiencias ni convicciones personales, sino del espíritu y del pensamiento de las aspiraciones y de la desesperación de un pueblo extranjero con el cual nada tenía de común, y en cuyo mar sería una gota de agua.

Y aun suponiendo que aprendiese á aullar con los lobos de las estepas, y que hallase gusto en seguir sus hordas nómadas, que levantan su tienda hoy aquí y mañana allí, y se habituara á vivir en este desierto improvisado, encontraría siempre junto á ella á una persona, á Gregorio Borikin. Ni un momento se le ocultó la secreta intención de su carta. Aquellas seguridades de amistad, aquellas apariencias desinteresadas de hombría de bien, sonaban á la legua á farsa moscovita, demasiado burda para producir efecto. El tigre no es menos tigre porque oculte las garras un momento. Ciertamente debía dejar á Guido si no quería romper con otra persona. Con otro en cuyos ojos incandescentes bajo espesas cejas no podía pensar, sin recordar con espanto, y lo recordaba perfectamente, qué poder fascinador ejercían sobre ella, hasta el punto de sentirse, ante su mirada, paralizada como el pájaro ante la serpiente. Por este lado el peligro era más terrible que por el otro.

Y al verse así acechada á derecha é izquierda por el terror, su alma angustiada imploraba á aquél en cuyo pecho únicamente podría descansar, y junto al cual su corazón latía, sus pensamientos se elevaban, todo su sér florecía como las flores al beso de Mayo. ¡Ah! ¡Sólo uno de los días de Norderney!

¡Una hora sola! ¡Y ella misma había hecho enfermar al hombre amado con palabras de hiel y miradas de acíbar! ¡Había hecho su suerte más dura! ¡Había podido reñir con él porque hacía lo que ella misma le pedía que hiciera: tener compasión de su desesperada mujer! ¡De la madre de sus hijos! ¡No era traición lo que él había hecho, era la consecuencia de las circunstancias todopoderosas! ¡Lo que ella iba á hacer sí que era traición! ¡Y no podía hacerlo!

—¿Qué le pasa á Eleonóra?—dijo la consejera á Tila, cuando dos días después, por la noche, cerró tras sí la puerta de la alcoba en que dormían las dos.—No me gusta su aspecto. Tiene grandes ojeras. Hay que hacerle tomar á la fuerza lo poco que come.

—¡Es el amor!—contestó Tila, bajando los ojos ruborizada, mientras ponía la luz encima de la mesa.

—Yo no sé—dijo la consejera, inclinando pensativamente la cabeza.—Puede que fuera la antigua moda; pero en mi tiempo se amaba de otra manera.

—¡Es una criatura especial!—dijo Tila en tono de disculpa, sentándose ante el espejo para arreglar su rubio cabello, no muy largo, pero abundante, recogéndolo en papillotes para dormir.

—Ya lo sé—dijo la consejera, sacando una cofia limpia de la cómoda.—En mi familia las personas raras no son excepción, casi pudiera decirse que son la regla. Tu abuelo era conocido en dos leguas á la redonda por sus excentricidades. En cierta ocasión, desde el púlpito, no sólo dijo que el diálogo entre Fausto y Margarita sobre Dios era la poesía religiosa más elevada, sino que la recitó de cabo á rabo, como no lo hubieran hecho mejor Eckhof ó Iffland. Muchos ejemplos de esta clase podría citar, y he de decir que todas estas diferentes cualidades y dones parecen haberse reunido en grado eminente en Eleonóra. A pesar de todo; yo deseo de todo corazón que este noviazgo concluya, y que sea la señora condesa.

—¡Yo me imagino tan dulce el tiempo de novia!—dijo

Tila, sonriendo dulcemente á su imagen retratada en el espejo.—Me parece la más dulce aurora del amor.

—¡Eres y serás siempre la inocente niña romántica!— dijo la consejera, acariciando tiernamente las pálidas mejillas de su ídolo; —pero debes permitir que mi viejo corazón anticuado palpite más tranquilo. Insisto en que no me gusta su aspecto. El domingo dijo que quería ir á Wendelstein un día de estos. La exhorté á que lo hiciera. Hoy es martes. ¿Por qué no se va?

—Pero, mamá — dijo Tila, volviéndose, — ya lo sabes... Espera la visita de una señora, anunciada en una carta que recibió el domingo. Creo que debe ser una parienta del conde Guido, que quiere conocerla. ¡Espera, mamá!

Tila había saltado de la silla para ayudar á su madre á ponerse su chambra de dormir, cuando la campana del vestíbulo sonó.

—¡Un telegrama — exclamó la consejera — para Eleonora! Indudablemente, de la condesa. Gracias que está ahí Augusta todavía.

Sintió el paso apresurado de la doncella en el corredor. Madre é hija escucharon á la puerta entornada. En su impaciencia, les pareció que Augusta tardaba en volver.

—¿Qué hay?— preguntaron madre é hija á un tiempo.

—¡Una señora—contestó Augusta con misterio— que pregunta por la señorita!

—¡No te lo dije!—murmuró Tila.

—¡A las once!—murmuró la consejera.—¿Cómo ha podido entrar en casa?

—El portero la ha alumbrado. La señorita ha dicho que me acueste. Que ella abrirá á la señora.

La consejera bajó la cabeza.

—¿Si así lo prefiere Eleonora?...—murmuró Tila.—¿Es una joven?

—Yo no sé—contestó Augusta;—traía un velo.

—¡*Madame la comtesse, peut-être!*—susurró Tila.

—*Mais mon enfant vous êtes ridicule* — respondió la consejera.

—¡Buenas noches!— dijo Augusta, indignada de que, después de cuatro años de servir las fielmente, no hicieran con ella la menor confianza.

Las damas retiráronse de la entornada puerta, y entraron en la habitación. La consejera manifestó que estaba muy contrariada.

—No encuentro regular que Eleonora tenga secretos con su segunda madre. Debiera habernos dicho por lo menos el nombre de la dama.

Tila no contestó. Estaba persuadida de que era la condesa en persona. Y había ido á Berlín para llevarse en seguida á Eleonora á Wendelstein para que el conde Guido no se destruyese el corazón de impaciencia.

CAPÍTULO XV

Aún no había pensado Eleonora en acostarse, cuando oyó ella también la campana del vestíbulo. Seguramente un telegrama de él, que estaba enfermo, enfermo de muerte, ¡y que la llamaba á la cabecera de su cama!

Corrió á abrir su puerta, vió á Augusta con la lámpara en la mano ir al vestíbulo, oyó abrir la puerta de la escalera y alguien que preguntaba por ella: una voz de mujer, la hermana de Borikin.

Eleonora salió de su cuarto; una figura alta, vestida de negro y con velo, avanzó con rápido paso hacia ella.

—¿La señorita Eleonora Ritter?

Eleonora cogió la mano enguantada de negro que la recién llegada la tendía, y condujo á ésta á su cuarto; dió á Augusta, que miraba con los ojos de par en par abiertos á la extraña visitante, la orden que tanto contrarió á la consejera; volvió

á su cuarto, cuya puerta cerró tras sí, y tornó á alargar la mano á Vera.

—¡Cuánto me alegro de que haya usted venido!

—Tanto me alegro yo de verla. Usted prestó á mi hermano un grandísimo servicio al quemar sus papeles. Ahora yo no hago sino pagar una deuda.

Vera se había quitado el velo al decir estas palabras. Eleonora vió un rostro pálido, cuyas facciones infantiles, incorrectas, pero no desprovistas de belleza, parecían estar en extraña contradicción con los grandes y severos ojos grises que aparecían bajo sus pronunciadas cejas negras. Su cuerpo, esbelto, casi flaco, daba la impresión de una gran fuerza y elasticidad; las manos, de las cuales se había quitado los guantes, eran bien formadas, blancas, y, como su figura, fuertes y elásticas.

También Vera paseó una mirada investigadora sobre Eleonora. Una fugitiva sonrisa agitó su pequeña boca.

—Me la había figurado á usted tal como es — dijo; — creo que la hubiera reconocido en cualquier parte donde la hubiera encontrado. Gregorio me la ha descrito á usted tan á menudo, hasta en los menores detalles. No describe mal cuando no está cegado por el amor ó por el odio, lo que no deja de ocurrirle con frecuencia.

Se había sentado en un extremo del pequeño sofá para que Eleonora se sentase á su lado. Vera, á quien el alemán le era familiar y hablaba sólo con un ligero acento suizo, prosiguió:

—Usted me perdonará que haya venido á verla tan tarde. Estoy hace una hora, no más, en Berlín; salgo mañana, á las diez de la noche, para Petersburgo, y no tengo un minuto libre en todo el día. Así, pues, no perdamos tiempo. Vengo á verla, á ruegos de Gregorio. He leído la última carta que le escribió á usted, pues me da á leer todas sus cartas; por consiguiente, conozco su situación según él se la imagina. Hablando francamente, desconfío á veces de las apreciaciones de Gregorio. Así es que no me sorprenderá que usted me diga que se ríe de la alternativa en que él la coloca á usted.

Eleonora había temido que la hermana de Borikin la animase, con la misma vehemencia que éste, á una resolución contra la cual en vano luchaba tan terriblemente aquellos dias. La naturalidad con que Vera lo puso todo en duda la consideró como un consuelo, ante cuya espontaneidad debía mostrarse agradecida.

—Si su hermano de usted hubiera venido en persona á buscar la contestación á su carta—contestó,—le habría tenido que manifestar, en efecto, que sus cuidados por mi persona eran innecesarios; puesto que es muy discutible su derecho á aconsejarme, desde el momento en que yo no le he pedido consejo. Ante usted, mis sentimientos son otros. Usted es una joven como yo y se presenta como amiga mía. Con usted puedo y quiero hablar de otra manera. El juicio de su hermano de usted sobre mi situación actual es completamente exacto; me encuentro á punto de contraer un matrimonio que implica el sacrificio de mi libertad.

Sospecho que usted se asombrará de que una persona pueda encontrarse perpleja ni un momento en caso semejante.

—¡Es cierto!—repuso Vera.—Yo no renunciaría á mi libertad por nada en el mundo, y menos por un matrimonio.

—¿Ni por un matrimonio de amor?

—No creo en el amor. Es una ilusión, como todo.

—¿Entonces también lo es la libertad?

—También la libertad; sólo que ésta es la más alta, la más hermosa, y se agarra uno á ella cuando se han perdido todas las demás.

—¿Y que terminará también por perderse al fin? ¿Y luego?

—Luego...

Los ojos claros y severos de Vera tomaron una extraña expresión de fijeza, é interrumpiéndose miró un momento al vacío, y dijo después con voz más baja, pero más firme:

—Luego llega la muerte que rompe todas las cadenas.

—¿Y si se hiciese esperar?

—Se la busca, y seguramente se la encuentra.

Siguióse una pausa. En la calle y en la casa reinaba profundo silencio. Ante ellas, en la mesa, estaba el relojito guarnecido de brillantes que Guido había obligado á aceptar á Eleonora. Nunca había oído su *tic-tac*. Ahora lo percibía distintamente una ligera y veloz vibración que parecía crecer y acelerar su compás á cada segundo como el trepidar de un tren expreso que corre en la oscuridad en busca de la muerte, que se encuentra seguramente cuando se busca.

De pronto Vera se puso de pié.

—El tiempo corre—dijo.—Además, una conversación larga serviría de poco. Veo que usted no ha llegado á tomar una resolución, y nada más lejos de mi ánimo que impelerle á usted á tomarla. Yo no he querido más que ofrecer á usted mis servicios en caso de que usted los necesitase. De todos modos, le dejo á usted el pasaporte de que Gregorio le ha hablado á usted. Si usted me le devuelve mañana durante todo el día, con las señas que en este extremo he escrito con lápiz, sabré que debo partir sin usted. En caso contrario, debemos encontrarnos, á las diez en punto, en la estación central de la calle de Federico.

Sacó un rollo de su manguito y le puso en la mesa al lado del reloj. Eleonora echó una mirada de espanto á este rollo. Allí estaba en forma más palpable la tentación que aquellos días la había obsesionado crecientemente. Sintióse avergonzada de su perplejidad ante una joven que era la resolución misma, preguntóla con voz insegura:

—¿Permanecerá usted mucho tiempo en Petersburgo?

—Es posible que siempre—contestó Vera en actitud de ponerse los guantes.

—Creí haber comprendido, por la carta de su hermano, que se trataba sólo de una comisión momentánea en interés de su partido.

—Gregorio no sabe, en realidad, de lo que se trata—contestó Vera, abotonándose el guante de la mano izquierda.

—¿Que no lo sabe su hermano de usted?

—¡No! Nosotros no podemos iniciar en nuestras decisiones sino á aquellos que no conozcan ningún escrúpulo, y cuya sangre no se inflame. Mi hermano no es de éstos. A pesar de todo su radicalismo de relumbrón, es un puro sentimental, como, entre otras cosas, y no lo tome usted á mal, lo demuestra su loca pasión por usted. No porque usted no lo merezca. Pero él no debía permitírsela. Si él supiera de lo que se trata, no me hubiera dejado marchar. Y, sin embargo, lo que voy á hacer yo, sólo puede hacerlo una mujer.

Su voz, mientras decía esto, poniéndose el guante de la mano derecha, había hablado imperturbablemente en tono suave y bajo, y como tenía los ojos bajos, Eleonora sólo veía sus suaves facciones, aniñadas y candorosas.

—¿Debe ser así, pues?—dijo cogiendo la mano de Vera.

—Así debe ser—murmuró Vera.

Levantó sus grandes ojos. Ante su mirada firme y tranquila corrió un escalofrío por el cuerpo de Eleonora.

—¡Aquí!—dijo cogiendo el rollo de la mesa... ¡tome usted!... se encuentra la muerte cuando se busca, tan seguramente en Alemania como en Rusia.

—Ya lo sabía—contestó Vera, poniendo otra vez el rollo en el almohadón,—y sólo deploro una cosa: que usted no sea rusa.

—¿Qué diferencia grande hay? Yo creo en el amor, y estoy dispuesta á morir por él como usted por la libertad.

—No creo ya tampoco en la libertad.

—Y no obstante...

—Justamente por eso.

—¡Ah! Ahora la comprendo á usted.

—No se puede jactar de tanto mi pobre Gregorio. ¡Usted siga bien!

—He dicho á la muchacha que se fuera á acostar, y voy á acompañarla á usted—dijo Eleonora cogiendo la lámpara.

—¡No es necesario—contestó Vera.—Delante de la puerta

del vestíbulo me espera el portero con su linterna. Tiene que ganarse la propina.

—¡Entonces, hasta allí!

Llegaron á la puerta del vestíbulo, por cuyas rendijas penetraba la luz de la linterna, con la cual se había sentado el portero en el primer escalón.

—¿Quiere usted darme un beso?—dijo Vera.

Eleonora la ciñó entre sus brazos y la besó; sus labios temblorosos quemaban; los de Vera estaban tranquilos, fríos y blandos como los de una niña.

—¡Adiós para siempre!

—¡Para siempre! ¡Adiós!

Vera se cubrió la cara con el velo y siguió al portero, que iba delante alumbrando. La negra figura desapareció en la oscuridad de la escalera.

—¡Para siempre!—murmuró Eleonora.

CAPÍTULO XVI

La sala de espera de la estación de donde arrancaba la pequeña línea para el pueblecillo del lago, estaba aquel día rebosando de gente. En la ciudad inmediata había habido feria; el público venía de vuelta y esperaba el expreso del Oeste. Solía traer pocos ó ningún pasajero; en las mesas se discutía mucho contra la administración, que para el provecho que dejaban cien ó doscientas personas un año con otro, hacía cenar á los empleados una hora más tarde. El barullo era grande. La gente había empinado bien el codo ya en las cervecerías y en la feria de la ciudad, pero aún había que remojar aquella hora de espera. Dos mozos y un chico no podían dar abasto; el grueso fondista, detrás del tonel de la cerveza, y su mujer y su hija, ante la tartera de la manteca, perdían la cabeza.

Eleonora, desde su rincón, cerca de una de las puertas, al

través de las nubes de humo de tabaco que llenaban todo el recinto, contemplaba distraidamente el trajín de los bebedores, cuyo estrépito llegaba hasta su oído como de muy lejos. No sabía cuánto tiempo llevaba sentada allí ni lo que tendría que estar aún. Le era indiferente llegar una hora antes ó después al pueblo, donde pensaba pasar la noche. Había teleografiado á la condesa desde Berlín, rogándola que no dijera nada á Guido de su llegada. La condesa podía suponer que se trataba de una sorpresa. Una magnífica sorpresa, había que confesarlo, pues la pensaba decir que la carta que el domingo había escrito era una pura mentira desde el principio al fin; que mintió al prometer á Guido casarse con él y que le rogaba que le devolviese su palabra y rogar á la madre que considerase la confianza con que la había hourado, los presentes, el amor de que la había colmado como una dilapidación indigna.

¡Oh! ¡qué vergüenza tener que rebajarse así ante una señora á quien tanto respetaba! ¡Tenía que apurar un cáliz más amargo que la misma muerte!

Y si la venerable señora sólo veía en aquella contrita confesión la desesperada lucha que ella misma sostuvo en otro tiempo para vencer por fin y convertirse en una fiel esposa y en una buena madre, y que ahora, con los cabellos blancos, al mirar al pasado con melancólico orgullo, consideraba como punto de partida una larga vida sin tacha dedicada al bien, ¿qué hacer? Encontraría valor para decir: entonces tú tienes otro concepto de la santidad del amor, ó tu amor se queda muy por bajo del mío. Pero ¿y si no encontraba ese valor? ¿Su cuello habría de doblegarse bajo el yugo que aquellas dulces manos le querían poner? ¿Había de dejarse mecer por la canción de la fuerza balsámica del tiempo, que cura las más profundas heridas? ¿Debía dejarse embaucar por la conseja que exhorta sonriente á poner tierra por medio entre dos que se aman hasta que los recuerdos se borren y el corazón sepa latir con otro ritmo? ¿Y después?

Otra vez la muerte; sólo que en otra forma más terrible, de

la esclavitud embrutecedora, que mata el corazón de un matrimonio sin amor.

Eleonora despertó sobresaltada de sus sordas meditaciones; la puerta, cerca de la cual estaba, retembló al empuje del huracán que desde el principio de su viaje la había acompañado. Un furioso aguacero estalló azotando los vidrios. Las linternas del servicio ardían ya hacía rato; ahora encendiéronse las luces de gas de la sala de espera, para tranquilidad de una madre cuyos hijos empezaban á atemorizarse de la oscuridad. El estrépito era cada vez mayor. El inspector, cuya gorra encarnada se hizo visible unos minutos ante el *buffet*, dió la noticia de que el expreso del Oeste traía media hora, quizá fueran cuarenta minutos. ¡Sólo faltaba esto! ¡Con aquel tiempo de perros! Tal contrariedad sólo podía ser compensada con doble ración de cerveza y de grog.

Un comisionista, que había ya hacía rato reparado en la solitaria y velada dama, reuniendo todo su valor, sentóse á conveniente distancia de ella, en el banco adosado á la pared y forrado de negro, y trató de entablar conversación. La estancia en un local como aquel, lleno de gente, mal ventilado, mal iluminado, era cosa á que no debía obligarse á una persona fina. Por lo demás, se hubiera jurado que en aquel chiscón no existía ni siquiera una sala separada para los viajeros de segunda clase. Y quizá la señora viaje en primera. Por lo menos él no la había encontrado en los departamentos de segunda, con que un simple comisionista debe contentarse. ¿Pensaba la señora detenerse mucho tiempo en el pueblo? Él iba allí por primera vez. Debía ser un punto muy bonito, en donde vivirían personas muy principales. Él había oído hablar de una fiesta que se celebraba allí todos los años el 15 de Septiembre en honor del lago, donde se divertían lindamente.

El comisionista, al cual una conversación sin interlocutora fatigaba, desapareció. Vino á sentarse en el mismo sitio una pobre mujer que de cuando en cuando lloraba silenciosamente. Eleonora tuvo que preguntarla dos ó tres veces lo que la

ocurría; antes de que ella respondiera, lo hizo refiriendo una larga historia en dialecto, de la cual apenas pudo entender sino que la buena mujer venía de visitar una hija suya en las cercanías de la ciudad, casada con un ebanista, y que padecía de tisis. Había estado cuidándola en el tercer parto, y no podía recobrar sus fuerzas. Se había gastado con ella una pequeña suma cobrada en la ciudad, con lo que se veía en gran apuro, pues no podía pagar el alquiler de la casa, que vencía el 1.º de Octubre, que se echaba encima, y no sabía humanamente de dónde sacar el dinero. Eleonora preguntó á cuánto ascendía. La vieja echó cuentas de una cantidad insignificante. Eleonora quiso dársela. La vieja declaró con resolución que sólo tomaría el dinero bajo condición de devolverlo cuando pudiera. Eleonora la dió, después de vacilar un poco, un nombre supuesto y unas señas falsas. ¿Qué otra cosa podía hacer? Sólo tenía en este mundo un asunto que arreglar: ajustar sus cuentas con la condesa y Guido.

La vieja se marchó, después de reiteradas muestras de agradecimiento, á sentarse en una mesa, donde tuvo la dicha de encontrar á una paisana, á quien, al parecer, contó lo sucedido. Al menos señalaba de cuando en cuando furtivamente, limpiándose las lágrimas, el sitio en que estaba Eleonora.

Eleonora, mientras la vieja se lamentaba, recordaba á su tía, de la cual casi se había separado enfadada porque no había querido llevar consigo el cofrecillo que contenía los regalos de Guido, y el cofre grande con sus ropas, sino que los había enviado á Wendelstein con una bolsa de labor. También la tía tenía enferma á su hija; también ella estaba amenazada de un lanzamiento de la casa en que había pasado tantos años; también padecía la crónica escasez de dinero. La misma necesidad, los mismos apuros, solamente en una esfera más alta, y, por consiguiente, en mayor proporción. ¿Pero crece la miseria con la sensibilidad del que la sufre? Lo que un hombre es capaz de soportar, nadie puede saberlo más que él mismo. Y los que soportan todo con paciencia de esclavos no deben arrogar-

se el papel de jueces sobre almas altivas que, como Vera, arrojan la vida cuando ha perdido para ellos todo valor y dignidad.

Por fin se oyó el estrépito del expreso, que se detuvo delante de la estación, y silbó arrojando vapor. Los viajeros cargaron con sus equipajes y se apiñaron ante las puertas de la sala, que permanecían cerradas; el expreso no partiría hasta que llegase el tren de viajeros del pueblo. Por fin se abrieron las puertas. ¡La lluvia y el viento entraron! Pero los viajeros, impacientes, no se cuidaron de la lluvia ni del viento, y entre empellones y apreturas se precipitaron al andén, llenando, en un abrir y cerrar de ojos, los coches.

También los departamentos de primera clase, en donde Eleonora esperaba estar sola, se ocuparon todos; el jefe ordenó que, en vista del exceso de viajeros y de la falta de coches, se sentase cada cual donde pudiera. Eleonora se acurrucó en un rincón y se echó el velo á la cara. Los recién llegados comenzaron á conversar en voz alta, en la cual llevaba la batuta el comisionista que se había introducido en el mismo coche, sin duda, para demostrar á Eleonora que su desaire no le había quitado el buen humor. Por último, desbordóse en bromas groseras y alusiones, hasta que un caballero de más edad que él le llamó al orden enérgicamente.

A pesar de que el tren, que nunca solía apresurarse, tenía que luchar aquella noche con el creciente temporal, recorrió la corta distancia que le separaba del pueblo del lago con relativa prontitud. En la diminuta estación á cuyas luces se veían parte de las espumosas ondas del lago, hubo nuevo tumulto y precipitación por coger los cuatro ómnibus de las fondas, especialmente el de la principal, «La corte de Berlín». Eleonora había oído repetidas veces este nombre en Seehausen, y pensaba hospedarse allí. El caballero que se había mostrado atento con ella en el vagón, y que se sentó á su lado en el ómnibus, creía que le iba á ser difícil encontrar hospedaje, si no había teleografiado. A causa de la feria de ganados del

día siguiente, los tratantes y labradores de muchas leguas á la redonda acudirían en bandadas, y las fondas solían en esos días estar atestadas.

Los temores se confirmaron. El señor Meink, que bajó hasta el coche en persona, declaró que sólo podía admitir á los señores que habían pedido habitación. Eleonora, que ya había subido á la fonda, preguntó por la fondista, dando su nombre, y añadiendo que sólo se trataba de pasar la noche por lo menos. La fondista se manifestaba inconsolable. Había visto á Eleonora con la generala el día de la fiesta del lago; pronto la reconoció, y consideraba, naturalmente, como todo el mundo, el gran acontecimiento de la temporada, sus esponsales con el conde Wendelin. ¡Y no poderla recibir ahora! Pero no había una pulgada de terreno libre en toda la casa; las mejores alcobas, las del matrimonio, las de los niños, ¡todo ocupado! ¡Se hubiera tirado de los pelos! ¡Si la señorita hubiera avisado á tiempo!

El señor Meink, que entró después, no se mostró menos abatido, pero tuvo una idea que él mismo consideró como feliz. Precisamente el coche de «Los tres peces» estaba á la puerta, ya conocía la señorita la casa desde el día de la fiesta, y se disponía á partir para el lago: un coche cerrado que había ido en busca del doctor Baltasar para un niño enfermo de la señora de Brandow, por cierto prima carnal suya, y que volvía vacío. Bastaba con dar una propina al cochero, que ciertamente en noche como aquélla la merecía. Si la señorita no temía el temporal, que no había por qué temerle, en menos de una hora...

Eleonora no le dejó concluir: rogóle con apremio que dispusiese todo lo necesario. El señor Meink se apresuró á complacerla; su esposa llevó á Eleonora al comedor, donde la sirvió una taza de té caliente, y al poco rato volvió el señor Meink anunciando que todo estaba dispuesto. El cochero era el viejo Cristián. Decía que la noche de la fiesta del lago condujo en la barca á la señorita, y que estaba orgulloso de poder

servirla otra vez. La señorita no debía olvidar que el coche de la condesa salía por la mañana temprano de la fonda, por lo que no tenía necesidad de ir hasta el pueblo. «Reciba nuestra enhorabuena la futura del señor conde»—exclamó la señora de Meink.—«Otro tanto á la señora condesa madre, quien, desgraciadamente, no nos honra con sus visitas hace años—agregó el señor Meink—acompañando á Eleonora con un paraguas hasta el coche, cuya puerta abrió Cristián y cerró después, subiendo al pescante y poniéndose en marcha.

Las tinieblas de la noche cubrían el campo. Apenas si al corto resplandor de las linternas del carruaje se distinguía el indeciso contorno de algún árbol ó de una casa por un momento. Además, el temporal, apaciguado al empezar el viaje, hasta el punto de decir el señor Meink que ya había pasado, empezó de nuevo con furia. Los caballos tenían que trabajar de firme para que el coche no se detuviera ó se volcara, y Cristián murmuraba de vez en cuando para su capote: ¡Si salimos bien de ésta!...

Sin embargo, la cosa fué mejor, como Cristián había previsto cuando llegaron al bosque. Aunque la tempestad rugiese arriba con fuerza, abajo reinaba relativa calma. La oscuridad había aumentado, si cabía; pero Cristián conocía á palmos el camino, y los faroles, afortunadamente, no se habían apagado.

Para Eleonora fué un consuelo encontrarse por fin sola. Imaginábase con hastío lo que la esperaba, y su espíritu recordó el pasado, las dos semanas en que únicamente había vivido: los días de Norderney. Quizá el trueno de la tempestad evocaba en ella el estruendo de las olas en la playa. El estruendo de las olas cuando él apareció en su vida, para desaparecer ahora, á pesar suyo. Sin embargo, había que acabar de uno ú otro modo. Su pobre corazón atormentado, encontraría por fin la paz. Para el hombre el amor no lo es todo; ella no lo sería tampoco para él: sólo un bello sueño, del que pasados los años se ríe uno de haberle tomado en serio y como realidad digna de basar en él la vida. ¡La vida, con sus atractivos de nuevos

goces! Y en todo caso, cuando el ensueño no quiere acallarse, ahí está el trabajo para el hombre: una morfina durante el día, que calma el dolor, que alivia el tormento del deseo, que embota la sensibilidad. Yo no dispongo de este remedio. Ni el cuidado de niños, ni los deberes de una institutriz, no bastan. ¡Si yo fuese poetisa ó artista! Mi arte y mi poesía es el amor; pero «cayó el rocío en una noche de primavera... se perdieron y murieron tal vez; pero que él se salve (1)».

Cristián respiró más aliviado cuando el coche salió del bosque y entró en el espacioso raso, y se encontró ante la puerta del zaguán, viendo brillar las luces de la casa. El señor Brandow, que salió á la puerta, y que estaba advertido por Cristián de quién era el huésped, ayudó á bajar á Eleonora con solícitud. Una hora antes había hablado con un correo de Wendelstein, que cabalgaba hacia el pueblo para anunciar que al día siguiente, á las nueve en punto de la mañana, iría el coche de la condesa á buscar á la señorita Eleonora á «la corte de Berlín». Cristián dijo que había visto un hombre á caballo entre el pueblo y el bosque. La señora de Brandow. La señora Brandow, que apareció en aquel momento, era todo júbilo y conmoción por volver á ver á la señorita Eleonora tan pronto, y antes de ser condesa. ¡Quién lo hubiera pensado en la noche de la fiesta, cuando tuvo que prestarla su chal para la travesía en bote. ¡La pobre señorita Clementina morir tan pronto! Sin embargo, hubiera tenido por una dicha haber podido saludar á la señorita como señora condesa. Desde el cielo se alegraría, seguramente. ¡Pero qué lástima! ¡qué lástima!

Así charlaba la buena señora, mientras subía la escalera con Eleonora, para conducirla á una de las pocas habitaciones desocupadas del piso superior. Por lo demás, el resto de la casa estaba completamente lleno de gentes que iban á la feria del pueblo, y prefirieron pernoctar allí á lanzarse por el bosque en plena tempestad. El cuarto era el último del corredor;

(1) Célebre poesía de Enrique Heine.

pero por ello mismo el más silencioso, mayormente, cuanto que el de al lado estaba aquella noche también libre. La tormenta golpearía un poco las ventanas; pero, en cambio, por la mañana gozaría de una hermosa vista sobre el lago. ¿Qué deseaba la señorita para cenar?

Eleonora pidió algo que le pudieran subir á su cuarto. Pero la señora Brandow no transigió. No quería que la señorita atrapase un resfriado en aquel cuarto tan frío y se marchase con él á Wendelstein. A trueque de que la llamasen terca, quería que la señorita bajase al comedor, donde se le serviría una cena conveniente en un confortable rincón donde nadie la molestase. Nadie podía vivir sólo del amor. Por lo menos, ella no sabía de nadie, si es que Eleonora pensaba lo contrario. ¡Qué casualidad! Lina, que siempre estaba buena, justamente aquella noche no estaba bien. Aquello la había puesto de muy mal humor, y precisamente la enfermedad de la niña la había proporcionado una huéspedada tan querida. La señorita debía, pues, bajar con ella al comedor; aquella noche la cocina no se apagaba.

Mientras la señora Brandow acompañaba á Eleonora á su cuarto, descendía á la puerta de la casa un jinete envuelto en largo impermeable; entregaba el caballo á un criado, con la orden de que le fricciones escrupulosamente. Después entró en la casa y encontró en el vestíbulo al Sr. Brandow, que salía aprisa del comedor.

—¡Dios mío! ¡El señor barón! ¿De dónde viene usted tan tarde?

—De la alquería—contestó Ulrico, sacudiendo el agua de su gorra y quitándose, con ayuda del Sr. Brandow, el capote.—Pasedag está de maniobras; con este motivo tengo yo que estar al cuidado de todo. Quería haber ido esta noche al pueblo para salir mañana temprano. El temporal me ha detenido.

—Ha hecho usted bien—dijo el Sr. Brandow;—¡puro equinocial! Así, pues, me honrará, naturalmente, esta noche el señor barón con su presencia.

—¡Si hay habitación! Creo que tiene usted la casa de bote en bote.

—¡Para el señor barón siempre hay sitio! Aquí trae Juan su pequeña maleta. ¡Cómo se conoce que el señor barón ha sido soldado! Voy á decir, con permiso del señor barón, que la lleven á su cuarto, y entretanto, si el señor barón quiere, puede esperar aquí en el comedor hasta que yo dé las órdenes oportunas arriba.

—Entretanto me secaré—dijo Ulrico sonriendo.—Si es que con mi retraso no molesto á sus huéspedes...

—¡El señor barón siempre tan caballero!—dijo el fondista, abriendo la puerta del comedor á Ulrico con una reverencia.

Ulrico retrocedió para dejar pasar á la dama que bajaba la escalera con la señora Brandow.

La dama pasó por delante de él, haciendo una ligera inclinación de cabeza, cuando, ahogando un pequeño grito de sorpresa, se puso pálida.

—¡Ah, usted, señorita!—dijo Ulrico, reponiéndose pronto de su terrible emoción.—Esto se llama una feliz casualidad. ¿Quiere usted hacerme el honor?

Eleonora tomó en silencio su brazo. Así entraron en el comedor.

CAPÍTULO XVII

El brazo de Ulrico se estremecía y la mano de Eleonora temblaba mientras él la conducía por el comedor detrás de la señora Brandow, la cual los llevó á una mesita del extremo más distante de la gran habitación, preparada ya para Eleonora.

—En seguida van á traer otro cubierto—dijo la señora Brandow.

—Por supuesto, con el permiso de esta señorita—dijo Ulrico, dirigiéndose á la fondista.

—¡A la señorita no le molestará cenar con un buen amigo de su señor futuro!—contestó la picaresca mujer.

—¡Con mucho gusto!—murmuró Eleonora.

Sentáronse frente á frente, y hablaban mientras un mozo les servía la sopa: Ulrico, de su cabalgada nocturna que, á causa del temporal, había terminado allí, en vez de continuar hasta el pueblo; Eleonora, de los incidentes de su viaje; el terrible plantón en la atestada sala de espera y su desahucio en «La corte de Berlín». Por muy fino que el mozo tuviese el oído, no se hubiera enterado de lo que agitaba tan profundamente á aquellas dos almas.

El mozo salió á buscar el segundo plato; en el mismo instante levantaron los dos la vista por primera vez; se cruzaron sus miradas con expresión que todo lo abarcaba, que todo lo contenía; la historia de los sufrimientos que su amor les había deparado; la indecible dicha de volverse á ver, y que, sucediese lo que sucediese, nunca, nunca se abandonarían.

Y sonreían los dos en la seguridad renovada de su amor, y él murmuró:—¡Eleonora!—y ella como un suspiro:—¡Ulrico!

Y luego apareció el mozo otra vez, y los señores de Brandow se acercaron á la mesa un minuto para cerciorarse de que nada les faltaba, y tanto el mozo, que ya le había servido otras veces, como el señor y la señora Brandow, nunca habían visto brillar tanto los ojos del señor barón. No podía atribuirse al Ródano que el señor barón había mandado servir, pues apenas probó el vino, mientras que la señorita vaciaba el vaso que era un gusto.

Sirvieron los postres: ahora iban á quedarse solos; podían abandonarse á su amor, en la seguridad de que nadie los espía; evocar los felices días de Norderney una vez más.

Continuamente encontraban deliciosos detalles nuevos, como se encuentran nuevas estrellas por mucho que se mire al cielo; el sentimiento de la inmensidad de su amor llenaba su alma con espasmos de voluptuosidad.

Pero no hablaban del futuro, de lo que había de suceder,

convencidos cada uno á su modo de que luchaban contra un torrente cuya fuerza era irresistible.—¡Tú eres mía!—decían sus ojos.—¡Yo soy tuya!—contestaban los de ella. ¿Qué necesidad tenía de decirle que sus esponsales con Guido no habían sido otra cosa que una lucha desesperada para salir á la orilla, para salvarse del vórtice en que había caído? ¿Por qué decirle á ella que su reconciliación, rota á la primera mirada de sus ojos, debía de estrellarse ante un amor que sólo acabaría con su vida?

—¿Sonríes, querido mío?

—Veo ante mis ojos un mar azul, cuyas ondas vienen á morir á nuestros pies. Y sobre nuestras cabezas, en las palmeras que sombrea nuestra cabaña, cantan los pájaros.

—¡Los oigo, amado mío! Cantan dulcísimamente. Pero bajo ellos hay un *mocking-bird*. Pero entiendo el lenguaje de los pájaros y su canto burlón, que quiere decir: ¡Dicha y vidrio pronto se quiebran!

—Podría ser si fuéramos dichosos; ¿crees que lo somos?

—Creo que nos amamos.

—No he amado nunca ni volveré á amar. Y tú, corazón mío, ¿me amas?

—Más que á mi vida.

Sus embriagados ojos se abismaban en mutua contemplación; sus almas se besaban mientras sus pensamientos iban por muy distintos caminos. Las últimas palabras de Eleonora las había tomado él como un encarecimiento de su amor; para ella tenían un terrible significado.

Terrible significado que no implicaba para ella terror alguno; sólo el brillo de sus ojos aumentó, y sus labios dibujaron una sonrisa de belleza homicida como la de Medusa.

La señora Brandow se acercó á la mesa con un manajo de llaves en la mano.

—Perdón; no venía más que á desear á los señores una noche tranquila. El día ha sido para mí de prueba. Si quieren los señores subir á las habitaciones, están ahora á un temple

delicioso. El del señor barón es el penúltimo del corredor á la derecha, el de al lado de la señorita. Eran los únicos que quedaban desocupados.

Mientras la fondista hablaba, las miradas de Ulrico y Eleonora tomaron una expresión sombría; sus labios se contrajeron de modo extraño.

—Si no recuerdo mal—dijo Eleonora,—usted duerme también arriba, señora Brandow.

—En efecto — contestó ésta; — en el otro extremo del corredor.

—Entonces voy á subir con usted. ¡No se moleste usted, señor barón.

—Permítame usted, al menos, que la acompañe hasta la puerta.

A la puerta se despidieron con un «buenas noches».

Esta vez se encontraron sus miradas con expresión de ardiente y devoradora pasión sólo un momento. En seguida bajaron los ojos, y su pecho se agitó con un suspiro.

Ulrico volvió á la mesa y sentóse, apoyando la cabeza en las manos, con la imagen de su amada ante los ojos, con su dulce gracia y con el eco melodioso de su voz en el oído. Sus sienes martilleaban, su corazón latía como si quisiera saltársele del pecho. De vez en cuando levantábase con un ligero gemido, bebía un vaso de vino y oprimía la abrasada frente de nuevo entre las manos. ¡No podía pensarlo! ¡Era para volverse loco allí mismo! ¡Pero la inmensa felicidad no le encontraría ahora cobarde como antes! ¡Esta vez quería cogerla por los flotantes cabellos! ¡Cogerla, y retenerla... retenerla!

Así estuvo un cuarto de hora. De pronto, como despertando de un horrible ensueño, se puso en pie, y permaneció así, tambaleándose en todos sus miembros. Su corazón latía terriblemente, y llevóse la mano á él convulsivamente, como un jugador que pone su fortuna á una última carta.

—¡Dicha indecible!—murmuró, dejando caer la mano lentamente.—¡Dicha indecible!

Pasó lentamente por entre unos cuantos aldeanos que, solos en la sala poco antes llena, fumaban y bebían sin ocuparse de él; después subió la escalera mal alumbrada, adonde llegaban el ruido de los platos y la conversación de los criados; recorrió el largo y estrecho corredor, en donde no encontró á nadie, y llegó á la puerta que debía ser de su cuarto. Después sólo había otra por aquel lado: la última, la de ella.

Y de nuevo empezó á latir su corazón locamente, y temblaron sus miembros.

Y por fin entró en su cuarto, en cuya mesa ardían dos luces y estaba su maleta.

Las luces ondeaban al soplo del viento que del lago entraban por los resquicios del balcón, conmoviendo las vidrieras. La ardiente mirada de Ulrico estaba fija en la puerta que ponía en comunicación su cuarto con el de ella. Esta puerta no estaba atrancada; la llave estaba puesta en la cerradura. Dió unos pasos hasta ella, y volvióse luego al balcón, que abrió, como si el aire de aquel cuarto le ahogase. Al salir al estrecho balcón, que recorría todo el piso, recibió el golpe del viento, que soplaba sobre el lago agitado. En la densa oscuridad que ante él se ofrecía, advirtió un ligero resplandor que salía del cuarto de ella, dos pasos más allá á la izquierda.

A esta luz vió dibujarse una figura negra, que se enderezaba sobre la barandilla del balcón en que estaba apoyado.

—¡Eleonora!

—¡Ulrico! ¡Ulrico mío!

CAPÍTULO XVIII

La luz gris de la mañana empezó á entrar por las abiertas ventanas, y los objetos de la habitación comenzaron á distinguirse. Su reloj se había parado en las cinco, pero debían ser las seis. Quizá más tarde. La blanca y espesa niebla que subía del lago y penetraba por la ventana en denso vapor intercep-

taba la claridad. No había querido dormir, pero al fin se quedó traspuesto. No debió ser mucho tiempo. En el cuarto de ella reinaba profundo silencio. ¡Gracias á Dios, dormía!

A él se le había pasado el sueño. ¿Cómo había de poder dormir si los pensamientos bullían en su cerebro como amotinados? Y debía ponerlos en orden antes de que ella despertase. Ella debía esperar que él tomase una determinación. Pero ¿cuál? Sí; ¿cuál?

Ante todo, que no la encontrasen allí cuando llegase el coche de la condesa, que había de ir á buscarla al pueblo. Podía escribir dos letras de despedida á la condesa y que las llevase el criado. Esto ella lo había de decidir. Él ya había dicho la tarde anterior que iba al pueblo; bajo cualquier pretexto se reuniría allí con él Eleonora. Al medio día salía un tren del pueblo que enlazaba con el tren de la línea general. Una larga detención, mas ¿qué remedio? También tenía que proveerse de dinero. La suma que tenía á su disposición en poder de su banquero en el pueblo no era grande. Por el momento bastaba para poner á Eleonora en seguridad. Pero ¿y después? ¿Y después? ¡Un encuentro con Guido, naturalmente! Tenía que ser á la fuerza personal, y á pesar de la entusiasta amistad de éste, difícilmente pacífico. En ciertos asuntos sirve de poco la amistad entusiasta. Pero en fin, todo se arreglará, ¡todo!

Menos una cosa.

Su corazón se estremeció. El temor ante el cual retrocedía él todos los días... y ahora no era posible retroceder. Y en el momento en que la mísera creía que todo iba bien como nunca, decirla: desde ahora cesas de ser mi mujer. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Era mil veces más amargo que la muerte. Y para él no había otra salida. Él debía vivir para aquella que le había jurado que era completamente suya, que le había dado todo. Que no se había reservado nada. Y ahora en el ancho mundo no tenía nada, nada más que él.

Luchando con estos terrores, paseaba con leve é inquieto paso por la habitación, cuando echó de ver sobre la mesa una

hoja de papel blanco que no había visto la noche anterior, que no debía haber estado allí la noche anterior: una hoja con un borde desigual, como si la hubieran arrancado de un cuaderno de notas.

La hoja estaba, según advirtió fijándose más, escrita con lapiz.

Su corazón empezó á golpearle en el pecho.

¡Si era de ella! ¿qué otra cosa podría ser que un encargo para que lo hiciese antes de que ella despertara? Quizá sólo una broma.

Pero cuando, á la semiclaridad de la ventana, pudo descifrar penosamente su contenido, erizáronse sus cabellos.

«Dicha y vidrio... el *mocking-bird* tenía razón, nuestra indecible dicha se ha roto.

»Yo no podía comprar mi derecho á amarte sin cometer una gran iniquidad con tu mujer y con tus hijos.

»No es dado á mis fuerzas resolver este problema. No puedo vivir con él en el corazón.

»He besado tus labios por última vez antes de partir. Trata de vivir. ¡Te amo hasta en la muerte!»

La hoja cayó de sus manos temblorosas. Luego pensó que nadie más que él debía verla. La cogió del suelo, se la guardó y se precipitó á la puerta que ponía en comunicación las dos habitaciones. Su cuarto estaba vacío, la cama en orden, su saco de viaje en la mesa, cerrado; ningún otro objeto suyo había allí.

Hasta en la muerte... sólo debe llevarme una ventaja de algunos minutos. La hoja estaba aún húmeda de sus lágrimas.

¿Adónde buscarla?

Su mirada perpleja se dirigió á la ventana por donde la niebla subía del lago como un espectro. Salió de la habitación al corredor, bajó la escalera, atravesó el jardín y llegó al embarcadero donde estaban amarrados los botes. Allí estaba el viejo Tristán, que se rascaba los blancos cabellos. ¡Qué raro! Cinco minutos antes había salido la señorita, atravesando el

jardín apresuradamente hasta llegar á los botes. Y ahora faltaba uno. Indudablemente se había ido en él á Seehausen. Pero con la niebla era cosa arriesgada, á pesar de que el lago estaba tan tranquilo que no había nada que temer.

Las últimas palabras las pronunció ya en el bote, al cual había saltado Ulrico. Remaron con todas sus fuerzas en la dirección que indicaba el viejo. A la ventura. La niebla era tan espesa... Ulrico gritó: ¡Eleonora! ¡Eleonora! Nadie respondió.

De pronto, el viento barrió una parte de la niebla. Cristián, que volvió la cabeza en aquella dirección, había visto el bote; sólo un instante después le volvió á cubrir la niebla.

—¿A qué distancia?

—¡A unos cien pasos, señor!

—¿Está ella?

—Sí, señor.

Cristián había mentido: el bote estaba vacío.

No se atrevió á decírselo á su señor. Remó desesperadamente... ¡hale! ¡hale!... para persuadirse de que se había equivocado.

Por fin, tropezaron con el bote que buscaban.

Casi lo pasaron. Se balanceaba, vacío, sobre las ondas. Cristián apretó las manos y echó una mirada de espanto al señor barón. Este no pronunció palabra. Se levantó, tiró el sombrero en el fondo del bote, se quitó la americana, y antes que Cristián lo pudiera impedir, se arrojó al agua de cabeza. Cristián pensó al principio que el señor había visto el cuerpo de la señorita en el agua. Pero no podía ser; la tempestad había vuelto el agua espesa como nieve fundida; no se veía más que hasta medio pie, y el lago tenía por aquella parte 60 pies. Así, pues, el señor barón se había arrojado á la ventura. ¡Si le hubiera dicho que el bote estaba vacío!

¡Dios sea loado! ¡Allí, á diez pasos del bote, sale otra vez! Al instante empuñó Cristián los remos, y gritó:

—¡Sosténgase usted un momento, señor! Pero éste agitó la cabeza, y cuando Cristián llegó, había vuelto á sumergirse.

—¡Eso es tentar á Dios!—murmuró Cristián.

Cogió los remos convulsivamente y miró por todos lados con ojos que amenazaban saltársele de las órbitas. Sabía lo que es capaz de buscar una persona cuando ha estado ya cerca de un minuto debajo del agua y apenas ha podido tomar aliento. Cuando reaparezca de nuevo estará muerto.

Pasaron por lo menos tres minutos, y no reaparecía.

—Quizá después de cuatro ó cinco días, ó quizá nunca, como la señorita.

Diez años antes cayó allí Colás Wenhak de Pustow en Angle, por la borda, y no volvió á salir.

El viento barría la niebla, que se plegaba en espirales. Cristián pudo ver un trozo libre del lago, que cada vez se hacía mayor. Remó aún por espacio de una hora, mirando á lo lejos, sin moverse casi de un mismo sitio. Sabía muy bien que era en balde, pero no podía separarse de allí.

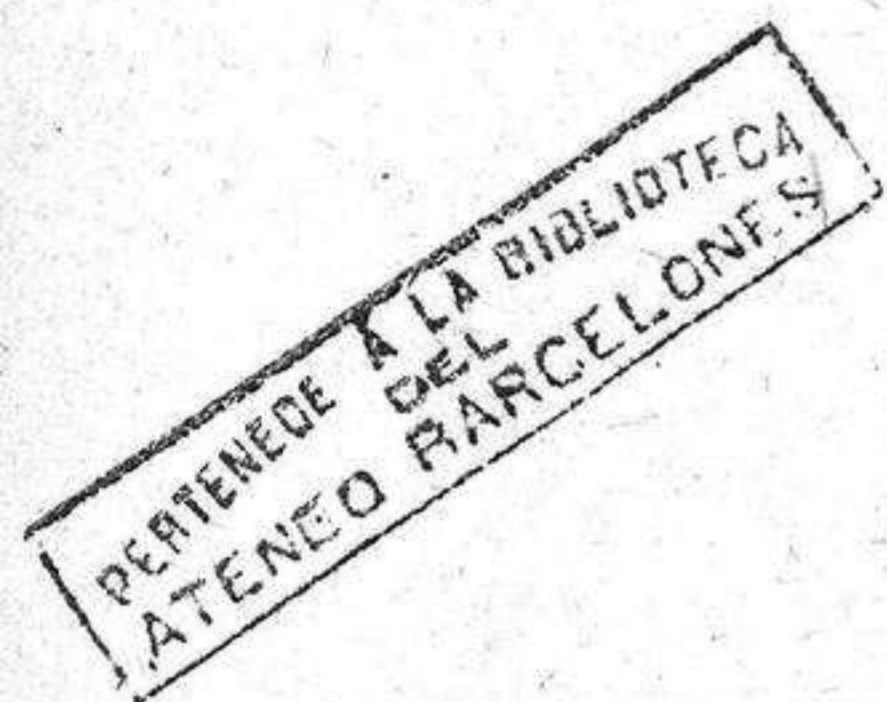
Por fin, dijo con resolución:

—Nada, no sirve de nada; y volvió la proa del bote hacia la fonda; á la luz del sol parecía rojiza, destacándose de la niebla. Después volvió otra vez; había olvidado el bote pequeño, que durante este tiempo había estado bogando á su gusto de un lado á otro. Los remos estaban puestos en el bote como si los hubiera dejado una persona que supiese remar. Cristián ató el pequeño bote al otro y remó hacia la orilla. No se le quitaban de la imaginación los remos tan bien colocados en el bote. Y la terrible angustia del señor barón.

El viejo sufría extrañamente. Pensaba que así debía sentirse cuando se va á llorar. No sabía qué era llorar. No había llorado desde niño, hacía sesenta años.

Y pensando en esto, soltó de pronto los remos, apretóse los ojos con los puños, y lloró como un niño.

FIN



RECUERDOS

Y yo seguí acosando al general Prim á preguntas, porque comprendía que mis preguntas no le causaban molestia; que, por el contrario, deseaba que su pensamiento y su situación fuesen conocidos de todo el mundo, porque deseaba descargar la responsabilidad de lo ocurrido en quienes en justicia debieran recoger esta responsabilidad.

Y en efecto, todo lo que á mí me dijo lo repitió varias veces á diferentes personas, aunque no con la extensión ni con el orden que á mí; pues el orden yo cuidaba de establecerlo con mis ordenadas preguntas.

Y seguí preguntando, como indiqué al final del artículo precedente.

—Diga usted, general, y perdone si le molesto: si al emperador no le convencen sus razones de usted; si en absoluto rechaza la candidatura, y se muestra decidido á oponerse á ella, ¿usted qué actitud toma? ¿A qué se resuelve?

Y me contestó Prim sin vacilar, y este es un punto que afirmo en absoluto, y en que mis recuerdos no vacilan:

—Si el emperador se niega á aceptar la candidatura, *no la presento*, y rompo resueltamente todo compromiso. Ya veré cómo. Procuraré que la ruptura sea lo más suave y lo más amistosa posible, y si las negociaciones diplomáticas no se hubieran divulgado, esto no me hubiera sido difícil.

En el secreto, mientras la dignidad de mi patria no peligre, prefiero romper con Prusia á romper con Francia.

Los alemanes están lejos, Francia es nuestra vecina, y por nada del mundo quisiera yo estar en hostilidad con ella.

Respondo de estas afirmaciones del general Prim.

Claro es que en estas resoluciones del general entraría por algo, y aun pudiera decir que entraría por mucho, su creencia firmísima de que el emperador Napoleón III representaba la primera potencia militar de Europa.

Pero en todo caso, prescindiendo de las contingencias de una lucha entre Francia y los Estados alemanes, yo le oí afirmar al general Prim que, no sólo con Francia vencedora, pero ni siquiera con Francia vencida, consideraba él de buena política para el porvenir estar en relaciones de hostilidad manifiesta ó latente.

Y seguí preguntando:

—Y dado que la candidatura ya es pública, puesto que la opinión se ha impuesto, y sobre todo la mayoría de la Cámara, que, como estamos viendo, *ha hecho suya* la solución alemana preparada por usted, si Francia se opone resueltamente, ¿cuál considera usted que debe ser la actitud de España?

—El problema es muy agrio; el conflicto sería ó, mejor dicho, será gravísimo, porque tenemos en juego un nuevo factor con el cual yo no contaba, que es la dignidad de la nación, dueña de sus destinos, libre para elegir un jefe de Estado, y que no puede admitir imposiciones extranjeras.

En las negociaciones secretas su dignidad no padece, porque precisamente las negociaciones diplomáticas tienen por objeto salvar el honor y el amor propio.

En el momento actual, yo no sé qué decir á usted, porque nada tengo pensado, y porque las circunstancias decidirán mi voluntad y la del partido que represento.

Por el pronto, no puedo retroceder; la candidatura ya es pública; por lo que estamos viendo, la mayoría monárquica del Parlamento y sus hombres más importantes, Rivero, Martos, Zorrilla y aun muchos individuos de primera línea de la «Unión liberal», la han hecho suya, y con tal entusiasmo,

que más bien parece que me la imponen que no que la aceptan de mi mano.

De suerte que muy en breve celebraremos un Consejo en la Granja, y en él presentaré la candidatura del príncipe Hohenzollern, contando con el asentimiento que ya tengo del Rey de Prusia, de Bismarck y de la familia del príncipe.

El Regente y el Consejo aceptará esta candidatura.

Y después será lo que Dios quiera.

Pero yo preveo, como le he dicho á usted, gravísimas complicaciones, de las que yo en mi conciencia no soy responsable; pero que unos y otros, y los mismos que me empujan, querrán arrojar sobre mí.

Paciencia.

Y el general sonrió con aquella sonrisa fría y de buen tono que vi siempre en sus labios en los momentos más difíciles.

*
* *

He referido minuciosamente, y hasta dándole, para más amenidad, cierta forma dramática, quiero decir, cierta forma dialogada; porque, si no de las palabras, de las *ideas todas* tengo recuerdo vivo y presente, como si en este momento viera ante mí la figura marcial, pero casi aristocrática, del ilustre general, y oyera su voz, siempre severa y contenida, pero con ciertos tonos de naturalidad y franqueza.

Estas ideas las repitió en aquellos días á muchos amigos y hombres políticos, como deseando que fueran públicamente conocidas.

Yo le di gran importancia á la conversación con el general, que he procurado transcribir fielmente en estos últimos artículos, y aún creó en mí una gran preocupación.

Lo que en un principio parecióme fácil, comprendí que podía ser difícilísimo, y aun ocasionado á grandes peligros.

No todos los que oyeron al general se preocuparon tanto como yo. La mayor parte no dió importancia á sus recelos ni

á sus temores, y era frecuente oír á muchos hombres políticos expresarse de este modo:

—No hagan ustedes caso de las preocupaciones del general; ha obtenido una gran victoria diplomática; ha aplastado á sus detractores y enemigos, y todo eso que nos cuenta son coquerías del vencedor para hacer valer más su triunfo. El emperador Napoleón no se opone. ¡Verán ustedes cómo no se opone! ¡No faltaba más sino que, no contento con ser emperador en Francia, quisiera imponernos su ley en España!

—Pues que tenga cuidado—decían los más entusiastas y los que á toda prudencia ponían la sordina del patriotismo.—Que tenga cuidado con la raza española; ya ha visto lo que le ha pasado en Méjico, y bien presente tendrá lo que le pasó á su tío, con ser todo lo que era.

Y de este modo, cerrando los ojos á la evidencia y desconociendo la realidad, que la realidad no es patriótica ni anti-patriótica, es implacable y brutal, como las grandes leyes de la Naturaleza, empujaban al general Prim y le hostigaban, para que, sin más vacilaciones, que al entender de los exaltados eran pruebas lastimosas de debilidad y de miedo ante Napoleón III, llevase de una vez la candidatura del príncipe alemán al Consejo de ministros.

Y así fué; lo que estaba escrito había de ser, como dicen los árabes, nuestros parientes próximos.

En breve nos citaron para Consejo de ministros, que había de celebrarse en la Granja, con toda solemnidad, y ante el Regente.

* * *

Bien me acuerdo.

Bien me acuerdo de aquel día, ó mejor dicho, de aquella tarde.

Es decir, me acuerdo de lo fundamental: todo el ambiente, todo lo que me rodeaba lo veo envuelto en una neblina.

Veó la fachada del palacio que el Regente ocupaba.

En esa fachada, una puerta muy grande.

En esa puerta, un grupo de que yo formaba parte: ministros, diputados, hombres políticos; pero no podría decir quiénes eran.

Estábamos esperando al general Prim, que en aquel momento llegaba.

A lo lejos veo edificios, arboledas y las nieblas del recuerdo borrado, que lo confunde todo.

En primer término, carruajes que iban llegando con gente que venía de Madrid; diputados de las Constituyentes, hombres políticos, periodistas; pero todo esto, vuelvo á repetirlo, muy confuso.

De un coche bajó el general.

Cosa extraña: bajó algo encorvado, como si algo le abrumase.

Él que, á pesar de sus campañas, de sus años, porque ya no era un joven, de sus innumerables cicatrices y de las fatigas políticas de sus últimos tiempos, se mostraba siempre erguido, aunque sin afectación, no con la tiesura del desplante, sino con la dignidad de la fuerza.

Él, al bajar del coche, bajó encorvado, como si una carga inmensa le obligara á doblarse.

No lo noté yo solo; lo notaron algunos de los que nos rodeaban, y nos acercamos, dispuestos á preguntarle: ¿Viene usted malo?

Pero no nos dió tiempo; antes de llegar á él, ya estaba erguido como siempre, y recibiéndonos con su sonrisa de costumbre.

Así es que no nos atrevimos á formular la pregunta que teníamos pensada.

Subimos todos los ministros, y, como estaba anunciado, celebramos Consejo, presidido por el Regente.

Consejo breve, severo, en que se habló poco, contra la tradicional costumbre de los españoles.

Con frase reposada, concreta, casi fría, presentó el general Prim la candidatura alemana.

La aceptó el Regente, sin ninguna reserva.

La aceptamos todos, sin ninguna vacilación.

Y el problema quedó resuelto, al menos por entonces.

El más insignificante asunto, el más vulgar conflicto de política interior da lugar á mayor discusión y ocupa más tiempo.

Y, sin embargo, como el general Prim preveía, como temían algunos, muy pocos, yo entre ellos, desde mi conversación con el general, aquel problema era gravísimo y gravísima la resolución que habíamos tomado en pocos minutos.

¡Ah! ¡Si tratándose de cosas humanas se pudiera leer en lo porvenir!

Pero como dice una frase muy vulgar de Asturias, yo, por lo menos, á gente asturiana se la he oído: «Para Don Sabido, que esté en gloria.»

¡Quién había de pensar que aquel suceso, tan pequeño al parecer, había de ser origen de una horrible lucha entre Francia y toda Alemania!

¡Aquel cuadro tan prosaico y tan pacífico; unos coches que paran, unos diputados que descienden de los coches, unos periodistas que vienen buscando noticias; y luego, en el salón del Regente, un cuarto de hora de discurso y un asentimiento unánime; estas insustanciales escenas, repetimos, sin animación ni vida, y al parecer, sin interés, habían de ser el prelude de una lucha titánica, de cuadros de horror y muerte; ejércitos que se deshacen, un Imperio que se derrumba, el Imperio alemán que brota en aquella inmensa conflagración, y luego los incendios y los horrores de la *Commune*, el centro de gravedad de multitud de Estados que pasa bruscamente de Francia á Alemania, un nuevo equilibrio europeo sin la seguridad de la paz; en suma, todo lo que mis lectores conocen y yo no he de repetir!

Pues la inmensa tragedia tiene como prólogo el que yo acabo de ponerle, con sólo evocar mis recuerdos.

*
*
*

¿Significa esto que la candidatura del príncipe alemán, aceptada por el general Prim y luego por el Consejo de ministros, fuese la causa, la verdadera causa, que es la que entraña en sí los efectos que origina?

Sería ridículo sostenerlo.

El conflicto entre Francia y Prusia, mejor dicho, entre Francia y Alemania, era inevitable, se encontraba en estado latente; como dicen los matemáticos, en estado potencial.

El Imperio napoleónico, por una parte; por otra, las aspiraciones de Alemania, y el pensamiento y la voluntad incontrastables de Bismarck, estaban frente á frente.

El Imperio que parecía poderoso, y que lo fué un día, cuando venció en Crimea, cuando venció en Italia, era débil, llevaba en sí gérmenes de muerte, como llevaba en su organismo germen de muerte el emperador Napoleón III.

En cambio, Prusia se sentía poderosa; y el ser fuerte, por ley de su naturaleza, por impulsos internos de sus energías, necesita poner en acción su fuerza, y, al fin y al cabo, la ejercerá.

Francia y Prusia eran como los componentes de un polvorín, como el ácido nítrico y la glicerina.

Basta una chispa para que la dinamita estalle.

Esa chispa no ha creado el polvorín, no ha creado los elementos explosivos á la moderna, ni ha forjado el equilibrio inestable, ni encierra en su pequeñez la explosión; pero esa chispa puede ser la *causa ocasional*, la causa determinante.

A falta de otra causa determinante, que los mil accidentes de la vida hubieran provocado, la candidatura alemana para el trono de España fué el pequeño fulminante de aquella inmensa explosión.

Y la prueba de esto que decimos, dado que cosa tan evidente necesite prueba, es que el rey de Prusia retiró la candidatura, que España ya no pudo insistir en ella, que la causa aparente del conflicto había desaparecido, y que, sin embargo, el conflicto dió sus frutos y la guerra estalló con todos sus ho-

rreros, y que el año maldito, como dicen los franceses, continuó manchando todas sus horas con humo de batallas y sangre de infelices soldados.

Estaba escrito, no en el libro de la fatalidad, pero sí en el libro de las grandes ambiciones.

*
* *

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONÉS

Cuando se conoció la actitud de Francia, y el telégrafo empezó á transmitir palpitaciones siniestras, como preludios de una gran convulsión, entonces los políticos de aquel tiempo, apagados los primeros entusiasmos, empezaron á darse cuenta de que aquellos entusiasmos traían consigo grandes peligros.

Al general Prim nada de esto le cogió de nuevo; porque desde que fueron públicas sus negociaciones secretas temió lo que vino á suceder, y aun para España mucho menos de lo que sucedió, que fué, en suma, una candidatura más en la fosa común de las candidaturas muertas en flor.

Y nada más.

Retirada por Alemania la candidatura de su príncipe, España quedó en franquía y fuera de juego, y pudo salvar las complicaciones que, de haber sostenido Prusia la candidatura en cuestión, hubieran podido caer sobre nuestro país.

Seguimos sin candidato, y Prim siguió buscándolo con la tenacidad propia de su carácter, y al fin planteó una nueva candidatura: la de D. Amadeo.

Yo recuerdo, con recuerdo no debilitado por los años, aquellos últimos meses de la vida de D. Juan Prim.

En la sala del Consejo tenía un gran mapa sobre una mesa, y el mapa estaba claveteado de pequeñas banderas, que representaban las posiciones de los franceses y las posiciones de los alemanes.

Todos los días, al llegar Sagasta al Consejo, había una discusión entre él y el general.

El general no cedía; tenía fe inquebrantable en el triunfo del ejército francés.

Y Sagasta traía unos cuantos periódicos con noticias del teatro de la guerra, y variaba la posición de las pequeñas banderas, y un día y otro día le acosaba cariñosamente al general Prim, como los alemanes acosaban á los franceses.

—Mal va, mal va el ejército francés, mi general.

—Son azares de la guerra—respondía D. Juan;—ya verá usted cómo los franceses se rehacen. Francia es muy poderosa; hay en ella mucho patriotismo, hay en ella mucha unidad. Y en Alemania esa unidad no existe: son muchos Estados con intereses distintos, con soberanos casi independientes; esa variedad enorme no podrá fundirse en una gran unidad, sino al calor de una inmensa victoria, mediante la cual Prusia se impusiera á los demás Estados.

Y Sagasta replicaba:—Es que yo creo que esa inmensa victoria se prepara.

—Podrá ser—le contestaba Prim, con su terquedad siempre simpática á la victoria de Francia, ó por lo menos creyendo en ella; porque en estas cuestiones hablaba, no como político, sino como hombre de guerra;—podrá ser, pero yo no la veo todavía.

—Pues yo la veo venir—insistía Sagasta.

Y volvían los dos al mapa, y cambiaban uno y otro la posición de las pequeñas banderas, y la discusión sólo se interrumpía para dar principio al Consejo y para continuar al día siguiente.

En el público las opiniones estaban también divididas.

¡Quién consideraba al Imperio napoleónico como invencible! No; á los vencedores de Alma, de Sebastopol, de Magenta, de Solferino, no pueden vencerles los ejércitos alemanes, sin unidad ni cohesión, porque pertenecen á Estados diferentes, sin más lazo común que el de un idioma.

Y replicaban los que creían en el triunfo de Alemania:—Están ustedes en un error; en el ejército alemán hay más cohe-

sión que en el ejército francés, mal preparado, sin medios de lucha, mal dirigido y sin los grandes adelantos de que Alemania ha sabido aprovecharse.

Y aquí unos y otros desarrollaban sus conocimientos ó su pedantería en materia de arte militar.

Y me asalta un recuerdo, que he de consignar en estas líneas porque es verdaderamente curioso.

Recuerdo que no es sólo mío, sino de muchas otras personas que por aquellos tiempos leían en *El Imparcial* la marcha de la formidable guerra.

Me refiero á hechos públicos, que están escritos, como se dice vulgarmente, en letras de molde, y que en la colección de aquel periódico puede comprobar cuando guste el que sea amante de la estrategia y de la táctica y de las funciones guerreras en general.

Al efectuar los primeros movimientos estratégicos el ejército francés y el ejército alemán, y antes de que se pusieran en contacto y se recibieran noticias de los primeros combates, comenzaron á publicarse en *El Imparcial* una serie de artículos, sin firma conocida, sobre la guerra que se preparaba y sobre los movimientos estratégicos de ambos ejércitos.

El autor, que por entonces era desconocido, y que nunca firmó con su nombre, juzgaba con gran severidad al general Molke, asegurando que los primeros movimientos del ejército alemán eran viciosos y ocasionados á un desastre, casi inevitable, si hubieran tenido que luchar los ejércitos alemanes con un general de genio como Napoleón I.

Pero trataba mucho peor á los generales franceses, asegurando que, á pesar de la mala estrategia de los alemanes, la derrota del ejército francés era segura é inevitable.

Yo no diré por qué; entre otras razones, por la razón sencillísima de que no entiendo una palabra de estrategia.

Pero el autor de los artículos á que me refiero lo demostraba con tanta evidencia como dos y dos son cuatro, al decir de los inteligentes.

Anunciaba todos los movimientos estratégicos de uno y otro ejército, á partir de las posiciones que ya habían tomado.

Anunciaba también dónde tendrían lugar los primeros combates, afirmando, con afirmaciones de maestro, que los franceses serían vencidos; y en suma, profetizaba la marcha de la guerra y sus resultados con una seguridad tal, que á sí mismo se cortaba la retirada.

Ó acertaba y acertaba de lleno, ó se ponía en evidencia su ignorancia en materia de arte militar.

Al principio, sólo los hombres del oficio se fijaron en tales artículos; pero cuando se desarrollaron las operaciones militares y se vió que los franceses eran vencidos donde el autor del artículo había dicho, y como él había dicho y por las razones que él había anticipado; cuando sus numerosas y sucesivas profecías se convirtieron en otras tantas realidades, aun los menos inteligentes en estas materias sintieron respeto y admiración por el autor anónimo, reconociendo por unanimidad su competencia verdaderamente extraordinaria en asuntos estratégicos.

Entonces, todo el mundo se echó á investigar quién podría ser el autor de tan magistrales artículos, y empezaron á salir nombres y nombres de entre los generales más distinguidos y de más competencia.

Unos decían: es el general Concha (D. Manuel); otros afirmaban que era el general Arteche; no faltaba quien los atribuyera al mismo general Prim, ni quien asegurase que eran del general Córdova.

Y así sucesivamente.

La milicia hizo recuento de sus críticos en arte militar, y sin embargo, el autor no parecía.

Al fin se supo, es decir, lo supo el público, porque yo lo sabía de antemano; es más, tales artículos los había oído leer antes de que se publicasen, aunque sin entenderlos del todo y sin comprender su importancia; porque entre las muchísimas

cosas que ignoro, una de las que ocupan lugar más distinguido en la lista de mis ignorancias es la estrategia.

Al fin desapareció, como digo, el anónimo, averiguándose que el autor de aquellos notabilísimos trabajos no era el general A, ni el general X, sino D. Pedro Pérez de la Sala, asturiano de nacimiento, hombre de gran inteligencia y de gran cultura, ingeniero de caminos, canales y puertos, y profesor, por entonces, de la Escuela Especial de este ramo.

Y puesto que ya mis lectores han satisfecho su curiosidad, si la tuvieron, dejemos lo que sigue para el artículo próximo.

JOSÉ ECHEGARAY

EL PROBLEMA CATALÁN

Y LA LENGUA CATALANA

(CONCLUSIÓN)

El catalán es una lengua viva porque, nacida hace siglos, no ha dejado de hablarse todavía en una parte muy importante de España; y tiene tal arraigo, que se seguirá hablando aún por mucho tiempo. Pero por lo mismo que es una lengua viva, está en constante renovación; y esa renovación es más activa y eficaz allí donde la vida es más íntima. Por eso el catalán de Barcelona no es el catalán de la alta montaña, ni siquiera el catalán del llano; y con ser muchas las diferencias que separan á unos de otros, tan legítimo es el de la ciudad como el del campo y como el de la falda del Pirineo ó del Montseny, porque esa variedad obedece al distinto grado de cultura alcanzado; pues aun cuando todos viven y todos marchan, mientras los unos lo hacen á paso de tortuga, los otros van en automóvil; los unos visten y hablan como payeses, y los otros visten y hablan como ciudadanos de una gran ciudad. ¿Cuál de estos dos modos de ser es preferible? Para todo hay gusto: para los apáticos é indolentes, para los que no sienten ansias de renovación ni de progreso, para esos el quietismo de la vida rural es el desideratum. Para los que piensan que la vida es lucha, que el goce supremo es la victoria y que la victoria es de los fuertes y de los audaces, la vida febril de las ciudades con todas sus ansias es el ideal. El tipo de la ciudad tiende á

hacerse cosmopolita; el de la aldea, el del villorio es un tipo localizado y conserva los caracteres tradicionales del indígena.

Consecuencia natural de todo esto, es que la lengua donde la vida es activa va perdiendo lentamente sus caracteres de localización para amoldarse por influjo natural al modo de ser de las lenguas afines, con las que está más en contacto y que tienen más fuerza de expansión; y, de aquí, que el catalán de Barcelona, al separarse lentamente del catalán del llano y la montaña, se ha castellanizado, sin darse cuenta de ello. El fenómeno se ha producido en el espacio de tres siglos, desde la unión de Castilla y Aragón por el matrimonio de los Reyes Católicos, y sólo se ha echado de ver desde la arcaica resurrección de los juegos florales, obra de los eruditos buscadores de antigüedades. Mientras el llamado renacimiento literario del catalán no trascendió de las justas poéticas, el hecho no tuvo importancia alguna; porque el que los poetas justadores de aquellos torneos se distanciaran más ó menos del habla vulgar, no preocupaba á nadie. Pero cuando los políticos trataron de convertir en sustancia este renacimiento, bien pronto hubieron de darse cuenta de que la degeneración de la lengua catalana procedía del encaste de palabras, giros y modismos castellanos, y revelaba una superioridad de Castilla que, aunque sólo fuese superioridad filológica, había de molestar profundamente á los patriotas catalanes.

El amor propio de los directores de este movimiento político quedó maltrecho con semejante hallazgo. Y aunque á ellos no se les ocultaba que la superioridad castellana podía explicarse perfectamente por el hecho de que, mientras Cataluña dormitaba, Castilla daba su sangre para la conquista de un mundo hasta entonces desconocido, y ponía sus hombres y sus tesoros al servicio de una causa mundial, llevando sus ejércitos á Francia, Italia, Flandes, Holanda y Alemania, y con ellos su rica lengua que, oreada y perfeccionada por su contacto con las principales de Europa, había de asombrar al mundo con

el maravilloso florecer de su teatro y de su poesía, con la prosa admirable de sus místicos y con el hasta ahora no superado parto de la imaginación del inmortal Cervantes, era preferible atribuir tal superioridad á la imposición violenta de la lengua oficial del Estado español, porque de este modo se añadían unos tizones más al rescoldo de rencores, todavía no apagados, por haber sucumbido á la fuerza de los ejércitos de los Austrias, primero, y de los Borbones, después, y haber perdido, como consecuencia de ello, sus fueros y libertades.

Todo esto coincidió con nuestros desastres coloniales; y el miedo, que no razona, lanzó la histórica frase de *picar las amarras para salvarse del naufragio*, proclamándose así sus autores, tan inocentes de toda culpa como el Cordero Pascual de los pecados de los hombres; sólo que, en vez de ofrecer, como éste, su vida en holocausto de la humanidad, ellos trataban de ponerse en salvo, dejando perecer al resto de España, diciendo «ahí queda eso», y olvidándose de una colaboración común en los destinos de la patria, de más de tres siglos.

Pasó la racha. Lo de picar las amarras no era ya de una necesidad apremiante, y la reflexión hizo ver que no es esta operación tan sencilla como parece á primera vista, cuando se opone á ello la casi totalidad de la tripulación que se conserva fiel al capitán, y hay que empezar por sostener una lucha desigual para llegar al logro de tales propósitos. Entonces el catalanismo cristalizó su credo en las famosas Bases de Manresa, con su tan conocido programa «Queremos Cortes catalanas, Administración catalana, lengua oficial catalana y moneda catalana»; y entonces, de golpe y porrazo, los que vinimos del otro lado del Ebro á Barcelona, creyendo no salir del suelo patrio, nos encontramos, de la noche á la mañana, convertidos en «extrangers, forasters», y tuvimos que sufrir el calvario de los denuestos con que nos obsequiaron á diario *La Veu* y demás órganos del catalanismo.

También pasó, por fortuna, aquello. El separatismo que late en las Bases de Manresa se transformó, perdiendo su ca-

rácter local y exclusivista, convirtiéndose en una doctrina nacional (el regionalismo), que se ofreció como panacea al resto de España, y que adquirió estado parlamentario en el tan asendereado proyecto de Administración local. El catalanismo sacó un partido fabuloso de los supuestos agravios que la ley de Jurisdicciones infirió á Cataluña; y arrastrando con maña, de una parte, á la masa neutra, que temblaba al calcular las consecuencias del poder, cada vez más fuerte, de Lerroux, y de otra, á los que se sentían molestados por la superioridad de éste sobre todos los prestigios del republicanismo catalán, llegó al pacto de la solidaridad, que representa el apogeo de su grandeza.

A todo esto, el problema de lengua catalana iba haciendo su camino lentamente, y *La Renaixensa*, primero, y después *La Veu*, *El Poble*, *Juventut* y otros periódicos y revistas, dedicáronse al expurgo del catalán, limpiándole de palabras y modismos de origen castellano, como si se tratase de una impureza de la sangre, que había que desterrar para restaurar la lengua de la región; dándose con tal motivo el espectáculo originalísimo de la resurrección arcaica de una lengua que pretende borrar la acción de tres siglos, así como Fernando VII quiso suprimir y borrar de la Historia con un simple decreto los mal llamados años liberales. Á este propósito desenterráronse los viejos cronicones, para rebuscar en ellos palabras y modismos que el transcurso del tiempo había soterrado, y artificialmente se creó un catalán literario, que no es, ni con mucho, la lengua viva del pueblo. Y ya en este camino, celebróse el Congreso de la lengua catalana, y se dedicaron los rebuscadores de antiguallas á la ardua tarea de constituir una Academia de la lengua, de formar un diccionario y de confeccionar una gramática; como si con esto pudiera evitarse lo inevitable. Toda esta tendencia ha cristalizado y se ha revelado franca y ostensiblemente en el primer Congreso internacional de la lengua catalana, celebrado en Octubre de 1906, y cuyas actas se han publicado recientemente, casi á fines de 1908.

Por ellas, los que no asistimos á dicho Congreso, hemos podido darnos cuenta del alcance y de la importancia de sus trabajos; y yo, que preocupado hace tiempo con este problema de la lengua catalana, he leído esas actas, vengo á deciros lo que en ellas hay, porque creo firmemente que si se lograra el propósito de los organizadores del Congreso, la unidad de la Patria quedaría, no sólo quebrantada, sino deshecha, aun cuando el proyecto de ley de Administración local se hundiera para siempre y pasara al inmenso panteón de nuestras leyes *non-natas*.

Y he de llamaros la atención, antes de dar lectura de algunas de las declaraciones contenidas en dichas actas, para que podáis apreciar el alcance y la trascendencia del movimiento, sobre el hecho significativo de que los más entusiastas de la tendencia restauradora del catalán pertenecen á la Iglesia; bien es verdad que los ya difuntos obispos de Barcelona, Morgades y Casañas, fueron catalanistas *enragés*, y á ellos se debe la expansión del catalán en los rezos y en las predicaciones del templo. En prueba de este aserto, os he de citar los nombres del iniciador del Congreso, Mosén Antonio María Alcover, y los de sus colegas Mosén Luis Viladot, Mosén Miquel Costa y Llovera, el Rev. P. Ignacio Casanovas de S. J.; D. Vicente Serra y Orvay, canónigo y rector del Seminario de Íbiza; Mosén Antonio Navarro, rector de Montclar, y el P. Jaime Nonell de S. J., los cuales, á más de otros muchos clérigos cuyos nombres no figuran en las actas, tomaron parte activísima en las tareas filológicas del Congreso, demostrando todos ellos que su amor á la lengua catalana les convierte en enemigos declarados y francos de Castilla y su lengua.

Dejando para más tarde á Mosén Antonio María Alcover, que por su significación excepcional merece capítulo aparte, os indicaré brevemente lo que estos señores han sostenido en el Congreso.

Mosén Luis Viladot, en la discusión del tema IV de la Sección filológica, sostuvo la conclusión de que el endecasílabo

clásico catalán es el bipartido en la cuarta, y que el endecasílabo clásico castellano es impopular en Cataluña. En qué términos defendió esta conclusión, es cosa que no os puedo decir, porque en las actas no se transcribe su discurso; pero me sospecho que, dado el ambiente que reinaba en el Congreso, no saldrían muy bien parados de su boca ni Castilla ni los castellanos.

Mosén Miguel Costa y Llovera, al discutir el tema V, sostuvo que: «El uso de la preposición *a* en el acusativo (cuando se trata de persona, nombre propio ó personificación) pertenece únicamente al castellano; constituye una anomalía, confundiendo dos relaciones tan distintas como la del dativo y el acusativo; finalmente, es contraria á la tradición legítima de la lengua catalana: por todo lo cual no se puede admitir más.»

El Rev. P. Ignacio Casanovas de S. J., en la discusión del tema VIII sobre las *oraciones condicionales*, se limita á decir que la influencia de la escuela castellana es de efectos negativos para la lengua catalana, pero de positivos y desas trosos resultados para la misma. Y luego, hablando de lo catalana que es la forma indicativa cuando no la han podido desarraigar del alma catalana, añade: «Hasta á los autores modernos acostumbrados á la lectura deformadora de *autores forasteros* (estos somos los castellanos), alguna vez se les escapa de la pluma, quizá sin darse cuenta.»

Don Vicente Serra Orvay, canónigo y rector del Seminario de Ibiza, en un trabajo presentado al Congreso sobre el *aprecio en que es tenida en Ibiza la lengua propia*, dice así: «En la ciudad se castellaniza la lengua; en el campo se conserva más pura.—Es un hecho innegable que todo el mundo puede comprobar, que los payeses que van á la villa con más frecuencia son los que más malamente hablan su lengua, los que más la adulteran, corrompiendo sus propias palabras, y los que más la alteran con castellanadas. Y es que todo se pega, menos la hermosura, y como estos que vienen frecuentemente á la villa vienen casi siempre á ella para hablar con sus señores, los que

ya os he dicho que se burlan de ciertas palabras payesas, es natural que hagan lo posible para aprender á hablar como su señor. Y por cierto que son bien desgraciados por esa presunción suya, tonta, porque como no saben leer, tampoco saben retorcer su lengua para pronunciar castellanismos, y lo que consiguen es hacer reir á todo el mundo: á los señores, á quienes van á visitar en la villa, y á los payeses, con quienes han de hablar en su pueblo.—Es también cosa cierta que los que saben leer suelen ser los que más castellanadas gastan, y lo encuentro muy natural, aunque me parezca censurable.»

Mosén Antonio Navarro, rector de Montclar (222), en su trabajo sobre *El catalán en el Ribagorza*, se lamenta de que en aquel antiguo condado catalán se haya producido una castellanización tan completa y tan rápida, por la influencia aragonesa, que dice que á mediados del siglo xvi corría la frase hiperbólica de que los hermanos *Argensola*, hijos de la ciudad de Barbastro, que se encuentra en los mismos lindes de Ribagorza, ya podían ir á enseñar el castellano á los mismísimos hijos de Castilla. «Y así sucedió (añade), que la lengua castellana fué retrocediendo hasta encastillarse en el recinto de aquellos valles cortos del antiguo condado que de ellos tomaron el nombre, y por eso en Ribagorza todavía se habla el catalán; pero ¡ay! que de su antiguo esplendor y vida no queda más que la esencia íntima que no ha podido morir, brotando como un fuego fatuo por sobre aquella mezcla que ya es el dialecto ribagorzano.»

El P. Jaime Nonell de S. J., en otro trabajo que lleva por título *Necesidad de redimir la prosodia catalana de la influencia castellana*, lo desarrolla sin emplear palabras gruesas, recabando la necesidad de purificar el idioma catalán de toda ingerencia extraña, para ser fieles á la tradición de los clásicos catalanes.

Y vamos ya con Mosén Antonio María Alcover, alma del Congreso internacional de la lengua catalana, promovedor del mismo y combatiente incansable que recuerda, por sus arran-

ques y sus energías, aquellos antiguos obispos que dejaban arrinconados los hábitos episcopales para ceñir los arreos del guerrero y lograr la conversión de los herejes y enemigos de Cristo, manejando la maza para hendir cráneos ó la espada de dos manos para segar cabezas.

Aparte de las muchas ocasiones en que Mosén Alcover debió intervenir en las tareas del Congreso, y de las que no queda rastro en las actas, pronunció, por legítimo derecho desde la presidencia del Congreso, el discurso inaugural, y contribuyó con dos importantísimos estudios á los trabajos del mismo, el uno sobre la «Concordancia del participio con el término de la acción», tema VI de la sección filológica (124), y el otro sobre la cuestión siguiente: *La lengua catalana tiene sintaxis propia.*

En el discurso presidencial, sumamente breve, Mosén Alcover hubo de dar á conocer sus alientos y sus deseos diciendo, respecto á la lengua catalana, lo siguiente: «La queremos honrada de los propios, respetada de los extraños, libre de toda esclavitud, franca de toda tutoría, limpia de toda mancha y de todo extranjerismo, venga de donde viniere.» El programa es conciso, pero enardecedor. Y pensad si era posible decir más, teniendo en cuenta que en aquel Congreso, y en aquella sesión inaugural, se hallaba presente mi querido amigo el señor Bonilla, que no hubiera tolerado extralimitaciones de otra índole, como ha demostrado recientemente en un valiente artículo, publicado en LA ESPAÑA MODERNA, con el título, ya de suyo expresivo, «De lingüística regional y sus concomitancias».

Al explicar la ponencia del tema VI de la lección Filológica que, como os he indicado, está concebido en estos términos: «Concordancia del participio con el término de la acción», explica el Sr. Alcover, cómo desde el siglo XVI empieza á faltarse á esta concordancia, cuya falta se acentúa más y más á medida que los tiempos se acercan á los nuestros, hasta el punto de perderse en los siglos XVIII y XIX en los escritos de todas las regiones de la lengua, excepto en los escritos mallorquines,

que la conservan algún tanto; y, agrega, que en Cataluña, en las regiones más apartadas de la influencia castellana, la observan, aunque poco, y los escritores catalanistas la observan menos, salvo las excepciones *gloriosísimas* de Mosén Cinto (el gran Verdaguer) y En Ruyra. En Valencia no existe ya ni rastro de semejante concordancia. En Alguer aún se conserva algo. En el Rosellón, poco; en las Baleares se observa mejor, sobre todo en Mallorca, y especialmente en la payesía.

Mas adelante, porque ya comprenderéis que no es cosa de que os lea ó extracte todo el trabajo de Mosén Alcover, en la última parte de él dice lo que vais á oír:

«IX. Las infracciones de la ley de concordancia en las personas que no sufren nada la influencia (del castellano) se deben á la falta de estudios gramaticales del catalán de que hace siglos padece nuestra gente.

»Ahora bien; la alteración y el cambio que ha sufrido la ley de la concordancia del participio en nuestra lengua del siglo XVI á acá, ¿es una evolución natural y espontánea, sobrevenida en el catalán como sobrevino en el castellano en el siglo XIII ó XIV, ó es una invasión de la sintaxis castellana en la nuestra, á consecuencia de la preponderancia de Castilla en España desde el siglo XVI, que ha tendido siempre y tiende á castellanizar toda la Península?

»Para nosotros es evidente de toda evidencia, que esta alteración de la ley de concordancia del participio no es ninguna evolución espontánea sobrevenida en nuestra lengua como la que se produjo en la castellana en los siglos XIII ó XIV, sino que es una invasión violenta de la sintaxis castellana, invasión que empieza en el siglo XVI, que al principio apenas si se dejó sentir, pero que cuanto más fué avanzando se hizo sentir más, hasta llegar al estado actual.

»La evolución que se obró en la sistaxis castellana respecto de tal concordancia fué espontánea. ¿Qué influencia lingüística extraña padeció el castellano en aquel entonces que la pudiese producir? Ninguna. Además, no se produjo tal evolución

precisamente en centros de población determinada, ni en los libros primero que en el lenguaje vívido que sepamos, sino que se produce por todas partes simultaneamente, y del lenguaje hablado pasa al de los escritos, y hacia el siglo xv ya no quedaba rastro de tal concordancia en el castellano. Por todo esto, la alteración y el cambio de la concordancia del participio en el castellano tiene toda la traza de una evolución natural y espontánea sobrevenida en aquella lengua.

»¿Sucede nada de esto en la catalana? Sucede todo lo contrario. Estudiando los monumentos escritos, que son las únicas fuentes adonde podemos acudir, ¿se nota algún movimiento, alguna alteración de la ley de la concordancia del participio durante los siglos anteriores á la preponderancia y á la influencia castellana en nuestro territorio? No creo que haya ninguno que sea capaz de demostrarlo. Aquí no se nota la alteración de la ley de la concordancia hasta que se presenta la invasión, la influencia castellana, y estas alteraciones se hacen sentir cabalmente en las regiones, en los puntos en donde la influencia castellana es más fuerte, como son Valencia y todas las regiones fronterizas con el territorio de la lengua castellana y los grandes centros de población en donde la influencia oficial es más viva y más intensa, y en donde la castellanización se hace más pronto. Y nos encontramos que, hoy, las regiones en donde la influencia castellana se ha dejado sentir menos, son las que menos infringen tal concordancia, y que la infringen espantosamente las regiones más castellanizadas; nos encontramos que la infringen más las personas instruídas á la castellana que los analfabetos, y que las mismas personas instruídas la observan menos cuando escriben que cuando hablan.

»¿Qué prueba todo esto sino que la perturbación y alteración de la ley de concordancia del participio no es en el catalán una evolución natural y espontánea, sino una invasión forastera, una alteración violenta, una imposición, un caso de influencia castellana?

»Si yo me encontrase que las alteraciones de la ley de con-

cordancia surgiesen desde el siglo xvi con la misma insistencia en toda clase de escritos y, simultaneamente, en todas las regiones de la lengua, ó bien que de una región se propagasen á la otra y acabase tal alteración por notarse igualmente en todos los monumentos escritos, y que hoy en día esta alteración reinase en todas las regiones de la lengua y ya no quedase casi ningún rastro de aquella ley, entonces yo bajaría la cabeza y diría:—No hay remedio, se trata de una evolución de la lengua que la lengua ha acabado por aceptar. —Pero aquí, señores, no hay nada de esto; aquí no hay más que una invasión de la sintaxis castellana en la nuestra; no hay más que una perturbación de la estructura interna de la lengua, intentada por parte del castellano; aquí no hay más que una *deturpació* (palabra que no he sabido traducir), que una expoliación hecha en algunas regiones, no conseguida en otras muchas.

»Me dirán que si es un hecho esta alteración, perturbación y expoliación, y que ahora ya estamos acostumbrados á ella, ¿no es cosa de respetarla? Si este criterio hubiese de reinar, excusábamos ayudar al renacimiento. Bien hubiéramos podido seguir escribiendo en castellano, porque era un hecho que todo el mundo lo escribía ya, y bien acostumbrados que estábamos á ello. ¿No se trata de restaurar la lengua? ¿Cómo la restauraremos si no es deshaciendo todos los hechos que son contrarios á ella? ¿Cómo la reintegraremos si consentimos en que quede expoliada, despojada, desposeída, desamparada de lo suyo, de lo que constituye su propia y característica fisonomía, y que la diferencia que la distingue de las otras lenguas, como es esto de la ley de la concordancia del participio? ¿No es un hecho la perturbación de tal ley? Pues á los que nos decimos amantes de la lengua catalana, y llevamos enarbolada la bandera de su restauración y reintegración, nos toca protestar de tal hecho; nos toca combatir á todo trance tal hecho; nos toca hacer desaparecer, destruir tal hecho.

»La influencia castellana nos ha perturbado desde el siglo xvi la ley de la concordancia, pero no nos la ha podido to-

mar. Nos ha hecho en ella agujeros (esquexos); nos la ha tije-
reteado y deshilachado bastante, pero no ha sido capaz de des-
pojarnos de ella. La coexistencia de las transgresiones de la re-
gla y de su observancia en todas las regiones, prueban la
existencia, mejor dicho, la subsistencia de tal ley, que estamos
en el caso de mantener y de defender todos los que nos tene-
mos por amadores de la lengua catalana y estamos consagra-
dos á su restauración, reintegración y enaltecimiento.»

Y aquí pone término Mosén Alcover á su trabajo, en el que
podréis advertir que, ni corto ni perezoso, sin datos que com-
prueben sus afirmaciones, sienta, como hechos indestructibles,
los de que la tal concordancia del participio con el régimen de
la acción es una evolución natural, naturalísima en la lengua
castellana, y una violencia poco menos que brutal en la cata-
lana, por efecto de la acción demoledora del primero sobre el
segundo, porque esto convenía á sus planes restauradores. Solo
que Mosén Alcover no contaba con la huésped; y la huésped
fué un catalán digno de que su nombre sea conocido y enalte-
cido en toda España, D. Pompeyo Fabra, catedrático del Ins-
tituto general y técnico de Bilbao, á quien desde este sitio yo
envío un cariñoso saludo, al cual creo que os asociaréis todos
de buen grado. Pues bien; D. Pompeyo Fabra presentó una
enmienda total á la ponencia de Mosén Alcover, demostrando
que si originariamente todas las lenguas neolatinas hacen con-
cordar el participio con el régimen directo, más tarde, y por
natural evolución, desaparece la flexión del participio y ad-
quiere la forma única del tiempo compuesto; y resultando de
esto que la evolución producida en el catalán no se debe á la
influencia castellana, lo cual no pasa de ser una afirmación gra-
tuita del ponente, hecha con la sana intención de fomentar la
animadversión contra Castilla.

Pero esto que os acabo de leer, de Mosén Alcover, es nada
al lado de los arranques que tiene á propósito de la segunda
cuestión en que os he dicho que intervino; la cuestión de si
«la lengua catalana tiene sintaxis propia».

El autor inconsciente de tales arranques fué nuestro insigne y meritísimo Pérez Galdós, que en 1886 (y ya veis si va larga la fecha) se permitió escribir en *La Prensa*, de Buenos Aires, esta horrible herejía: «El catalán no tiene construcción propia. La sintaxis es la castellana, y sólo varían las voces.»

Al cabo de veinte años de haber dicho lo que antecede nuestro eximio novelista y autor dramático, Mosén Alcover recoge el guante, y, lanza en ristre, acomete contra él con tal fiereza, que, al oír lo que voy á tener el honor de leeros, habréis de olvidaros de que todo ello brota de la pluma de un ministro de paz, cuya misión es muy otra que la de enzarzar á los hijos de una misma madre, ¡la Patria española!

El trabajo de Mosén Alcover es sumamente extenso, y sus fierezas están en las conclusiones; pero para que no haya quien pueda equivocarse, y queden las cosas en su debido punto, advierte ya en la introducción lo siguiente:

«Lo primero de todo, hemos de hacer notar que, si bien en muchas cosas coinciden la sintaxis catalana y la castellana, no es porque el catalán haya ido á beber en el castellano, sino porque el catalán y el castellano brotan de la misma fuente, del latín, si bien cada uno con fisonomía propia. Que se tenga presente esto para dar el justo valor á tales coincidencias, y no calificarlas á tontas y á locas de castellanismos, mientras no conste notoriamente que son verdaderas importaciones castellanas, sobrevenidas desde que padecemos tan ominosa influencia.»

Ya veis que el principio promete. Pues ahora voy á hacerros ver las conclusiones; mejor dicho, la conclusión segunda, que dice así: «Y ahora, una palabra á los amigos de la lengua catalana, y especialmente á los escritores catalanistas. Quizás á alguno le vendrá un poco de nuevo, ó no admitirá lo que decimos sobre los diferentes puntos de la sintaxis catalana que hemos tratado. A estos tales les suplicamos que se fijen en lo que hemos dicho, y que ellos mismos estudien los monumentos catalanes escritos en todos los siglos, y los monumentos

vivos, esto es, el habla actual de las diferentes comarcas catalanas. Si hacen esto, estamos segurísimos de que se convencerá de la razón y del fundamento sólido de nuestras tesis.

»Sí: estos puntos que hemos tratado son los rasgos más vivos, las notas más culminantes, los distintivos más característicos de nuestra sintaxis, que nos separan en grande de la sintaxis castellana, que nos dan fisonomía propia, que constituyen ciertamente nuestra autonomía sintáctica.

»¿Queremos tener una sintaxis nuestra? No sabemos otra más que ésta. El que la sepa, que lo diga y que nos muestre dónde está, por dónde *caplleva* (tampoco he sabido traducir esto).

»¿Que hay quienes no quieren usar aquel *auxiliar*, ni aquella *concordancia del participio*, ni aquel *acusativo sin la preposición á*, ni aquel *imperfecto* en lugar del *optativo en las oraciones condicionales*, y prefieren ir uncidos (*jonyts*) bajo el yugo de la sintaxis castellana, y seguir como idiotas, indignos de personalidad propia, que son incapaces de sentir, labrando el semillero de las letras (*llaurant el sementer de les Lletres*), no según el sistema vigente en nuestra lengua por espacio de setecientos años, sino según un sistema forastero, que no puede dar otro resultado que hacer muy mal (*mal be*) á las cosechas y matar toda la simiente (*llecor*), toda la savia propia, que es la que nos da y constituye nuestra vida? Si hubiese muchos de éstos, vaya qué desengaño más *ferest* (no sé lo que es esto) para nosotros, llenos de fe en la virtualidad del pueblo catalán para *reconstituirse* y *recobrase* de pies á cabeza.

»Amadores y entusiastas de la lengua catalana: pensad bien en esto, fijaos bien, y... sed consecuentes en vuestras cosas. Quedarse roncos pidiendo la autonomía de Cataluña, y no empezar por hacer efectiva la autonomía de la lengua, que está exclusivamente en nuestra mano conseguirla; es una inconsecuencia y una falta de formalidad, que no deja nada en buen lugar á los que la cometen.

»Amadores y entusiastas de la lengua catalana, vosotros que

la tenéis por reina de vuestro corazón y os gloriáis de serviros de ella para vestir vuestros pensamientos y afectos más íntimos, y la enaltecéis en vuestros escritos, pensadlo bien, fijaos bien en esto, y no os expongáis, pues, á que, leyendo vuestras obras los críticos forasteros, hayan de deducir que el catalán no tiene sintaxis propia, que no tiene otra sintaxis que la castellana. Y es bien cierto, desgraciadamente, que hay escritores catalanistas que, con su manera de escribir, han dado y dan pie á que los forasteros enemigos nos hayan lanzado y nos lancen la injuria de que la lengua catalana no tiene sintaxis.

»Amadores y entusiastas de nuestra lengua: por el buen nombre, por la dignidad, por el honor de esta lengua nobilísima, no merecedora de vivir esclava en ningún concepto, digna de reinar en su casa como ninguna otra de la tierra—se hace preciso redimirla de esta esclavitud nefanda y afrentosa que muchos la hacen padecer de la sintaxis castellana, que tanto la *malmet*, la perjudica y la deshonra. Aquí lo *nefando* y lo *afrentoso* no es la *sintaxis castellana*, sino que el catalán se someta á ella, *pegant cossa* á la suya propia. (Esto de *pegant cossa*, creo quiere decir *pegando coces*.)

»Se hace preciso emprender la cruzada y batallar sin tregua hasta que hayamos conseguido la redención completa de nuestra sintaxis, que es allí donde el castellano nos ha invadido más, y que nuestros enemigos no tengan otro remedio que bajar la cabeza ó huir ante el relampagueante esplendor del reinado de nuestra *Gramática*, indestructible y perdurable en el campo de nuestras letras.»

Yo no sé si á vosotros estos párrafos vibrantes, que parecen la proclama de un caudillo dirigida á las huestes que han de entrar en campaña, os habrán hecho el mismo efecto que á mí; pero cuando yo leía todo esto, pensaba que si tales arreos los emplease Mosén Alcover en la predicación de la doctrina de Cristo, de seguro que habría convertido á estas horas gran número de herejes é indiferentes, y estaría camino de llegar á los altares en calidad de santo; pero por el camino

emprendido, de sembrar odios para recoger tormentas, antójáseme que debe tener reservado un lugar en el profundo de los Infiernos, por haber contribuído con sus campañas de odios á infernar esta pobre España, tan necesitada de que la paz y el amor reine entre sus hijos.

Y dejemos tranquilo por ahora al brazo eclesiástico que tanta fuerza dió al Congreso de la lengua catalana, y vamos á decir algo del brazo secular, en el que hay también campeones fogosos, aunque no lleguen al temple de Mosén Alcover.

Don Joaquín Rivera, en la discusión del tema I de la Sección Literaria, dice en la tercera y cuarta de las conclusiones que formula lo siguiente:

«III. Que la poca afición al estudio del catalán antiguo y el intenso y general estudio del castellano en nuestra tierra, producen en el buen orden de nuestros conocimientos lingüísticos una perturbación perniciosa á nuestro lenguaje literario.»

«IV. Que para evitar los daños de la perturbación que se señala en la conclusión anterior, es preciso fomentar el estudio del catalán de los siglos de oro, y lanzar voces de reprobación contra la introducción y sostenimiento innecesarios de formas de cuarto orden, y muy especialmente de mentalidades sintáxicas castellanas.»

Don Bernat (Bernardo, si no estoy equivocado) Obrador, licenciado en Filosofía y Letras, en la explanación del tema VII, sobre el uso de los verbos auxiliares, dice:

«En cuanto á los participios que van con el verbo haber, concretándonos al catalán, vemos que concuerdan con el término de la acción casi siempre, si el participio va detrás; y muy frecuentemente, aunque vaya el participio delante, sobre todo durante las épocas y en las regiones menos atacadas por el *virus castellanista*. Por la influencia de este *virus* se encuentra á veces el participio en terminación neutra singular, fuera de los casos en que deba estarlo, ó concordando con el sujeto viciosamente si no hay término de la acción.»

Por la acritud de su lenguaje, este Sr. Obrador guarda es-

trecho parentesco con Mosén Alcover, y á esta ponencia hubo también de presentar D. Pompeyo Fabra una enmienda total, en la que demostró eumplidamente que la sustitución del verbo ser por el haber no es sólo evolución sufrida por el castellano, sino que se ha realizado del mismo modo en Portugal, en muchos dialectos italianos y en la lengua rumana, porque obedece á una simplificación que es perfectamente lógica, y tan natural en Castilla como en Cataluña.

D. Gabriel Nogués y García, doctor en Filosofía y Letras, en un trabajo que se titula *Crítica de algunas formas erróneas del lenguaje escrito*, dice así:

«Actualmente se usan muchas palabras de orden científico que ya se han hecho de uso común, pues las emplea toda clase de personas, la cuales palabras han venido á nuestro pueblo en forma castellana. Las palabras á que me refiero son telégrafo, fonógrafo, cinematógrafo y también otras de distintos órdenes, como barítono, unísono, triunfo, etc. Es evidente que tales expresiones son castellanas del todo, y en tal forma no se pueden aceptar en catalán.»

Propone este señor que se pronuncien *telegràph, fonogràph, cinematogràph*.

«Quizá habrá quien diga que no estamos acostumbrados á esto. Ya nos iremos avezando, ¡todo es empezar! Si aquellos que escriben periódicos en catalán quieren, lo pueden ir extendiendo, y los lectores, que no tienen otra norma para escribir en nuestro idioma que la que se les enseña en el periódico, seguirán indudablemente lo que éste diga.»

D. Joaquín Ruyra y Oms, en un trabajo titulado *Nuestra lengua en las obras literarias*, trabajo que le acredita de gran observador, hombre mesurado y prudente en el decir, y en el que no se encuentran ataques, ni agresiones, ni violencias como las de Mosén Alcover y sus aliados, para demostrar que el escaso estudio del catalán clásico y el intenso y general estudio del castellano producen una perturbación perniciosa en su lenguaje literario, aduce como prueba lo siguiente:

«En Cataluña circulan poquísimos ejemplares de los monumentos literarios de nuestra antigüedad clásica, y los escritores y lectores los conocen poco ó nada. En cambio, la lengua castellana es la de nuestros estudios oficiales; ninguno que tenga letras la desconoce, y todos la leen ó la hablan bastante bien todos los días. Ocupa, pues, después del dialecto propio de cada uno, el lugar preferente en el orden de vida de nuestros conocimientos lingüísticos. Esto explica la introducción de mentalidades sintáxicas castellanas que encontramos en nuestra literatura, y que hemos retratado y estudiado rápidamente al explicar el tema. Los literatos siguen, no la ley sabia que descubre la reflexión, sino la ley impulsora y viva; y ahí tenéis por qué en cualquier deficiencia de su dialecto acuden á solucionarlas al castellano, igual que si fuese un dialecto perfecto de su propio idioma. Por otra parte, estas soluciones tienen la virtud de una inmediata y muy general comunicación, cosa que presenta el escritor á manera de una comprobación de su acierto. Efectivamente, una forma ó mentalidad castellana es fácilmente entendida de la masa de los lectores, mientras que una forma anticuada catalana tiene para ellos el eco de algo extraño y jamás oído. Así, pues, no es extraño que los escritores se dejen llevar por la fuerza lingüística más viva en ellos y en su pueblo. Pero dejándose llevar de ella, atentan gravemente contra la *persistencia* de su propio lenguaje, renunciando á la vida futura. ¿Qué persistencia puede esperarse de un lenguaje que admite en materia tan importante como la sintáctica la adopción de mentalidades de otra lengua independiente? Si damos como bueno el efecto, hemos de dar como buena la causa que la produce y hemos de ir sucumbiendo á su influencia hasta que no quede nada de nuestra mentalidad catalana. Esto es llevar nuestra lengua á la destrucción.

»Ved aquí cómo la perturbación que en el buen orden de nuestros conocimientos lingüísticos hemos señalado, es perniciososa á nuestro lenguaje literario.»

A lo que dice este señor, ya comprendéis que no es posi-

ble poner reparos, señala un hecho cierto y deduce las consecuencias que de él se derivan. Claro, y esto es lo que de él nos separa, que para el Sr. Ruyra es lamentable que suceda tal cosa mientras que para nosotros no lo es.

Y ya que no os he perdonado ninguna de cuantas acusaciones se lanzaron en aquel Congreso contra la ominosa influencia de Castilla, como dice Mosén Alcover, voy á daros también á conocer algo muy interesante de un breve trabajo que hubo de presentar al mismo uno de los hombres más ilustres del renacimiento catalán contemporáneo, de un hombre que sabe hacer compatible su amor á la patria chica con el amor á la madre España, del insigne poeta y castizo escritor castellano Juan Maragall.

Encomendósele en el Congreso la tarea de desarrollar el siguiente tema:

«La literatura catalana, ¿ha de conceder á un dialecto determinado el predominio absoluto sobre todos los demás? ¿Ha de mantener y utilizar las diferentes variedades dialectales?»

Y el insigne poeta escribió lo que vais á oír:

«Puede parecer extraño de momento el enunciado de este tema, como si fuese legible abstractamente un hecho tan vivo, la evolución literaria de una lengua, siendo así que dentro del concepto de la literatura se suele comprender principalmente la expresión artística verbal, es decir, la palpitación de la belleza en palabra humana; y esta, que para ser tal en verdad, ha de venir directamente y no enturbiada de las entrañas del espíritu en donde el lenguaje se genera, ¿podría jamás someterse á nuestros razonamientos y permanecer obediente á nuestros designios? De ninguna manera. Lograrlo sería provocar la aparición de una literatura artificial, sin virtud, muerta en efecto. Sin embargo, no es posible temerlo, porque siempre los hechos se reirían, de un modo ú otro, de nuestros mezquinos decretos, y la santa espontaneidad del pueblo, al fin y al cabo vencedora, produciría su literatura, la viva, es decir, la única.

»Y ahora me conviene insistir en lo que entiendo por dialecto, y especificarlo. Muchos parece que consideran una lengua como una unidad externa á los hombres; como alguna cosa que, teniendo existencia por sí, se le impone viniendo de fuera y se deja hablar por ellos con tal de que se sometan y cumplan sus leyes abstractas. Y, realmente, una lengua muerta, como ahora el latín clásico para nosotros, viene á ser una cosa así. Pero una lengua viva es otra cosa completamente distinta. Las lenguas vivas no son ni más ni menos que semejanzas que hay en el natural hablar de los hombres, y este natural hablar es el dialecto. En este sentido puede decirse que todas las lenguas habladas en el mundo son como dialectos de la gran lengua que es la palabra humana. Después, cuando á las más grandes agrupaciones por origen y semejanza las llamamos lenguas madres, son dialectos respecto de ellas las lenguas más particulares ya, sin embargo de que abrazan todavía variedades muy notables, y dentro de estas son dialectos aquellas que tienen más parecido y más concretas en que las gentes hablando usualmente se entienden, y en estas gradaciones es donde encontramos lo que prácticamente se dice una lengua. Pero dentro de ella hay todavía un gran número de variedades que son habladas en comarcas cada vez más reducidas y subdivididas en otros pequeños dialectos de cada poblado. Y hasta dentro de cada pueblo habréis observado pequeñas variedades familiares que no terminan hasta la manera sutilmente especial de hablar de cada individuo. Así hemos llegado á lo bien concreto, á lo vivo en sí, al hombre. Reconozco en cada hombre un dialecto personal, que es su manera natural de hablar la humana lengua.»

Esto es lo que dice, tan hermosamente como acabáis de oír, el insigne Maragall; y de ello se deduce lógicamente la conclusión de que la obra capital que perseguía el Congreso era un imposible, y que tan legítimo es el catalán degenerado de Barcelona, el castellanizado, el que ha sufrido más que otro alguno la influencia ominosa de Castilla, como decía Mosén Alco-

ver, el que está inficionado del virus castellanista, como dice el Sr. Obrador, que el catalán del gloriosísimo Mosén Cinto y que el catalán que se conserva en los pueblos de la alta montaña, donde no llega ni el aliento vital de la ciudad moderna, ni la cultura que Castilla ha ido imponiendo en su perseverante labor de cuatro siglos.

No se limitó este Congreso catalán tan sólo á la labor restauradora, sino que atendió igualmente al problema de la expansión del catalán; y á título de aspiraciones, no realidades, os voy á exponer brevemente lo que en él se dijo.

Empiezo por el Dr. D. José Franquesa y Gomis, por la mayor amplitud de su trabajo, que se titula «Hemos de defender nuestra lengua y reivindicar todos sus derechos», y porque en él se revela un encono parecido al de Mosén Alcover. En lo que pudiera decirse la parte fundamental de su trabajo, dice el señor Franquesa lo siguiente:

«En fin, si todo el mundo tiene la obligación de reivindicar los derechos de su lengua propia, Cataluña está en el caso de hacerlo con más razón que ninguno, y ha de rechazar el castigo por inmotivado y por inmerecido, porque jamás en los tiempos de su gloriosa historia dejó de respetar el habla de los demás pueblos, fuesen aliados ó dominados. Ella respetó el castellano en Aragón, las variantes de *oc* en Provenza, el griego en Atenas, Italia y Sicilia, y hasta en su propia tierra reconoció oficialmente la existencia de la variedad gascona del Valle de Arán, que hoy todavía habla la gente de aquellos lugares.

»Defendámosla, pues, todos á una y sin tregua, hablándola siempre. En una palabra: mientras dure el estado de violencia en que la tienen, no hagamos uso del castellano más que cuando nos veamos obligados á ello, y demostremos que sólo lo hablamos á la fuerza.»

Me excusaréis todo comentario á estas manifestaciones, porque ellas son de tal naturaleza que, de discutir las, envenenaríamos el problema que todos estamos interesados en resolver por el amor y no por el odio.

De D. Francisco de P. Maspons, ponente de uno de los temas referentes á la enseñanza, no queda en las actas del Congreso otra cosa que unas breves conclusiones, que os voy á leer, y por las que podréis formaros idea aproximada de lo que diría en su defensa.

He aquí estas conclusiones:

«II. La imposición de un procedimiento y de un lenguaje oficial en la enseñanza es tan absurda y regresiva como la imposición de un criterio oficial dogmatizador.

»III. Dado el criterio oficial, cada día más contrario al despertar del alma catalana, es de extraordinaria conveniencia trabajar con asiduidad para afirmar resueltamente la libertad de enseñanza y la forma y manera de darla.»

Mi buen amigo, D. José Bertrán y Musitu, formuló también las siguientes conclusiones, única cosa que se conserva en las actas, y le hago el honor de suponer (?), porque creo conocerle bastante, que en su defensa no debió extralimitarse.

Helas aquí:

«1.º Siendo el Estado el organismo director y propulsor de la vida nacional, y siendo la lengua el elemento primordial constitutivo de la nacionalidad, al Estado corresponde el fomento y la protección de la lengua catalana.

»2.º Este fomento y protección debe ejercerlo el Estado en las siguientes formas:

»a) Sirviéndose de ella en la vida administrativa general, en la de justicia, la enseñanza, cuando de Cataluña se trate ó á Cataluña se refiera.

»b) Reconociendo el derecho de usarla los catalanes en todos los actos privados y públicos.

»c) Enseñándola en las demás regiones de España.

»d) Fomentando los estudios superiores de la lengua, su teatro, estimulando sus cantores, sus poetas, sus novelistas y premiando sus trabajos en los concursos debidamente organizados por el Estado.»

Ignoro si el Sr. Bertrán y Musitu pensó en el alcance y

trascendencia de tales peticiones; pero á poco que piense que el propósito principal de aquel Congreso era el de descastellanizar el catalán, comprenderá en su buen sentido que es mucho pedir al Estado español pretender de él un auxilio directo que favorezca la expansión del catalán fuera de Cataluña, después de lanzar de esta región la lengua de Castilla. Y como dudo mucho que los gobernantes españoles lleguen á estar tan evangelizados, que cuando reciban una bofetada en la mejilla pongan humildemente la otra para desahogar la ira del enemigo, pienso que los tales propósitos del Sr. Beltrán no se verán nunca colmados ni satisfechos.

*
* *

He terminado la parte de exposición de hechos de este trabajo, y voy á entrar ahora, con vuestra benevolencia, en la parte crítica de este movimiento de expansión y restauración del catalán.

Habréis podido observar de todo lo que hasta aquí he venido exponiéndooos, que el movimiento de expansión del catalán, dentro de los límites que actualmente alcanza, y mucho más dentro de los propósitos formulados en el Congreso de la lengua castellana por los Sres. Franquesa, Maspons y Beltrán, tiende á la expulsión de Cataluña de la lengua castellana, haciendo que pase aquélla á ocupar un primer lugar, y aun si se quiere un lugar único en la vida de Cataluña, y dejando relegada á ésta á un segundo lugar, ó sea á la consideración de una lengua que podrá ser la primera entre las extranjeras, pero que al fin y al cabo será una de éstas.

El movimiento restaurador tiene otra finalidad, que consiste en la descastellanización del catalán, por conceptuar que la evolución sufrida por éste en el espacio de tres siglos es obra de violencia y contraria á la marcha natural que el catalán hubiese seguido á no haber sufrido la ominosa influencia castellana, como dice Mosén Alcover.

Que el movimiento de expansión del catalán es un hecho positivo y cierto, ya os he dado los suficientes datos para que podáis juzgar respecto á su importancia y alcance. ¿Pero este movimiento es conveniente para Cataluña? Yo creo que no; y pienso más: pienso que los catalanes que aborden de frente este problema sin preocupaciones ni prejuicios estarán conformes conmigo. El efecto natural de la expansión será el distanciarse cada vez más del resto de España; y si, ahora, después del sarampión y la escarlatina que padecieron los catalanistas en su infancia (cuyos efectos naturales fueron, como ha dicho en el Congreso el Sr. Cambó, la Doctrina Catalanista de que está arrepentido el Sr. Prat de la Riva y los desplantes confesados por el propio Sr. Cambó), hemos convenido todos en que no hay que agravar el problema, y donde pudo existir el odio hay que sustituirlo con el amor, ¿es posible que esa corriente conciliadora pueda prosperar cuando un día y otro veamos los castellanos que vivimos en Cataluña que cada día que pasa se va desespañolizando Cataluña? ¿No hemos de sentir nosotros la injuria y el agravio que se nos hace al pensar que no hace mucho tiempo, por confesión del propio Mosén Alcover, era un hecho que todos escribían y hablaban bien el castellano, y dentro de poco, de seguir las cosas por el camino de la catalanización, serán contadísimos los catalanes que lo hablen y lo escriban con corrección?

¿Cómo es posible que un pueblo que tiene el sentido práctico tan desarrollado como lo tiene el pueblo catalán, cómo es posible, digo, que pierda con gusto su tiempo y su dinero para aprender una lengua que ahora aprende y habla espontáneamente y sin esfuerzo alguno? ¿Por qué y para qué tamaño esfuerzo? ¿Para aprender una serie de reglas gramaticales que están todavía por averiguar? ¿Para atormentarse con unas reglas ortográficas que todavía no se sabe cuáles son? ¿Para poder, en último término, escribir libros en catalán que han de encontrar editores que los publiquen con más dificultad que si los escribieran en castellano? Para conseguir, en último tér-

mino, un resultado tan desconsolador, cual el que obtuvo en Alguer uno de los congresistas que asistieron al Congreso de 1906, y cuyas palabras os voy á leer, porque encierran una provechosa lección práctica.

Don Antonio Cinffo presentó al Congreso catalán un trabajo, titulado *Influencias del italiano y diferentes dialectos sardos en el alguerés*; trabajo en el cual se lamenta de las dificultades de toda suerte con que tropieza el catalán para su expansión por el influjo natural de la lengua italiana, y dice, entre otras cosas, lo que sigue: « Y no es que no haya libros catalanes, pues en una sala del Gimnasio se conserva una biblioteca que Eduardo Toda regaló al Municipio, obras de todos los tiempos de nuestra literatura catalana que esperan todavía la plegadera para abrirlas.» Sigue refiriendo este señor, autor de una obra escrita en catalán con el título de *La conquista de Sardenya*, que remitió, entre otros, un ejemplar de su libro, al que él llama muy acertadamente el primer poeta sardo, á Gabriel d'Annunzio; y cuenta, que cuando fué á verle quedó muy despagado al oír cómo éste, después de elogiar su obra, le preguntaba que por qué no escribía en italiano, ya que tenía aficiones literarias. Y á renglón seguido agrega esto, que textualmente reproduzco:

«Quince días despues volvimos á Alguer, para ver la otra parte de la medalla, es decir, si allí eran de la misma opinión. Al llegar, pasamos por la tienda que tenía de muestra y en venta los ejemplares de *La Conquista*.—Habíamos dejado quince, y por poco no encontramos diez y siete.»

En el apogeo de la fiebre y del entusiasmo de este renacimiento catalán á que asistimos, es muy posible que ocurra á los autores catalanes algo de lo que le ocurrió á D. Antonio Cinffo, pero tendrá el patriotismo de callarlo. Lo que dudo es que cuando ello se repita una y otra vez, como forzosamente há de ocurrir, el espíritu práctico de los catalanes persista en una labor que si en el orden económico ha de ser una ruina,

en el orden de la expansión no ha de dar tampoco los resultados que se desean. Hoy por hoy puedo aseguraros que la expansión por el libro no es de temer; porque, aparte de lo que os he dicho anteriormente, he de añadir ahora lo que de sobra sabéis; y es, que los grandes editores catalanes, Henrich y Compañía, Montaner y Simón, Espasa, Maucci, Tasso y otros más que pudiera citaros, trabajan editorialmente el libro castellano tan sólo, porque el libro catalán, fuera del libro de texto, si llegan á difundirse las escuelas catalanas de primera enseñanza y el de igual clase, si la enseñanza en los Institutos y en la Universidad llegase á darse en catalán, será todavía por espacio de algunos siglos un mal negocio. Pensad que en el resto de España, con tener todo el mercado de la Península y todo el mercado hispano-americano, el libro español vive con dificultad, y me diréis si es difícil predecir que el libro catalán ha de extinguirse por consunción natural, fuera quizá de las obras puramente literarias, para las cuales quedará, sin duda alguna, un pequeño margen que les consienta vivir, aunque con vida muy limitada y raquítica.

El movimiento restaurador del catalán es, como habréis podido ver bien claramente, un movimiento de protesta contra Castilla y la influencia castellana; movimiento que ofrece además la particularidad de ser retrógrado, por el carácter y condición de sus propulsores, y porque, en vez de mirar hacia adelante, mira atrás, aspirando sin duda á que asistamos á la reproducción del espectáculo bíblico que representó la curiosidad malsana de la mujer de Loth, que por volver la vista atrás cuando el camino de salvación estaba delante, se convirtió en estatua de sal. Y los restauradores del catalanismo ponen sus ojos en esos clásicos tan olvidados de que habla don Joaquín Ruyra para resucitar formas anticuadas del catalán, que tienen para los más el eco de algo extraño y jamás oído, y otros, como Mosén Alcover y los que sienten pasión por el *folklorismo*, ponen sus ojos en formas y modismos que se conservan en los pueblos que no han evolucionado porque la cul-

tura y las ansias de la vida moderna llegan á ellos como un extraño eco de cosas incomprensibles, por el estado de ignorancia y analfabetismo en que se encuentran. Unos y otros, por lo visto, no han leído el precioso libro de Tarde, *Las leyes de la imitación y de la herencia*; y unos y otros ignoran, por lo visto, que los pueblos, lo mismo que los sistemas de fuerzas, se mueven siempre en el sentido de la de menor resistencia para guardar el mayor cúmulo de sus energías necesarias en la lucha diaria por la vida.

¿Piensan sin duda estos restauradores que el culto pueblo catalán ha enterrado sus formas y sus giros primitivos por mero capricho ó por necesidad? Si lo primero, desconocen por completo las leyes de la evolución social; y si tal fuera, que no lo es, ¿por qué no respetar la voluntad del pueblo que enterró esas formas y giros que ahora se empeñan en imponer violentamente los directores del movimiento? Si lo segundo, si fué razón de necesidad la que movió al pueblo catalán por espacio de cuatro siglos á transformar su idioma en los términos en que hoy se encuentra, ¿no comprenden los directores del movimiento que es absurdo querer remontar la corriente de esos cuatro siglos, para volver al catalán que se hablaba en el momento de unirse las coronas de Castilla y Aragón en los Reyes Católicos?

Y si no piensan ni una ni otra de estas dos cosas, y piensan que el pueblo catalán se ha dejado imponer violentamente por Castilla formas y giros que rechaza su propia naturaleza, yo digo á los que tal sostienen que inferen el agravio más atroz que puede dirigirse contra su propio pueblo, acusándole de cobardía imperdonable por haberse dejado arrancar por imposición violenta lo que ellos aseguran ser lo más característico y personal del alma catalana: la propia lengua. Y como yo no soy capaz de inferir tamaña injuria al pueblo catalán, á quien admiro y respeto, yo creo, porque es verdad, que la evolución de la lengua, en el sentido de su castellanización, ha sido una evolución natural y necesaria por su comunidad con Castilla, á cuya obra civilizadora hubieron de asociarse los ca-

talanes, como españoles que eran, han sido y serán; porque la obra de castellanización persiste todavía con gran empuje, como voy á demostraros con datos irrecusables.

Voy á reducir mi demostración á Barcelona, no sólo porque esta gran ciudad es la capital intelectual de toda Cataluña, sino porque en ella, por confesión del propio Mosén Alcover, en los grandes centros de población, en donde la influencia oficial es más viva y más intensa, es donde la castellanización se hace más pronto (son sus propias palabras). Pues bien: Barcelona, y con Barcelona Cataluña entera, se castellanizan cada vez más por la acción constante de su prensa periódica. En el momento más culminante del afán de restaurar la lengua catalana, que es por ahora el actual, ha conseguido el catalanismo, en sus dos matices más marcados, tener dos periódicos diarios: *La Veu de Catalunya* y *Lo Poble Catalá*; periódicos uno y otro cuyas tiradas yo no puedo calcular, porque no es fácil hacerse con estos datos, que los interesados no han de facilitar seguramente; pero frente á esos dos, os diré que actualmente se publican en Barcelona once periódicos diarios, que son: el *Diario de Barcelona*, *El Diluvio*, *La Publicidad*, *La Vanguardia*, *El Correo Catalán*, *Las Noticias*, *El Liberal*, *Diario del Comercio*, *Diario Mercantil*, *El Noticiero Universal* y el *Diario de Avisos y Noticias*.

Total: once. Por muchos esfuerzos que hagan *La Veu* y *Lo Poble* para descastellanizar el catalán, ¿creéis que podrán contrarrestar la obra persistente y constante de esos once periódicos diarios, que lanzan una enorme masa de papel escrita en castellano, que llega á todos los hogares y que penetra hasta los últimos rincones de la región catalana, prosiguiendo la obra de los siglos, y contribuyendo, como dice con gran verdad D. Joaquín Ruyra, á que el catalán que tropieza con dificultades en el manejo de su lengua, en vez de seguir la ley sabia que descubre la reflexión, siga la ley impulsora y viva, acomodándose á la solución que el castellano le ofrece?

Y no es esto solo. Otro gran elemento de cultura, por vir-

tud del cual puede llegarse á la transformación de la manera de ser de un pueblo, es el teatro. Y con el teatro, hoy por hoy, sucede lo mismo que con la prensa.

Barcelona, por espacio de mucho tiempo, no ha tenido más teatro catalán que el Teatro Romea (y advertid que el título no puede ser más español), y en ese teatro, que no es ni con mucho el mayor de Barcelona, se han dado y se dan representaciones en catalán. El Teatro Romea no está abierto todo el año, y con no ser muy grande, como os digo, no está tampoco de ordinario lleno.

Sólo en casos excepcionales, y cuando el acierto de un autor catalán ha sabido plantear un problema palpitante ó trazar un cuadro verdad de la vida real, es cuando el teatro se llena de bote en bote por espacio de unas cuantas noches, llenándose también los días de moda, como ocurre en los demás coliseos. El Teatro Romea vivió sólo por espacio de muchos años, antes de que los catalanistas vinieran al mundo; y cuando éstos han hecho su aparición en la escena política, que es cuando mayor fuerza y relieve han adquirido los patrocinadores del renacimiento de la lengua catalana, han conseguido poner cátedra de catalán en el Teatro Principal, primero, y en Novedades, después. En el Principal, alternando con el cinematógrafo, se han puesto en escena un buen número de obras catalanas, de las que he oído decir, porque no las he visto, que no pasarán seguramente á la historia del arte dramático, por su poca enjundia, y esto lo podría probar con testimonios de los críticos catalanes, que no he podido recoger por falta de tiempo, pero que no es difícil hacerse con ellos registrando las colecciones de los periódicos catalanes. Novedades vive, como también en parte el Principal, de traducciones, y de esas traducciones he de deciros lo que un catalán amigo mío, y de los más españoles que hay en Barcelona, me decía cuando yo le comunicaba, no sólo mi propósito de dar esta conferencia, sino las líneas generales de la misma. «Tiene usted razón que le sobra. Esos traductores, por huir, no de castellanismos, sino de palabras

catalanas que tienen un parentesco estrecho con las castellanas, como que son las mismas, nos están infestando de galicismos, y así dicen *exilats* por no decir *desterrats*, y hablan de los hombres de *affaris* por no decir *hombres de negocios*.» Pero, en fin, dejando esto aparte, el hecho es que hoy funcionan tres teatros catalanes en Barcelona, que dudo yo que puedan sostenerse por mucho tiempo, y que frente á ellos funcionan los siguientes teatros, cuyas compañías son castellanas, como podéis ver en esta hoja de *La Vanguardia*, que recogí y conservé para este momento:

«El Dorado (teatro de Cataluña), teatro Gran Vía, teatro Nuevo, teatro Apolo, teatro Cómico, teatro Triunfo, teatro Moderno (de Gracia) y teatro de la Marina. Total, ocho teatros, en los que actúan compañías que trabajan en castellano, contra tres teatros en que actúan compañías catalanas.»

Y vuelvo á mi pregunta de antes, formulada á propósito de la acción de la prensa periódica: ¿Creéis, por ventura, que la acción catalanizadora de estos tres teatros catalanes podrá contrarrestar la acción castellanizadora de los otros ocho teatros de que acabo de hablaros?

Yo no lo creo. Y no lo creo porque el pueblo catalán (y al decir el pueblo catalán me refiero á la masa obrera), acude con preferencia al teatro económico, y el teatro económico está en lo que se llama El Paralelo, donde no hay un solo teatro catalán; y mientras la masa obrera de Barcelona, consciente ó inconscientemente se castellanice, poco hay que temer de los directores del movimiento restaurador, porque el pueblo es la cantera de donde surgen las lenguas, y contra éste es impotente la acción de las Academias y las gramáticas, aunque los académicos y los gramáticos vistan los hábitos sacerdotales y pongan su prestigio social al servicio de esta causa.

Ya lo dijo mi amigo Bonilla, con su elocuencia característica, en el artículo de que antes os hablé, «De lingüística regionalista y sus concomitancias.» «La obra del idioma es la más natural de todas, y viene, necesariamente, de abajo á arri-

ba, del pueblo á los literatos: si el pueblo la olvida y la corrompe, todas las Academias del mundo no bastarán á resucitarlas.» Y esto mismo confirma el ilustre catalán Maragall, cuando dice en el trabajo que os he leído: «Que es imposible someter á una lengua por nuestros razonamientos y decretos para provocar la aparición de una literatura artificial, porque siempre los hechos se reirían, de un modo ú otro, de nuestros mezquinos decretos, y la santa espontaneidad del pueblo, al fin y al cabo vencedora, produciría su literatura, la viva, es decir la única.»

Queda todavía, en el proceso de la castellanización del catalán, otro factor importantísimo, del que ya os he hablado, y que no voy á hacer más que recordároslo en este momento, porque ya está dicho todo: el libro. Mientras en el orden económico el libro catalán represente un mal negocio, el libro castellano será el órgano obligado de la cultura, á no ser que se sustituya con el francés, inglés ó alemán, sustitución que no será nunca completa mientras Cataluña sea española, pero que si lo fuera produciría inmediatamente una derivación natural del catalán hacia esa otra lengua órgano de la cultura, en cuyo caso cesaría de castellanizarse el catalán para afrancesarse, britanizarse ó agermanizarse, sin que pudiese marchar nunca en esa dirección artificial á que forzosamente se empeñan en arrastrarle Mosén Alcover y sus compañeros de restauración.

La obra de la influencia castellana fué la consecuencia natural de que Castilla supo, en los siglos XVI y XVII, sobre todo, tener un ideal político y religioso en que encarnó por completo la manera de ser del pueblo español; ideal que luchó en Europa con todos los pueblos de este continente, sin conseguir, por fortuna para todos, poderlo implantar por la fuerza de las armas, á pesar de sus brillantes victorias, pero que llevó á América, creando allí un mundo entero, al que transmitió, por un esfuerzo colosal no igualado por ningún pueblo culto todavía, su alma y su sangre, sus grandezas y sus debilidades, sus

grandes virtudes y sus no escasos defectos. Y por eso, y no por la violencia, hubo de castellanizar á Cataluña mucho antes de que Felipe V arrancara á los catalanes sus libertades en pago de la ayuda que prestaron á su enemigo Carlos de Austria. Y que esa obra de castellanización es anterior al siglo xvii, lo ha dicho mi colega y amigo el Dr. Rubió, en el discurso pronunciado en la sesión de apertura del Congreso Internacional de la lengua catalana, con estas palabras, que constan en las actas del mismo:

«Y como dice el maestro Aguiló, en una imagen tan pintoresca y vigorosa como todas las suyas, en la mayor parte de los libros que durante tres siglos se dicen irrisoriamente escritos en lengua catalana, se ve por debajo el idioma castellano, mal cribado, que se lleva á la espalda para ir enterrando el cadáver de nuestro materno lenguaje.»

¿Quiere decir esto que no sea posible que el pueblo catalán reaccione de algún modo y pueda llegar á ejercer una influencia regeneradora en Castilla? No. Por de pronto, los hechos que todos venimos presenciando de algunos años á esta parte son elocuentísimos, y el movimiento de regeneración de las dormidas energías de Castilla y del resto de España, débese en gran parte á la sacudida vigorosa que el pueblo catalán ha sabido imprimirles, dando ejemplos de civismo y de tenacidad necesarios para desarraigar en lo posible una política centralizadora que no podía continuar por más tiempo sin peligro para la vida del pueblo español. Pero, además, yo creo en la posibilidad de esa regeneración en que se ha empeñado Cataluña, porque creo firmemente que son una profunda verdad aquellas palabras, escritas en una de sus obras magistrales por el insigne filósofo inglés Heriberto Spencer: «Que la característica de los tiempos actuales es el industrialismo y el mercantilismo, ideales que han sustituido con ventaja á los ideales guerreros y religiosos de los pasados tiempos.» Y como dentro de España ha sido y sigue siendo Cataluña, por circunstancias que no son del caso, la región más industrial y más comercial

de la Península, creo por ello en la posibilidad de su obra regeneradora; pero entiendo que, para conseguirlo, en vez de crear escuelas catalanas, ha de crear más escuelas castellanas, ha de castellanizarse y ha de abandonar esa senda peligrosa en que quieren encarrilar Mosén Alcover y sus mal aconsejados amigos los neo-revolucionarios del catalanismo.

Y á los que piensen que ese progreso de la castellanización del catalán ha de ser funesto al resurgir del alma catalana, yo les citaré el ejemplo de Valencia, castellanizada por completo, sin que los valencianos hayan perdido ninguna de aquellas condiciones propias de aquel pueblo; y dentro de Cataluña les citaré el ejemplo, bien elocuente, de Barcelona, lugar en donde el catalán está más castellanizado que en parte alguna, á excepción de algún lugar fronterizo de Aragón y Castilla, y en donde se ha producido ese vigoroso renacer del alma catalana, impulsado por gentes que hasta hace cuatro días escribieron y hablaron constantemente en castellano, aunque hoy lo hagan mucho menos que antes. Barcelona, y no ninguna ciudad de esas muertas de Cataluña, en donde el castellano suena á forastero, y donde se conserva el catalán con sus formas anticuadas y primitivas, ha sido la Covadonga de ese resurgimiento catalán; y Barcelona, quieran ó no los restauradores de la lengua catalana, es la ciudad más castellanizada de toda Cataluña.

El alma catalana podrá indudablemente infiltrarse en Castilla y ayudar poderosamente al despertar de esta región, por el esfuerzo de hombres del temple de Maragall, Marquina, Oliver y mi íntimo amigo el Dr. Antich, uno de los más eximios cultivadores del habla castellana que se counaturalizan con Castilla, manejando su lengua cual pueda hacerlo el más castizo de los escritores castellanos, y siendo, sin embargo, catalanes de corazón, amantes de su tierra y amantes de la Patria española. En cambio, Mosén Alcover y sus amigos, si consiguieran el logro completo de sus propósitos, distancia-rían cada vez más á Cataluña del resto de España, y el odio, cada vez más grande entre unos y otros, levantaría entre ellos

y nosotros una barrera moral más infranqueable que la de un Arancel prohibitivo ó la de una segregación absoluta de la nación española. Porque si tal sucediera, yo, que no me hepreciado nunca de profeta, podría decirlo, sin temor á equivocarme, que así como Cuba y Puerto Rico, al separarse de la madre Patria, han reanudado los lazos de afecto, en términos que los españoles en aquellas regiones, si tienen la condición de extranjeros, según la ley, son hermanos por el corazón y por la lengua, si Cataluña llegara á descastellanizarse para recobrar su lengua, como pretenden los modernos restauradores del catalán, los castellanos tendríamos que emigrar forzosamente de aquel hermoso pedazo del suelo de la Patria española, porque, desgraciadamente, seríamos los más extranjeros de todos los extranjeros de ella.

He dicho.

LORENZO BENITO,

Profesor en la Universidad de Barcelona.

PARNASO INTERNACIONAL

LA BENDICIÓN

(De Carlos Baudelaire.)

Cuando el poeta al aburrido mundo
Viene, por ley del Hacedor Supremo,
Atónita su madre, las crispadas
Manos levanta con espanto al cielo.
—«¿Por qué no alimentó mi vientre infausto,
Dice, en lugar de este irrisorio engendro,
Un enjambre de víboras? ¡Maldita
Sea la triste noche, en que mi seno
Concibió, tras efímeros placeres,
Mi propia expiación! ¡Oh Dios adverso,
Pues me elegiste entre mujeres tantas
Para ludibrio ser y menosprecio
De mi infeliz esposo, y á las llamas,
Cual billete amoroso, echar no puedo
Este monstruo raquítico, la cólera
Que contra mí fulminas, mi despecho
Ha de hacer que recaiga vengadora
Sobre ese triste y mísero instrumento
De tu perversidad. Mis propias manos
Tanto retorcerán el tallo nuevo
De su vida, que nunca darán fruto
Sus ponzoñosos vástagos.» Rugiendo
Frenética, sus odios así exhala,

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEO BARCELONES

Y ajena á los designios del Eterno,
Atiza ya la hoguera en el abismo,
Infernal, consagrada á los horrendos
Crímenes maternales.

—
Y entretanto,
Bajo la protección de su Angel bueno,
De sol se embriaga el niño aborrecido,
Y en cuanto come y bebe encuentra á un tiempo
Dulzuras de ambrosía y rojo néctar;
Habla á las nubes, juega con el viento,
Se entusiasma cantando en el camino
De la cruz, y el celeste Mensajero
Que tras él marcha, llora de alegría
Al verle tan dichoso y tan contento
Como las aves en el bosque. Todos
Los que él amar quisiera, con recelo
Le observan, ó alentados por su ingenua
Dulce tranquilidad, lanzan malévolos
Contra él sus quejas, estremando, infames,
Su odio feroz. El pan de su alimento
Y el vino ensucian con basura y polvo.
Hipócritas arrojan todo objeto
Que su mano tocó, y hasta le acusan
De estorbarles el paso cuando de ellos
Se aparta.

—
Su mujer dice en la plaza:
—«Soy tan bella á sus ojos, que en él tengo
Rendido adorador. Pues que me adora,
Exigente he de ser, como lo fueron
Las diosas de otra edad. Quiero saciarme
De mirra y nardos y oriental incienso,
De manjares y vinos, y de humildes

Genuflexiones; conocer pretendo
Si en su extasiado corazón, bromeando,
Usurpar culto religioso puedo.
Cuando me cansen tan impías farsas
Y sienta fatigoso aburrimiento,
Mi mano, que es tan frágil y tan fuerte,
Pondré sobre él, y mis flexibles dedos,
Como garra de harpía, abrirán paso
Hasta su corazón, y como un tierno
Pajarillo, que tiembla y que palpita,
Lo arrancaré del fondo de su pecho,
Y tinto en sangre, como inmunda presa,
Lo echaré al más mimado de mis perros.»

—
Alza el poeta los piadosos brazos
Al cielo, donde mira un trono espléndido;
Y á su espíritu lúcido se ocultan
Con un deslumbrador relampagueo
Las convulsiones de la raza humana.
—«¡Sed bendito, mi Dios, que por remedio
De nuestras impurezas, cual un óleo
De salvación, nos dais el sufrimiento,
Que á los divinos goces predispone
El alma fuerte! Señalado puesto
Sé que guardáis al mísero poeta
En la legión gloriosa de los cielos;
Que le invitáis á las eternas fiestas
Donde se juntan en feliz concierto
Tronos, Dominaciones y Virtudes;
Que es el dolor el noble privilegio
En el que nunca el venenoso diente
Podrán hincar la tierra ni el infierno;
Que he de trenzar la mística guirnalda
Para mi sien, con sobrehumano esfuerzo,

Dominando triunfal los siglos todos,
Imponiéndome á todo el universo;
Mas sé también que las lucientes joyas
Que en Palmira por siempre se perdieron,
Los metales incógnitos, las perlas
Que Vos mismo, en el fondo del Océano,
Habéis montado en nacarinas conchas,
Nada valdrán para el adorno regio
De esa esplendente y fúlgida corona,
Que será de luz pura, con destellos
Formados por los rayos primitivos,
De resplandor tan vivo y tan intenso,
Que los ojos mortales más brillantes
Son nada más que su empañado espejo.

TEODORO LLORENTE

EL CENTENARIO

DE

EDGARD ALLAN POE

Los Estados Unidos celebran actualmente el primer centenario de Poe. Después de desconocerlo y de desdeñarlo—desdenes siempre explicables en la psicología de todas las épocas y de todos los pueblos,—no sólo en vida, sino también largos años después de muerto, ahora, acaso en el fondo rechazando todavía las miserias del hombre y aun el mismo espíritu desordenado de su arte, recaba para sí el gran país americano la legitimidad de la gloria que el mundo entero otorga á uno de los más geniales poetas de los tiempos contemporáneos.

Los viejos escrúpulos del alma yanqui no se han vencido en el transcurso de una centuria. En el fondo, contra Poe, su vida y su obra, continúa la misma terca hostilidad. Se ha ido por codicia á la reconquista de un renombre, que la vieja Europa esparciera á todos los vientos de la celebridad. Lo que es muy posible que no se haya despertado, sin duda porque nunca ha vivido en el alma norteamericana, es la estimación desinteresada y ardiente por Poe. No se improvisan el fervor y el entusiasmo literarios en un día, cambiando radicalmente, en una transformación brusca, las ideas y los sentimientos, recia compleción espiritual, trabajada durante siglos, de toda una nación.

En un pueblo de acción y de lucha, pueblo de fuerza y de

conquista, ¿qué devociones puede despertar un místico? En una sociedad metódica en que todo se halla austeramente regulado bajo una disciplina férrea, que abarca y tiraniza todos los órdenes de la vida, ¿qué ascendiente espiritual puede tener un alucinado, cuyas ideas extravagantes y cuya concepción anormal de la existencia son algo caótico, sombrío é incoherente, como de pesadilla?

Sobre todo, para la repulsa instintiva de un pueblo sobrio, secamente moralista y austeramente temperado, está el desorden bochornoso de la vida trágica de ese pobre hombre, envilecido y loco. ¡No comprenden que sin esa vida irregular no pudieron nunca florecer en aquel espíritu atormentado, las horribles visiones que pueblan con sombras espectrales y gritos de angustia aquel arte de inquietudes, de misterios y de delirios! ¿Cómo, sin que su cerebro se exaltara, sin que sus nervios vibrasen dolorosamente y sin que las penas rompieran su corazón, pudo crear Poe algunos sueños trágicos que llenan de horror sus páginas admirables, en que hay aturdimientos de borracho y calentura de enfermo?

Su vida proyéctase sombríamente en su arte. La voz de su dolor íntimo llora constantemente en sus estrofas con largo grito de desesperación y de espanto. El recuerdo amado de la tísica Virginia, muerta en la flor de la juventud y en plena pasión amorosa, es algo agudo que punza en el alma de Poe, dejando en ella mortal herida que sangra. Así el poeta grita rebelde, en vez de llorar resignado y melancólico, con el sollozo entre sonrisas, que más tarde apareciera en la lírica de Heine.

Las angustias de una embriaguez brutal dejaban honda huella en su espíritu. En plena lucidez, fatigada la imaginación de los pesarosos sueños pasados, volvía á revivirlos intensamente, conservando todo su pálido horror y sus estremecimientos convulsivos. Del alcohólico inveterado, conservaba el escritor, al crear, el ímpetu de la locura. No parece sino que el *delirium tremens*, que después se desató en su desmañado sér,

había germinado y encarnado antes en sus fantasías escritas, fulgurantes de fiebre y pesadilla.

No formó su espíritu el medio ambiente social. A Poe no se puede aplicar el sistema crítico de Taine. Ni el suelo, ni el clima, ni la tradición histórica, ni la presión social de las ideas y costumbres de su tiempo contribuyeron á moldear su arte.

Más bien hay que ampararse al escrutamiento psicológico conforme lo practicaba Saint-Beuve. Fué la vida, su propia vida personal, sin intervención de influencias extrañas, la que fundió á violencia el alma de Edgard Poe. La ruina de su naturaleza trajo su mental desequilibrio.

¿Qué visión de la existencia, qué *joie de vivre* podía sentir aquel pobre sér desde la niñez—muerto su padre alcohólico y su madre tísica,—condenado al azar, á la miseria y á la tristeza, sin un hondo cariño que calentara el páramo desolado de su corazón? ¿Qué ilusiones, qué sueños magníficos podían venir á batir sus alas de hada milagrosa, pregonera del júbilo de vivir, en aquel cerebro, cuyo pensamiento lanzábase á escrutar el misterio, queriendo vivir en el más allá, acaso aterrado, mirando dentro de sí mismo, de encontrar siempre el tremendo silencio de su soledad interior?

La miseria que lo apuraba tal vez despertara en él la rebeldía, el ansia de una libertad espiritual que no hallase más que en los campos de la imaginación en descarrío; el amor, tan presto y trágicamente truncado, al perder el alma que comprendió, acaso no su genio, pero sí su pasión ardiente de enamorado, acabó por hacer más hondo y más lúgubre el vacío de su espíritu ya sin fe.

De ahí nacen esos escapes de la fantasía, que no son más que una liberación de las miserias y de las crueldades de la realidad. ¡Soñaba! Pero, con el amargo dejo que la vida había puesto en él, los sueños de Poe tenían que resentirse del terror y del dolor que siempre experimentara. La quimera lúgubre que reveía, en sus instantes de exaltación al escribir, no

era más que la proyección sombría de su propio espíritu, que iba cobrando forma artística sobre las cuartillas. La pluma iba trazándolas á ratos, bajo la trémula mano, á compás de los golpes de su agitado y doliente corazón.

El arte de Poe nos pone en el rastro de su vida. Pero, con mayor fuerza aún, su obra nos revela toda la pesadumbre de su vivir.

Se compenetran con tan poderoso enlace, que es imposible separarlos. En ningún otro autor es posible que se encuentre tan sólida trabazón. Leyendo sus cuentos, sentimos la sensación de que tras ellos veló el espíritu turbado de un borracho y de un loco, á quien esas anormalidades convirtieron en un gran artista. A lo largo de sus versos parece que oímos la voz de un neurótico que va evocando sus recuerdos y sus exaltaciones con genial incoherencia, como el eco muy lejano de una vida remota.

* * *

Edgard Poe nada tiene de norteamericano. Es algo aparte, y si se quiere completamente exótico en la intelectualidad y en la literatura yanquis. El espíritu y el carácter de los Estados Unidos se hallan impresos en todos sus pensadores y artistas de la pluma, menos en el autor independiente, patriota renegado, Edgard Poe. Él se desvía de la corriente, se aísla, se declara rebelde, y así se singulariza con mayor relieve su personalidad. ¿Es por imperativo de su temperamento? ¿Es porque las condiciones de la lucha por la vida lo hicieron concentrarse en sí mismo, aislarse del medio ambiente, sustrayéndose á la presión espiritual de la sociedad en que vivía? Indudablemente, estos dos factores poderosos contribuyeron á orientar su arte.

Los Estados Unidos, y en ello está su gran fuerza, han mantenido siempre un espíritu rectilíneo. Parece extraño y hasta paradójico. Pueblo constituído de aluvión, por las disgregaciones de otros pueblos y de otras razas, ha logrado una

unidad de carácter y un espíritu rectilíneo que le ha convertido en una sólida nacionalidad. Esa fuerza oculta de afinidades electivas ha sido la que ha hecho, de un conglomerado heterogéneo de colonos, un pueblo.

Sus elementos componentes, en sus orígenes, fueron bien diversos. Los graves puritanos ingleses establecieron en la bahía de Massachussets; los caballeros amigos del placer colonizaron con sus plantaciones de tabaco la Virginia; los liberales holandeses posesionáronse de las orillas del Hudson; los presbiterianos escoceses, de la Pensilvania; los alemanes del Rhin, de las llanuras del Susquēhanna; los católicos británicos, en el Maryland, y los cuákeros que siguieron á William Penn, así como más tarde los mormones y los negros liberados, constituyeron un núcleo de colonización extraordinaria.

No tardó, á pesar de la diversificación de raza, en operarse el milagro de la unificación.

Para ella no fué obstáculo la diferencia de religiones entre los irreductibles puritanos, católicos, presbiterianos, cuákeros y anabaptistas.

Fué en ellos superior á toda idea el sentimiento de la libertad. Rebeldes, celosos de la independencia espiritual, al ser perseguidos en sus países, prefirieron la emigración antes que rendirse y someterse. Y ese sentimiento es tan hondo en el pueblo yanqui, que á través de tantos siglos, todavía se mantiene en pie, actuando en la vida nacional el *self-reliance*, como en los tiempos primitivos de su constitución. Así los Estados Unidos improvisaron su grandeza, porque todas las fuerzas convergían á un ideal común. Así moldearon ese carácter recio, que para conservar su solidez ha creado una disciplina social rígida é inquebrantable. Así ha podido consolidar ese espíritu rectilíneo, intensivo y de conquista, que ha dado tan perfecta homogeneidad intelectual y moral á un pueblo de tan diferentes elementos formados. Una moral austera ha fundido el alma yanqui, y en ella hay que buscar el cuño característico de toda la nación.

La acción política ha estado siempre orientada en ese sentido. No ha habido oscilaciones, saltos bruscos, como en la historia de las viejas nacionalidades europeas. El movimiento político en los Estados Unidos desde remotos tiempos ha marchado por un solo cauce. Por eso ha avanzado tanto. No lo quebrantaron ni revoluciones perturbadoras, ni mucho menos cambios de régimen. Todas sus grandes figuras han sido «profesores de energía», desde Wáshington, Jéfferson y Lincoln, hasta Mac-Kinley y Roosevelt, verdaderos caudillos, conductores de pueblos.

En lo intelectual y artístico márcase la misma garra dominadora en los Estados Unidos. La moral inflexible de los puritanos predominaba siempre. Fué y es el ideal de sus pensadores y la inspiración de sus poetas. A través de sus filósofos, como á lo largo de las páginas artísticas de sus literatos, descúbrese la honda huella de la moral puritana. Así tenía que ser, porque ella estaba latente, viva y tiránica en la entraña de la sociedad yanqui, moldeando sus ideas, sus sentimientos, sus anhelos y sus realidades, informando con rígida disciplina hasta la modalidad de sus costumbres. Sus primeros escritores, en el alborear de su cultura propia y netamente indígena, como Cotton Mather, son teólogos más que literatos. No hay que escarbar mucho en su obra para descubrir ese fondo teológico, principal *leit-motiv*, bajo apariencias torpemente literarias. Cuando el verdadero renacimiento artístico se inicia, los escritores no se desvían un punto de ese espíritu tradicional rectilíneo. Con esa orientación se desenvuelve, progresa, se intensifica y engrandece, hasta llegar á los esplendores de una cultura y de un arte supremos. Todos los hombres de selección intelectual son moralistas, desde Franklin á Emerson, lo mismo que sus poetas de Longfellow á Walt Witman, y sus novelistas de Irving á Nathaniel Hawthorne. Hasta en nuestros días, todo el fondo copioso de un moralista se descubre á través de los humorismos de Marc Twin.

Sólo discrepan, en ese movimiento tan sólidamente encau-

zado, el filosofismo y el arte de Edgard Poe. Sustrajo éste sus talentos á toda influencia del espíritu de su país, pero á la vez evitó también la influencia de la literatura anglo-sajona, que predominaba en los ensayos de entonces para constituir unas letras propias en los Estados Unidos. Wáshington Yrvin, que es el iniciador, ya que no el creador, de esa literatura indígena, si bien conserva un fondo autóctono, es amplio y es cosmopolita, un tanto híbrido con la entraña de su arte romántica y su forma esmerándose en la diafanidad y en la corrección clásicas. Toda su obra bien puede incorporarse á la literatura inglesa, como rama perdida del tronco secular de donde fué talada.

Por entonces, Inglaterra todavía lograba mantener la hegemonía de sus grandes poetas, encontrando fácil acceso en Europa el neo-helenismo de Keats, la lírica de los *lakistas* creada por Wordsworth y la poesía del inspirado estro de Coleridge. El ascendiente de estos escritores también pesó grandemente sobre los escritores norteamericanos, menos sobre Poe. Si quiere buscársele al arte de éste una filiación, y acaso un contacto, hay que ir á los primeros románticos alemanes. Con quien tiene más directo parentesco es con Hoffmann, también neurótico, y también de una fantasía desbordada. En la literatura romántica de Alemania está la génesis del arte de Poe. Su filosofismo es un reflejo pálido de la honda crítica de Goethe, que recogió en su obra toda la preocupación metafísica de su época, y aun pudiera añadirse que de todos los tiempos. Pero, en Goethe, como en Schiller, había también un innovador de la estética literaria. La pasión trágicamente tumultuosa de *Werther* había de tener una larga y profunda resonancia en todas las literaturas del mundo. Ahí tuvo sus orígenes el ciclo romántico, que llena con sus esplendores uno de los períodos más intensos en las letras de todos los países.

También Poe experimentó la sacudida de este nuevo renacimiento literario, en oposición al clásico, que cautivó desde el primer instante á todos los espíritus.

Pero, no por completo. Porque, al estudiarlo, su obra, compleja é intrincada, desconcierta toda crítica. ¿Fué un romántico? ¿Fué un místico? Ambos aspectos espirituales se pueden encontrar en las obras de Poe, sin que por esos rastros se le pueda otorgar un carácter cerrado y una clasificación definitiva.

Tal vez, en el fondo, no fuese más que un tremendo ironista.

*
* *

Dos finalidades se pueden encontrar en los cuentos de Edgard Poe. Su propósito es siempre reproducir estados de conciencia y á la vez sensaciones de horror, violentando el alma y estremeciendo en una crispación dolorosa al más impasible. En sus relatos es cauto, frío y, por tanto, implacablemente cruel. Procede por gradaciones, elaborando, en una larga y sabia preparación, los efectos finales, que son siempre una impresión trágica. Nos aduerme, nos interesa, para á la postre, ya presos de su encanto conquistador, enloquecernos de espanto. Tiene la astucia de la fiera de presa, que juega inocente y frívola con la víctima, para luego, de un súbito y formidable zarpazo, despedazarla entre sus garras. La lectura de los cuentos de Poe tienen para mí la extraña atracción de la mesa de clínica, en que el operador anestesia al enfermo, y después raja su cuerpo á golpes rápidos de cuchilla. Después que la acción del cloroformo ha pasado, el enfermo siente la agudeza del dolor de la herida y el espanto de las mutilaciones. Algo semejante es la impresión que dejan los cuentos de Poe. Cautivan, maravillan, pero dejan una huella, algo como la cicatriz del tajo del bisturí en la carne, que no se borra nunca.

No acierto á explicarme qué es lo que produce en el ánimo más angustia, si la exaltación de esos mórbidos estados de conciencia, que son hondos y apenas se transparentan, pero que se sienten llegar como un soplo helado hasta el fondo del

alma, ó esas visiones de una realidad siniestra, miedos, alucinaciones, presentimientos lúgubres del misterio, amagos y vislumbres inexplicables de la muerte, ó bien el horror de la sangre, el impulso fatal al crimen, cosas que se viven, porque su impresión nos las transmite con un calor de verdad que nos domina.

Todo en su arte es fantasía; pero, por una extraña paradoja, se representa como una abrumadora realidad, y sus visiones más monstruosas las cubre con apariencias corpóreas de una exactitud y de un relieve extraordinarios. Las proyecciones de su cerebro se disfrazan con formas humanas; las preocupaciones se traducen en gestos, en muecas, en algo monstruosamente caricaturesco como las viejas cariátides. Si bien desborda la imaginación, nunca su mundo de fantasía es el *pays du bleu*, ni sus héroes guardan relación con las lindas figulinas de las *feeries*. No; en Poe entra lo soñado y lo vívido; hay una estrecha correspondencia, una perfecta solución de continuidad, trabazón absoluta, lo que Lemaitre llamó *la logique secreta des folies*.

La parte interna de sus narraciones es desolada, como las sensaciones que en ellas transmite son espantosas. Ambos elementos contribuyen á desconcertarnos y oprimirnos como si nos halláramos en la angustia suprema de una agonía. Como en los ríos profundos, que no se ve claramente las piedras del álveo, pero se adivinan ó se presienten sin desvelar nunca su misterio, así el fondo de los cuentos de Poe lo traslucimos á través de las escenas horripilantes con que sabe sobrecogernos. Y el río hondo y el pensamiento oculto en toda obra artística, siempre ponen en nuestro espíritu un acoso de curiosidad y un temblor de miedo.

Acierta Poe á encerrar á mucha hondura la intención que quiere ingerir á través de sus fábulas. Ya es el fatalismo impulsivo, el vértigo moral que arrastra al crimen, ciegamente, á despecho de nuestra voluntad; ya es la inquietud de los remordimientos, *torturing memories*, desconcierto, súbita locura

que entrega desarmada nuestra entereza, aniquilando cálculos y la lógica de nuestros juicios; ya es la obsesión de la muerte y la vida de los muertos que vienen á hacer derivar el curso de nuestra propia existencia, haciendo que el misterio sea más poderoso que la realidad, y que la imaginación loca gobierne nuestras acciones más que los dictados de nuestra razón en equilibrio. Vivimos así una segunda vida, una existencia inmaterial más fuerte, más dominadora que la terrena.

Todos estos filosofismos nos los presenta de la manera más extraña. Nos los hace sentir, mejor dicho, sufrir, al vivo. Esos terrores intelectuales no son vagos. Encarnan y se revelan de un modo plástico. Quedan de un modo permanente en el espíritu después que han desaparecido las sensaciones de espanto con que los relatos alucinantes han sacudido hasta el dolor nuestros nervios.

Asistimos, en *William Wilson*, al peregrinaje del héroe, huyendo por todo el mundo aquel compañero, fatídico é implacable, que á todas partes le sigue, acusándolo, exhortándolo, con una tenacidad sin límites. Y un día, después de una noche de crápula, para librarse de su persecución, lo asesina. En vano. Aun con las manos tintas en sangre, al volver el rostro encuentra la imagen en un espejo, convulsa y pálida. No: es imposible matar la conciencia.

¿Y el remordimiento? ¿No va siempre espiando dentro de nosotros en silencio? ¿No surge indefectiblemente en cada crimen?

En *Corazón revelador* nos da Poe esa enseñanza, antigua como la primera culpa del hombre. Cometido el crimen, el cadáver enterrado en el piso de la habitación, toda huella delatora ha desaparecido. A presencia del criminal la policía registra infructuosamente. En el silencio normal de la habitación, sólo el culpable oye aquel ruido seco, persistente, un tictac extraño. Inútilmente alza la voz y remueve las sillas. El ruido crece, se agudiza, hasta que, loco, grita con acento de terror y angustia: «¡Ahí está!... ¡Es el latido de su horrible corazón!»

El remordimiento informa también *El gato negro*. Todo acto perverso deja una huella que lo denuncia. Aquí, enterrado el cadáver en el hueco de un muro, el criminal se retira tranquilo cuando siente un maullido, débil al principio «como el sollozo de un niño», que va creciendo, enronqueciendo hasta estallar como un grito, como un alarido.

Las impresiones de terror las comunica con una viveza y una intensidad verdaderamente obsesionantes. Llega el frío hasta los huesos, y no parece sino que somos los protagonistas á la visión de aquel hombre clavado en la silla, medio loco de espanto al escuchar los golpes con que su hermana, encerrada viva en el ataúd, se esfuerza inútilmente en abrirlo; lo mismo ante aquel viejo, despertado por las pisadas del ladrón y asesino que ha entrado en su alcoba, é incorporándose en el lecho, espía el silencio y la sombra, inmóvil, aterrado, esperando el golpe de muerte.

Acaso más extraño, y sin duda alguna más profundo que en sus cuentos, se revela Poe en sus versos. En él, como de Hoffmann decía Heine, «la poesía es una enfermedad». Su fantasía se despliega con mayor amplitud en regiones más llenas de terror y de misterio. Los paisajes que sueña son fantásticos, con esas lejanías extrañas de los lienzos de Patinir. Ese mundo ideal, envuelto en una niebla pesarosa, inquietante, más que de *rêve*, de *cauchemar*, como en plena pesadilla que se sufre despierto, vagan fantasmas, imágenes de recuerdos, espectros de espíritus que fueron seres reales y acaso no lo fueron; sombras de indecisos contornos; sombras blancas, envueltas en mortajas luminosas, pero sin luz, como las fosforescencias de los pudrideros y los fuegos fatuos de los camposantos, que aterrorizan á los supersticiosos aldeanos, creyéndolos almas errantes, dolientes, todavía en pena.

Leyendo *El gusano conquistador*, ¿quién no ha sentido el calofrío trágico, un espanto sin nombre, lo que Víctor Hugo apellidara «un temblor nuevo»?

Es una visión que angustia. ¡Esa cosa, roja de sangre, que

irrumpe la escena retorciéndose! ¡Ella se retuerce! ¡Ella se retuerce! ¡Todas las luces se apagan, todas! Y sobre cada forma trémula, el telón, un amplio paño mortuorio, cae con la violencia de una tempestad. Y los ángeles, todos pálidos y descoloridos, levantándose y quitándose los velos, afirman que este drama es una tragedia que se llama el hombre, y cuyo héroe es *El gusano conquistador*. ¡Ah, ese gusano, cuyos dientes trituran coágulos de sangre humana!

¿Y *El cuervo*, su obra magistral? Ella sola es la ejecutoria de un gran poeta. Esas cuantas estrofas valen por una epopeya.

A la hora de la media noche, lúgubre el poeta, débil y fatigado, lee un curioso libro de una doctrina olvidada. De pronto oye como si golpearan la puerta de su habitación. Después del primer sobresalto, ahogando los latidos de su corazón, se levanta y abre de par en par la puerta. Mira, y no ve nada; escucha, y nada oye. Un poco más tarde, un segundo golpe suena. Ahora es en la ventana. Al abrir las maderas entra un cuervo majestuoso, batiendo las alas, yendo á posarse, después de revolotear, sobre un busto de Pallas colocado encima de la puerta. El ensoñador interroga al ave siniestra, colocada frente á él, en su sillón, el corazón quemado por aquella mirada de fuego, sobre el porvenir, sobre el más allá de la muerte. A cada pregunta, el cuervo responde con el mismo implacable estribillo:

¡Never more! (Nunca.)

¿Encontrará algún día un bálsamo para su dolor? *Never more*. En el Edén lejano, ¿no podría recibir en sus brazos una virgen santa, á quienes los ángeles llaman Leonor? *Never more*.

Esa repetición del estribillo es un *ritornelo* doloroso, como un desgarramiento, como una deprecación, como un quejido y un sollozo. Toda la infinita tristeza de la desesperanza humana parece que llora en la desolación de esos versos, sombríos como el destino, de impenetrable misterio como la muerte.

* * *

Preterido durante largos años estuvo Poe en su país de Norte América. Al enterrar los restos mortales de aquel pobre hombre, lleno de vicios y de miserias, muerto de un ataque agudo de alcoholismo con accesos de locura en el hospital de Balthimore, los yanquis creyeron también enterrado en el olvido el talento de su más grande poeta, el más original y más profundo, incluyendo á Longfellow y á Walt Whitman. Había que borrar todas las trazas de aquella figura deshonrosa y á la vez infortunada de aquel pervertido moral, así en su vida como en su arte.

Un enorme silencio se hizo en torno al nombre de Edgard Poe en los Estados Unidos. ¿No se le reconoció su genio? Es muy fácil que así aconteciera en los primeros años, porque su labor literaria oponíase, gallardamente rebelde, á los gustos literarios y aun á las mismas ideas estéticas, todavía predominantes en su época, allá en su tierra de origen, que no era, sin embargo, su país espiritual, su patria adoptiva.

Pero en ese desvío entran también la repulsión del sentido moralista del pueblo yanqui, moldeado por el puritanismo de su tradición que sobreviene á todos los movimientos intelectuales modernos, repugnando el contacto, mejor dicho, la contaminación de otras ideas que no sean las suyas propias; esa disciplina doctrinaria que hacía rechazar la moral disolvente, amarga y pesimista de Poe, derramada en sus libros, y aun mucho más rechazar la historia poco ejemplarizadora de aquel anormal, vicioso y corrompido, que había escandalizado con sus costumbres intemperantes á los sobrios ciudadanos de New-York, de Richmond y de Balthimore. ¿Cómo consagrarlo como gloria de los Estados Unidos?

El orgullo de la póstuma reivindicación del poeta quedó reservado á un europeo, Bandelaire, hermano espiritual, uno también de los neuróticos del siglo y á la vez uno de los más grandes poetas contemporáneos. La cuna de Edgard Poe está en América; su nacimiento espiritual hay que buscarlo en Alemania; su exaltación á la inmortalidad, haciendo jus-

ticia á sus altísimos méritos, está en la generosa Francia.

Antes que en América recabasen la gloria de Poe, conquistándola como ahora hacen celebrando su centenario, ya Europa le había otorgado admiraciones las más fervorosas.

Durante años, la crítica, después del trabajo de Bandelaire, habíase consagrado á estudiar profundamente su obra, desentrañando su carácter. Desde Emile Hennequin á Arvede Baringe, el espíritu atormentado de Poe, reflejado en sus cuentos y en sus versos, fué estudiado con devoto entusiasmo y admirable sagacidad analítica.

Pero el mayor reconocimiento de su genio está en la influencia que el arte de Poe ejerció durante medio siglo sobre las letras europeas. No hablo de la novela científica que tiene su punto de iniciación en *El escarabajo de oro* y en *Hans Pfaal*, y que más tarde tan prodigioso desenvolvimiento y tan reconocida plenitud tuviera en Julio Verne, y actualmente en las creaciones del mundo futurista de Wells.

Su huella espiritual está bien señalada en la novela del ciclo naturalista. Repercute, con la exaltación alucinatoria del remordimiento, en Dostouyeski y en Tolstoy, en Zola y en Rod. Y en cuanto á la visión trágica de la vida, con sus hábiles efectos de terror que sacuden violentamente el alma, ¿dónde fueron á iniciarse Barbey d'Aurevilly, Maupassant y Lemonnier? ¿Dónde ha encontrado Meterlinch esa pujante fuerza de misterio, esa vida oculta, que también parece de alucinación y de ensueño doloroso, que reconcentra tan intensamente en su teatro desde la *La Intrusa* á *Los ciegos*? ¿Dónde tienen su genealogía los silencios, espantosamente elocuentes, de los versos de Rollinat? ¿Dónde todo el ambiente extraño de Bandelaire y el sadismo de Jean Lorrain?

A todas estas modalidades de la literatura contemporánea hay que buscarle su punto de origen en el arte de Edgard Poe, maravilloso visionario de mundos fantásticos, poeta del enigma aterrador del misterio, sombría y fatídico como el cuervo que cantara.

Las impresiones de horror que sus compatriotas y contemporáneos desconocieron, más tarde han alucinado, ya en su primitiva sencillez, como las dió Poe en su época, ya más intensas, más crueles y exquisitas, más hondas y revestidas de más artística forma, como las reprodujeron los grandes novelistas, dramaturgos y líricos de los tiempos nuevos.

ANGEL GUERRA

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL EJÉRCITO ESPAÑOL

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL
ATENEU BARCELONÉS

Hace diez años que ocurrió nuestro desastre colonial. El último jirón de nuestro imperio ultramarino, condenado por los errores de las generaciones de cuatro centurias á su pérdida, fué definitivamente arrancado de nuestros dominios. La rota de que nos hizo objeto la pujante Norte-América, hizo efectiva la supresión total de las colonias hispanas, supresión que desde Colón acá se había preparado, no enviando allá más que la escoria de nuestros hijos, que sólo se preocupaba de satisfacer pasiones bajas de codicia, sin fijarse para nada en la estela de odio dejada tras sí, ni en el montón de venganzas sembradas.

Entonces, al golpe cruel, recibido de quien menos creímos, la congoja invadió nuestro ánimo, y tristes y pesarosos vimos destruída, poco menos que para siempre, la legendaria fama de *quijotes*, que por sí y ante sí nos habíamos adjudicado. Nos habíamos contemplado demasiado gigantes, habíamos diputado pigmeos á los yanquis, y al golpetazo rudo que la realidad nos preopinó, tanto nos amilanamos, que pasamos á vernos demasiado chicos, y con el desengaño á todos agrandamos.

En condiciones tales, se habló de la necesidad de que triunfara el criterio de Sancho Panza, se despreció toda la leyenda, se pidieron llaves y más llaves para cerrar el sepulcro del Cid, y todos nos recogimos en la casa solariega á trabajar por la reconstitución patria. Que hubo algo de exageración en el

movimiento, nadie lo duda; pero que la reacción fué beneficiosa, está probado.

De entonces acá, todas las colectividades, todos los organismos han trabajado sin reposo; de todos se podría hacer el inventario de su labor. Sólo la del Ejército permanece diseminada, sin que la síntesis la haya prestado unidad, debido, sin duda, á que ha progresado aisladamente por el esfuerzo parcial de individuos entusiastas, pero sin nexo, sin el lazo que representa lo que pudiéramos llamar *progreso orgánico*, encomendado exclusivamente al Poder Ejecutivo.

Proporcionar datos para ese inventario, señalando el estado presente del organismo militar y marcando el camino á recorrer, es mi propósito. Ello he de hacerlo sin grandes extensiones; el cuadro resultaría muy pesado, y yo sólo aspiro á delinear el boceto.

*
*
*

Cualquiera que siendo profano haga un estudio sereno sobre el organismo militar de España, nota que la tropa, la primera materia humana, es excelente; que entre la oficialidad, la hay prestigiosa y culta, y, sin embargo, llega á persuadirse hasta la evidencia de que *en España no existe un Ejército bien organizado y bien dotado*, que responda á las necesidades del país, á sus esperanzas y al criterio de ese núcleo de oficialidad lucida que en libros y folletos, conferencias y cátedras están abogando constantemente por reformas que nunca llegan.

Los políticos no niegan nada al Ejército. Cuando se habla con los generales que han desempeñado el ministerio de la Guerra, se les oye que jamás encontraron estorbos ni intromisiones en sus compañeros de gobierno. El país quiere al Ejército, y le rodea de múltiples consideraciones, ya que ese antimilitarismo que en Francia hace estragos y en Alemania é Italia va haciendo también prosélitos, aquí resulta exótico, y sólo una minoría separatista que reniega de la patria es la desafecta al Ejército, como tangible representación de la misma.

Generales que conozcan las necesidades del organismo armado para responder á la significación mundial de España, también los hay; el proyecto de reformas del general Luque vale por una revolución. Jefes y oficiales de valía notoria abundan bastante; los nombres de Madariaga, Marvá, Martín Arrué, Ibáñez Marín, Barado, Banús, La Llave, García Alonso, Olavarría, Burguete, Aramburu, Amorós, Blázquez, Altolaguirre... y mil más, son prueba evidente de que en el seno de la familia militar se trabaja con afán.

Y, sin embargo, el tiempo pasa, y el Ejército sigue en malas condiciones. Hay materiales para reformarlo, hay arquitectos con buenos planos, hay obreros inteligentes para realizarlos. ¿Por qué no se hace? Las causas de este mal son las que me propongo reseñar.

Desde luego hay que apresurarse á anticipar que la culpa de la mala situación militar de España no hay que buscarla en la deficiencia del presupuesto. Quienes no pasan de arañar la corteza de las cosas, sin preocuparse de descender á la observación de la medula, se fijan sólo en la penuria que rodea la vida del oficial, la mala disposición de los cuarteles, la escasez de material, y en seguida sacan la consecuencia de que el presupuesto militar español es escaso. Quienes sufren contribuciones directas, que por su carácter se hacen más insoportables, á pesar de que siendo las menos vejatorias son las más justas, claman contra la partida de gastos militares, haciendo comparaciones con lo que se invierte en instrucción y obras públicas. Y lo cierto es que ni unos ni otros tienen á la razón por aliada, puesto que no se detienen á observar los unos que por razones de situación geográfica y de destino histórico que la tradición impone y ampara, España no puede descuidar su poder militar, como la nación belga ó los Países Bajos; ni se fijan los otros en que lo gastado en España resulta equilibrado á las necesidades de tales ídoles. En una palabra: España gasta en el Ejército lo que debe gastar aproximadamente; ni se debe pedir aumentos, ínterin no haya un cre-

cimiento de la riqueza nacional, ni se debe pedir supresiones, para no correr el riesgo de desatender los intereses de la defensa patria.

Y como los números son los que más elocuentemente hablan, á continuación pongo lo que Inglaterra, Francia, Italia y España gastan en totalidad y en Guerra, con el tanto por ciento comparativo arrojado por esas cifras:

	Presupuesto total. — <i>Millones de pesetas.</i>	Presupuesto de Guerra. — <i>Millones de pesetas.</i>	Tanto (por ciento.)
Inglaterra.....	3.569	694	19,16
Francia.....	3.910	777	19,69
Italia.....	1.945	277	14,24
España.....	1.023	157	15,34

No he hecho comparaciones con Alemania, porque el régimen confederativo de ésta da á los presupuestos una estructura orgánica distinta; pero descontada Germania, las tres naciones con las que establezco la comparación, son las más similares á nosotros, por las relaciones que sostenemos.

En el tanto por ciento de lo que cada una de dichas naciones gasta en Guerra, se observa que el de Italia es inferior al nuestro, y, sin embargo, goza del rango de potencia de primer orden, y si los de Inglaterra y Francia resultan algo mayores, justo es tener en cuenta que el ejército inglés es mercenario, y el francés está constituido con el servicio militar obligatorio, regímenes y sistemas que son indudablemente más caros que nuestro servicio de reclutamiento por conscripción.

Las causas primarias de que el poderío militar de España no está en consonancia con las cifras del presupuesto invertido en tal clase de atenciones son, en rigor, dos:

- 1.^a El exceso de personal, y
- 2.^a El no existir un núcleo de *oficialidad de complemento*, que sirva para tener, sin gastos del contribuyente, una masa de oficiales disponibles para la constitución de las reservas, de

esos ejércitos territoriales tan admirados en otros países, principalmente en Alemania, que ofrece excelente ejemplo con su *ladusturm*.

De ambas causas derivanse otras, como obligada consecuencia, pues invirtiendo cantidades excesivas en el personal, necesariamente tiene que ser para el mismo escasa la retribución, deficiente la instrucción práctica y mal organizado el sistema de ascensos y recompensas, estímulo de todo progreso, base de emulación en toda reforma evolutiva.

Al lado de estas razones, otras contribuyen al mal lamentado, tales como la mala distribución de algunas partidas en el presupuesto; la profusión de gratificaciones, que no todas responden á una recompensa justa de trabajos; la movilidad política, que tiene en perpetua danza á los ministros, imposibilitando toda obra de regeneración positiva, etc., etc.

*
* *

Lo primero que salta á la vista es el excesivo personal que nutre las escalas militares, produciendo un enorme desequilibrio que hace pesadas las cargas de guerra y que dificulta la retribución adecuada de la oficialidad.

Comparando contingentes totales, número de oficiales y tanto por ciento de proporcionalidad que la comparación arroja, el resultado que se obtiene para Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y España es el siguiente:

	Contingente militar — <i>Hombres.</i>	Número de oficiales.	Tanto por ciento.
Alemania.....	600.000	25.111	4,18
Inglaterra.....	60.000	4.692	8,27
Francia.....	626.000	30.000	4,79
Italia	271.000	13.751	5,07
España.....	80.000	13.754	17,19

La constitución mercenaria del ejército inglés requería, en buena lógica, una oficialidad más abundante, pues el soldado mercenario se recluta generalmente en las clases más indisciplinadas de un país, entre la escoria de sus habitantes, y se ha de necesitar una acción inmediata, directa y fuertemente intensiva para evitar relajaciones de espíritu, totalmente incompatible con los buenos principios rectores de la colectividad armada. Y efectivamente, Inglaterra sostiene una oficialidad que, según nos dicen las anteriores cifras, es proporcionalmente doble á la sostenida por Alemania y Francia. Pues bien; á pesar de eso, España sostiene una oficialidad más que doble de la que tiene Inglaterra; es decir, que aquí existe un número de oficiales que cuadruplica al que existe en Alemania.

El resultado no puede ser más pernicioso. En tanto que en esas otras naciones los oficiales pueden ejercer jurisdicción de mando sobre bastantes hombres, aquí la cifra de soldados que á cada oficial corresponden es verdaderamente irrisoria. No hace mucho que el jefe del partido liberal, Sr. Moret, demostraba en un discurso parlamentario que cada regimiento de infantería constaba aproximadamente en época normal de unos 300 hombres, de los cuales 222 son de aquellos indispensables (sargentos, cabos, músicos, ordenanzas, los que han de cuidar el cuartel, etc.), con lo cual el elemento efectivo de cada uno viene á ser *de setenta y ocho hombres!* Y no sólo por lo que respecta á la parte técnica se obtiene tal resultado, sino que igualmente deplorable resulta el aspecto económico, toda vez que la cantidad invertida proporcionalmente á cada oficial con que se cuenta, entre nosotros es mucho menos que en ninguna otra de las naciones á quienes hemos elegido como tipo de comparación.

Las siguientes cifras hablan con soberana elocuencia de lo apuntado:

	Cantidad invertida con relación á cada oficial. <i>Pesetas.</i>	Número de soldados correspondientes á un oficial. <i>Pesetas.</i>
Alemania.....	»	23
Inglaterra.....	139.864	12
Francia.....	25.900	20
Italia.....	20.144	20
España.....	11.414	6

El exceso de personal es indudable en el Ejército español. ¿A qué se debe? Sencillamente á nuestra imprevisión de no haber tenido organizada una buena oficialidad de complemento, lo cual ha sido causa de que en toda contingencia extraordinaria, la primera necesidad sentida haya sido la apertura de cauces para que entraran en el Ejército más y más oficiales. Y efectivamente, al terminar la última guerra civil, el Ejército estaba pletórico de oficialidad; y cuando aun ésta agobiaba los escalafones, vino la guerra filipina y después la insurrección cubana, y se creó de nuevo oficialidad abundante para suplir esa complementaria, de que nosotros aún carecemos. Perdido después nuestro imperio ultramarino, esa oficialidad, creada en circunstancias excepcionales (¡hubo promociones que hicieron en un año los estudios que ahora duran tres!), mas la que normalmente requería la posesión de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, tuvo que refundirse en el Ejército peninsular, y así resulta que, habiendo sufrido la clase militar amortizaciones monstruosas, algunas del 75 por 100, y estando aún sufriendo, al cabo de diez años, la amortización del 25 por 100, hay aún ese exceso de oficialidad, que asciende á la cifra de 17,19 por 100.

Este mal resulta aumentado, desgraciadamente, á consecuencia de que en España el retiro se impone á edades muy avanzadas. Los tenientes generales permanecen en la sección de actividad hasta los setenta y dos años; los coroneles, hasta los sesenta y dos, y en algunos Cuerpos hasta los sesenta y cuatro; y análogamente, en las demás categorías. Hoy la vida

militar, efecto de la escasez de recursos disponibles para maniobras y escuelas prácticas, es bastante sedentaria; así es que, aun cuando la salud sea poca, el jefe permanece en filas ínterin no pierde la esperanza de ascenso, y aun á veces sabiendo que no puede ascender, con el fin de defender la diferencia de sueldo activo y pasivo. El general Luque, en su proyecto de reformas, que, en mi sentir, debe ser el banderín de enganche para cuantos aspiren á reconstituir un ejército sobre bases sólidas, propuso la rebaja de edades para el retiro, que quedaban en los siguientes límites:

Subalternos, cuarenta y ocho años; capitanes, cincuenta; comandantes y tenientes coroneles, cincuenta y seis; coroneles, cincuenta y ocho; generales de brigada, sesenta y dos; generales de división, sesenta y cuatro; tenientes generales, sesenta y ocho.

Con esta reforma y con una revista de inspeccion ejecutada en unas maniobras para lograr que sólo la aptitud física esté en filas, puede solucionarse el problema capitalísimo del Ejército: el exceso de oficialidad. El escollo está en el aumento de Clases pasivas, que gravan ya al presupuesto en más de setenta y cuatro millones de pesetas; pero es hora de pensar en si es más fructífero el hacer de una vez los gastos precisos para echar los cimientos de un poder militar efectivo, ó el seguir gastando en las apariencias de dicho poder. Esto aparte de que el retiro puede variar de concepto y no suponer la liberación de toda carga, la exención de todo trabajo, sino el apartamiento de las filas activas para pasar á prestar servicio en oficinas, en destinos sedentarios, que no requieran una consagración plena y absoluta de las energías físicas y psíquicas, hacedera tan sólo en el período de la verdadera vitalidad.

En Alemania, las edades máximas del alto mando son inferiores en siete años á las de España; el ejército búlgaro, organizado modernamente, debe su carácter ofensivo á la juventud de sus oficiales, tan extremada ya, que el general más viejo tiene cincuenta y seis años. En España, el oficial se consume

en los empleos inferiores, y llega á los de jefe con sus ilusiones agostadas y sus energías muertas. En el extranjero suele ser frecuente la permanencia bastante prolongada en los empleos de teniente y capitán; pero es con el objeto de que se verifique una selección indirecta, depurando las escalas de todos los que no sientan verdadera vocación por la carrera de las armas; pero luego, en el resto de los empleos, el ascenso es rápido. Aquí, como la permanencia en los empleos no obedece á esos principios, sino que es tan sólo efecto de lo abarrotadas que se encuentran las escalas, no tiene lugar sólo en los empleos inferiores, sino que se perpetúa en todos los sucesivos, haciendo que los más rosados ensueños cedan ante las negras tintas que la realidad ofrece.

*
* *

Al mal que venimos describiendo da origen otra causa, juntamente con el exceso de personal, y es la carencia de una oficialidad de complemento. Si ésta existiera, se tendría el esqueleto de un ejército de reserva, sin gastos para el Erario nacional; y así, pagando el contingente de paz, se dispondría en cualquiera eventualidad del contingente de guerra. Como no existe, tenemos que pagar las reservas, que, como es natural, supone un núcleo inactivo en período normal, gravando considerablemente el presupuesto.

La creación de la oficialidad de complemento está subordinada á la rebaja de edades para los retiros y á la instauración del servicio militar obligatorio. El día en que ambas cosas se realicen, tendremos un conjunto de retirados en condiciones de prestar el servicio de segunda línea, y además una porción de jóvenes, á quienes se les podría conceder la exención del servicio activo después de un período obligatorio de instrucción, siempre que acrediten, mediante un examen teórico-práctico, que se hallan en condiciones de obtener el título de oficiales de la reserva. Unos y otros podrán ser base de la ofi-

cialidad de complemento, que resultaría gratuita, pues los retirados, únicos que cobrarían, ejercerían un cargo burocrático.

* * *

Hemos visto que hay un exceso de oficialidad grande; pero á éste hay que sumar el que, por eso mismo, la retribución no responde á las necesidades sociales de la clase militar; que la instrucción, en vez de ser exageradamente experimental y práctica, adolece del defecto, general á toda la instrucción española, de ser con exceso teoricista, y que el régimen de ascensos y recompensas no tiene la organización adecuada para lograr la selección y el estímulo.

En cuanto á la retribución, suele parangonarse el sueldo del oficial español con el de otros oficiales europeos, el francés entre ellos, que sólo excede en una veintena de francos mensuales al nuestro. Desde luego, la comparación no se hace actuando con terminos homogéneos, pues la carestía de la vida es hoy mayor en España que, v. gr., en Alemania y Francia. Además, consideraciones tradicionales, costumbres inveteradas, hacen que el oficial francés ó alemán pertenezca á las clases aristocráticas y pudientes, lo cual le permite realizar matrimonios ventajosos, en tanto que el oficial español vive, por regla general, atendido á su sueldo, insuficiente á todas luces para las exigencias sociales de la vida moderna. Hoy, por término medio, se asciende á capitán á los treinta y dos años; á esta edad lo natural es haber constituido un hogar. ¿Puede mantenerse éste con 190 pesetas mensuales?

Es claro que no puede ponerse en duda que el patriotismo debe ser virtud bastante para que el militar haga el sacrificio de todas las energías físicas é intelectuales de que pueda disponer en aras de la adquisición de idoneidad para su servicio propio; mas no hay que olvidar que el hombre es compuesto de alma y cuerpo, y por mucho que el alma se esfuerce por volar, el cuerpo tira hacia la realidad de la vida. El jefe ú oficial

que cuenta con poco sueldo, que tiene tras sí una familia que demanda pan, que pide hogar, que quiere vestido y que tiene contemplándole una sociedad que le exige cierta posición social, cierto brillo y ostentación, fijándose en nonadas, en verdaderas niñerías, llega un momento en que no tiene más remedio que echarse en brazos de otra profesión que la del servicio de las armas, pero que le proporciona algo, un sobresueldo con que atender á las necesidades imperiosas que la familia y la ley le exigen. ¿Cómo se logra esto? Restando tiempo al servicio, abandonando los estudios propios de la profesión, resignándose á ser uno más en el montón anónimo de la Corporación, y dedicándose con alma y vida á esas otras ocupaciones, que son las que le redimen de la servidumbre del hambre. La panacea para evitarlo se reduce á tener el minimum de Ejército con el maximum de retribución; estando el militar bien retribuído, sin los apremios de la vida, sin las perentoriedades económicas, se dedicará á sus estudios, á las labores propias de su carrera, y se obtiene una positiva ventaja en el Ejército.

* * *

La enseñanza militar no es lo práctica que debiera. En primer lugar, faltan las maniobras, verdadera escuela para el aprendizaje de la guerra. En la maniobra se forma, por emulación y estudio, el oficial, y releída es la frase de Von der Goltz, de que «del espíritu de la oficialidad depende el del Ejército entero». En Alemania, las maniobras imperiales que se celebran todos los años constituyen un examen, en el que se selecciona lo útil, relegando lo inútil, y así el oficial invierte el año entero en el estudio, porque sabe que su esfuerzo será recompensado, y así el mérito verdadero escala con rapidez las jerarquías superiores. En España, carentes de los fondos necesarios para verdaderas maniobras, nos contentamos con simulacros, que no adiestran lo suficiente.

Aparte de esto, en las mismas Academias militares no hay

plan que atienda lo debido al aspecto experimental á que tanta importancia se concede en la enseñanza por la Pedagogía moderna. No falta centro de ellos en que sale el oficial conociendo á la perfección las carreteras y ferrocarriles que existían en Francia en 1870, y, sin embargo, no posee el conocimiento de los que actualmente posee España. El plan de estudios resulta en todas las Academias militares sumamente recargado, y con ello se da lugar á un atiborramiento intelectual, muy propenso á indigestiones y empachos.

No deja de tener culpa el empeño en conservar dos clases de subalternos (segundos y primeros tenientes), cuando sólo debiera haber una, y el otro empleo ser el período práctico en que se consolidaran los conocimientos teóricos adquiridos.

Pero sobre todo, hay una culpa que no puede ocultarse, y es que la falta de contrastes del saber en toda la vida militar, por larga que sea, obliga á que se exija al alumno *todos* los conocimientos precisos en *todas* las categorías y jerarquías, desde soldado á generalísimo.

*
* *

Quedan por apuntar en este sucinto inventario de las causas más importantes que originan nuestra decadencia militar, dos: el mal sistema de ascensos y el mal sistema de recompensas.

Indudablemente, los móviles puros y desinteresados en las determinaciones psíquicas del hombre, son privilegio exclusivo del genio, y no hay que pedirlos al común acervo. Todos trabajamos por un estímulo, por una gloria ó un provecho, y por eso, donde el estímulo desaparece, el trabajo cesa. En el Ejército español no puede haber estímulos, porque ni las recompensas tienen las gradaciones debidas que la flexibilidad del mérito exige, ni los ascensos se basan en consideraciones propias para que la emulación exista.

Hablemos del ascenso.

El ascenso es por *rigurosa antigüedad*. El número dos de

una promoción sigue siempre (salvo el caso de que como pena se imponga una postergación) tras el número uno, y de nada servirán sus esfuerzos por acrecentar sus conocimientos; de nada servirá que unánimemente lleguen á reconocérsele cualidades excepcionales, pues nunca podrá elevarse más que los anteriores en la escala, aunque sea una gloria nacional. Sólo en el generalato el ascenso es por elección; pero como ésta no es por oposición ó concurso de méritos, resulta más expuesta á las exigencias del favor que á los requerimientos de la justicia.

El general Luque, que, como ya hemos dicho, es el gran reformista, el depositario de la única bandera, á cuya sombra es posible la reconstitución de nuestro poder militar, propuso un sistema de ascensos, mitad por antigüedad y mitad por elección. Esta se basaba en informes de los jefes inmediatos, certificados de aptitud física, permanencia en el empleo durante un cierto número de años y examen. Este es el único medio de lograr un continuo remozamiento intelectual y físico en las escalas; es el único medio de empujar al apto y de cerrarle el paso al inepto. Lo contrario es defender la ignorancia por el mero hecho de que se encierre bajo una cabellera de plata.

La antigüedad por si sola cercena ilusiones, agosta esperanzas, atrofia el cerebro, mata el estudio, cierra por completo las puertas al estímulo, y hace que el oficial ó el jefe se abandone, y se contente con esperar á que la muerte ó los años vayan haciendo desaparecer los que le preceden en el escalafón. La antigüedad se ha defendido—y aun hoy es justo confesar que tiene más partidarios que detractores—por los abusos á que la elección se presta. ¡Abusos! ¿Y dónde no los hay? Pero resultará siempre preferible que entre cien idóneos suba un inepto, que no el que los cien idóneos queden sepultados en una fosa común con tal de que el inepto no suba. ¿No podrían disculparse todos los abusos del sistema electivo, con tal de que se lograra dar paso al genio de Napoleón ó al talento de Moltke?

Y no es esta opinión esporádica, sino que es la dominante en todos los tratadistas militares. «Al huir de los grandes y evidentes males que produjo en otros tiempos el favoritismo—dice el coronel marqués de Mendigorria,—el Ejército ha venido á caer en los males peores á que nos arrastra el sistema diametralmente contrario.»

«No se diga que la igualdad de estudios y servicios—dice el ilustre comentarista de las Ordenanzas, Vallecillo,—haciendo inecesaria la elección, por igualar la idoneidad y el mérito, justifica la absoluta antigüedad, porque, cabiendo dentro de esta noble igualdad, la *sobresaliente aplicación y talento*, es de rigurosa justicia que estas cualidades de *talento y aplicación sobresalientes equivalgan á la mayor antigüedad.*» «Cuando haya un puesto que ocupar—escribía Almirante en 1867,—anúnciese por carteles, y ya veréis cómo, rompiendo por la apiñada muchedumbre de tímidos espectadores, saltan al palenque hombres de frente levantada y corazón ávido de gloria, torpes y flojos en las luchas de antesalas, pero serenos y fuertes á la luz del sol, en campo abierto, donde la justicia preside en alto y visible tablado, donde el aplauso corona al vencedor y queda también para el vencido la simpatía respetuosa que siempre excita al valor desafortunado.» Y el general Madariaga, uno de los escritores militares de más fibra y de menos aluvión, dice en sus *Cuestiones militares*: «Somos adversario de la antigüedad absoluta para ascender, porque esa antigüedad absoluta está condenada por las Ordenanzas; porque es perjudicial para el Estado é injusta para los individuos, desde el momento en que nada concede al mérito y todo á los años; porque destruye el espíritu militar, no estimulando las cualidades requeridas para el ejercicio de los empleos, y porque pone el mando, no en manos de los más aptos, sino de los que han vivido más... (sin que quiera esto decir que no se reúnan en algunos casos estas dos circunstancias; pero entonces, no por ministerio de la ley, sino por la ley de la casualidad).»

No es moderna la doctrina del ascenso por elección; desde muy antiguo se ha comprendido que es el único sistema defendible para tener Ejército. Scarión Pavía, á fines del siglo xvi en que escribió su *Doctrina militar*, se expresaba así: «Estos oficios de sargento mayor y ayudante, según la opinión de muchos y mía, no se han de dar por favor, porque no pertenecen á todo género de hombres; mas débense dar por valor de persona, satisfacción de servicios y plática del arte militar, por *examen público*.» Vegetio y Diego de Salazar escribieron: «Los guerreros, cuando los ponen en la guerra, se conservan con la esperanza y con el premio.» El marqués de Santa Cruz observó que si nadie aguardase aumento sino á fuerza de vivir, serían pocos los que diesen hacia el peligro un paso más que lo puramente preciso para no perder la reputación.

Es más: nuestras Ordenanzas militares, el más sabio Cuerpo legislativo que poseemos, quizás no solamente en el orden militar, sino en todos los órdenes, contenían en sus preceptos el ascenso electivo, proscribiendo en absoluto, como fatal y expuesto al abandono intelectual, el régimen basado en la mera antigüedad. He aquí un par de muestras: «Ni su nacimiento *ni su antigüedad* deben lisonjear su confianza para el ascenso, porque el que tuviere una ú otra de estas cualidades, es más *digna de olvido* si se descuida contentándose con ellas», se lee en el artículo 2.º, título VI, tratado 8.º «El buen desempeño del capitán en todo lo expresado recomendará muy particularmente su mérito, y en él debe fundar, *mucho más que en su antigüedad*, la esperanza de sus ascensos», dice el art. 2.º del título X, tratado 2.º

Esta es una de las piedras angulares de un buen edificio orgánico militar, y á eso que ya se atiende en todas las naciones es preciso atender en España.

El temor al favoritismo, que mantiene el sistema de ascensos por antigüedad es más ilusorio que real; pero suponiendo que fuera justo, siempre resultaría una muestra de debilidad en las propias fuerzas para defender la equidad, el renunciar á

lo que, siendo signo de emulación, es camino seguro de perfeccionamiento y adelanto.

*
* *

Podría ser disimulada la maldad del sistema de ascensos con la bondad del régimen de recompensas; pero, desgraciadamente, al criticar las recompensas reglamentarias en España, no hay más remedio que acentuar las notas del pesimismo. Refiriéndonos tan sólo al tiempo de paz, á la época normal, ¿hay gradación debida en las recompensas? Evidentemente que no.

Existe una cruz blanca del Mérito Militar, tan prodigada, que casi no se aprecia; existe una mención honorífica, y existe la cruz pensionada, que se divide en dos categorías: una con el 10 por 100 del sueldo hasta el ascenso al empleo inmediato superior, y otra con el 10 por 100 hasta el ascenso á general ó retiro.

Con este sistema pueden darse los siguientes casos: Un oficial, próximo al ascenso á capitán, publica una interesantísima obra, reveladora de conocimientos profundos y de cultura vasta; se le otorga la cruz pensionada, y está sólo en posesión de ella tres meses. ¡Ha percibido como recompensa por tan notable obra la cantidad de *doce* duros! Un jefe inventa un aparato bélico que produzca una revolución en el arte de la guerra, que le coloque á la altura de un genio; ¿es recompensa esa mezquindad del 10 por 100? ¿Cabe recompensar los servicios de un coronel modelo de saber, con una pensión de *tres mil reales al año*, cuando el mero hecho de mandar regimiento le da derecho á una gratificación de *cuatro mil*? ¿Es justo que el profesor de una asignatura cobre como gratificación de profesorado 1.500 pesetas, en tanto que un capitán autor del texto que se utiliza sólo disfrute 350 pesetas, y esto solo por el tiempo que tarde en ascender á comandante?

*
* *

En una palabra: está por acometer la labor de tener Ejército. Hay elementos, hay primera materia, hay buena voluntad, pero falta un criterio «revolucionario desde arriba», que eleve nuestras instituciones militares á la altura que se merece la nación y que se merece el soldado español. Justo es consignar que dos hombres han levantado bandera excelente para llegar al fin ansiado por todos: el general Cassola y el general Luque. Justo es decir que muchas reformas han tropezado con la enemiga de gran parte de la misma oficialidad, como es el ascenso electivo. Mas es hora de ir haciendo caso omiso de los temores sin fundamento, pues hay que desengañarse que *sin instituciones militares* no hay nación posible, por supuesto que el pueblo se encuentre para el sacrificio. El problema militar se olvida entre nosotros, y ni la Historia ni la Geografía autorizan tal olvido.

MARIANO MARFIL

INSTITUTO DE LA BIBLIOTECA
DE BARCELONA

CRÓNICA LITERARIA

Los muertos mandan, novela, por Vicente Blasco Ibáñez.

La más reciente actualidad novelesca está representada, en el momento en que escribo estas líneas, por *Los muertos mandan*, de Vicente Blasco Ibáñez. Esto no quiere decir, naturalmente, que esa novela sea la última que ha salido de las prensas, sino que es la más reciente entre las importantes, entre las que llevan en la portada un nombre famoso. La actualidad no se compone sólo de una relación de tiempo, sino de una relación de importancia. Es una mezcla de presente y de notoriedad. No sólo por ser presentes ó próximas á lo presente, son actuales las cosas. Infinidad de cosas hay y suceden á nuestro alrededor, que nunca serán actuales, porque nadie reparará en ellas. Y los libros no se eximen de esa suerte general de las cosas. Muchos de ellos no han gozado nunca esa hora de la actualidad, que es como un nacimiento en la atención de los públicos.

*
* *

Los muertos mandan es una novela basada en un principio científico, que ha entrado en el dominio del conocimiento vulgar, ó acaso ha sido vulgar antes de ser científico, que es lo más frecuente y natural en el orden de los conocimientos. Al decir que está basada en un principio de esa índole, hablo con toda la relatividad de la metáfora. Para una novela suele ser suficiente un principio, una idea. Más bien será la idea un habitante de la obra artística, algo que se pasea por ella como un huésped ó acaso como un duende.

Los muertos mandan es otra metáfora expresiva y admiti-

da. Spencer, generalmente muy pagado de la exactitud, lo ha dicho en términos semejantes. Los muertos nos gobiernan ó estamos gobernados por los muertos, escribió el moderno Aristóteles británico para indicar la fuerza de la tradición y de la herencia. Lo mismo expresa en una fábula novelesca la obra de Blasco Ibáñez. Cierto es que, si vamos á apurar la exactitud, los muertos no mandan, ni gobiernan, ni hacen nada en este mundo terrenal desde que salieron de él, más que devolver al Cosmos en el callado retiro de su tumba los elementos físicos de que un día se vistió su extinguida persona, su fenómeno individual. Lo que manda ó gobierna son las ideas por ellos elaboradas, la herencia espiritual que nos dejaron y que sus sucesores han conservado. Mandan, con nuestra complicidad, las ideas, sentimientos y costumbres de los muertos. Mas al novelista, que es al cabo un poeta en prosa, le es permitido seguir el antiguo procedimiento de las personificaciones y prosopopeyas, fuente de dioses, de mitos y de imágenes poéticas, y así puede presentarnos al ejército innumerable de los hombres que fueron posesionado de la tierra donde aquellos dejaron sus huesos, y á la muerte, como emperatriz del mundo y señora de los vivos, dictando pragmáticas y tácitos rescriptos, mientras le llega la hora de llevarse á sus tenebrosos dominios á la nueva generación que la obedece.

Esa alegoría que traslada á las personas de los muertos la acción de su herencial ideal, no se limita al título de la novela; ha inspirado en ellas páginas de carácter poemático, que divierten y elevan el ánimo del cuadro realista de la fábula, y ponen un relámpago de poesía, de antigua poesía de terror y de misterio, en el relato verosímil de los sucesos comunes y corrientes que les acaecen á los personajes.

*
**

Jaime Febrer es el último descendiente de una de las familias patricias de Mallorca, de una de las estirpes de los butifarras. Esta aristocracia mercantil, navegante y guerrera un

tiempo, como las de las repúblicas italianas y las de los demás emporios mediterráneos, ha ido evolucionando con el tiempo; ha dado capitanes y consejeros al servicio de los reyes, preladados é inquisidores al de la Iglesia, y al llegar á los tiempos modernos acaba en ese tipo, hoy tan general, del noble arruinado, que tiene por capital un nombre, una educación delicada y frívola, una herencia de hábitos patricios. Jaime Febrer padece, como tantos otros, los males de una época de transición en que la nobleza histórica no asegura ya un predominio social, ni encuentra fáciles y abiertas las antiguas sendas de la espada, los Consejos reales, la Iglesia, ni está todavía extinguida al punto de que sus miembros se confundan con la masa del estado llano en las luchas del trabajo. Los privilegios han desaparecido, pero queda aún una estela de prejuicios, de incompatibilidades con las ocupaciones plebeyas, una falta de adaptación á la lucha por la vida. Así Febrer no encuentra mejor remedio á sus apuros que casarse con la heredera de un opulento chueta, de un descendiente de judíos. Yo no sé si Blasco exagera la supervivencia de la preocupación contra esa raza perseguida y proscripta en épocas de viva pasión religiosa y enérgico sentimiento de casta. El hecho es que la describe vigorosamente, y que en este sentimiento se apoya la acción de su novela.

Entonces entran en acción los muertos... por medio de los vivos, naturalmente. El proyecto matrimonial de Febrer despierta en cuantos le rodean asombro y hostilidad. Un butifarra no puede casarse con una chueta. Desde la antigua criada que le sirve desde su infancia, hasta los parientes y amigos, incluso los mismos chuetas, como el capitán Valls, reprueban aquel enlace, que choca con la tradición. El mismo Febrer, no obstante su iniciación cosmopolita y sus ideas de hombre moderno, advierte que en lo íntimo de su alma se levanta contra aquel proyecto una fuerza poderosa, la voz de sus antepasados convertida en instintiva antipatía. *Aquello* es imposible. Los muertos triunfan, el mandato de lo pasado se impone. Febrer

abandona sus proyectos matrimoniales, y se traslada á Ibiza, á vegetar en la soledad de una ruinoso torre que conserva como resto del espléndido patrimonio de su casa.

Entonces entra la novela en una nueva fase. La vena descriptiva toma una nueva dirección. En la primera parte de la novela había seguido con preferencia las sendas retrospectivas, poblando de recuerdos históricos los paisajes de Mallorca, evocando las luchas marítimas del Mediterráneo, los combates con corsarios berberiscos é ingleses, que han tenido, no ha mucho, en Ricardo Burguete un diligente y animado historiador, personificando, en suma, en la estirpe de los Febrer, y singularmente en la figura del comendador de la Orden de Malta, Priamo Febrer, una buena parte de la historia comercial, marítima y guerrera de las Baleares. Había evocado también el novelista, en la Cartuja de Valldemosa, no lejos del olivar milenarío dibujado por Doré, y que Blasco describe con la energía y la evocación fantástica del famoso dibujante y pintor, la pareja errante de Jorge Sand y Chopin, imagen de un amor atormentado y extraño, de una de las fiebres del romanticismo que tienen algo de pesadilla y han creado una especie de trágico sentimental que todavía padecemos los hombres de hoy, aunque el nombre de romanticismo nos sugiera la idea de algo pasado y lejano.

En Ibiza, esa vena descriptiva se recrea en el paisaje y en las costumbres. Surge allí un cuadro patriarcal y primitivo. Parece parado el tiempo. Con la eterna poesía del mar, alterna la ruda y penetrante poesía de las costumbres de los moradores, impregnadas de un sabor arcaico, que hace recordar en esta parte de la novela los viejos poemas de Grecia. Febrer, en la soledad del torreón arruinado donde mora, no se trata más que con unos antiguos colonos de su casa, que siguen viendo en él al señor. Allí surge su amor por Margalida, la hija del colono, á quien llaman con el poético nombre de flor de almendro. El novelista describe con vivo colorido la costumbre del festeig ó galanteo de las mozas solteras por los mozos de la

localidad, una especie de cortejo colectivo en que la cortejada elige al pretendiente que más la agrada, luego de conversar algunos días con todos los aspirantes. Febrer, no obstante la diferencia de clase y su condición de forastero, que provoca las iras de los pretendientes de Margalida, toma parte en el festeig, expone su vida en aquella empresa amorosa, arrojando los peligros que ofrece la rivalidad en una tierra de venganza y de sangre, donde los hombres no se separan nunca de la pistola y la faca. Al cabo triunfa, y se casa con la hermosa ibicenca; el amor ha vencido á los muertos, á los muertos que también reprobaban aquella unión entre una payesa y un butifarra, aunque no con tanta energía como el enlace con la *chueta*.

* * *

Tal es, á grandes rasgos, la última novela de Blasco Ibáñez, compuesta, como todas las suyas, con claridad y armonía latinas, y en la cual una fábula sencilla aparece adornada por una rica floración descriptiva. ¿Qué lugar ocupa esta novela entre las de Blasco Ibáñez, en la biblioteca novelesca de este fecundo creador de personajes, de cuadros sociales, de historias imaginarias matizadas con toques de realidad? Entre las varias direcciones de la novela moderna, ¿á cuál responde? Un ligero examen nos permitirá contestar á estas preguntas.

Entre las novelas de Blasco Ibáñez se distinguen claramente tres grupos de desigual importancia, cuatro si á ellos se agrega el de la novela histórica iniciado en *Sónnica la Cortesana*. El primero con el cual conquistó Blasco su fama de novelista, y que es en gran parte anterior á los otros en el orden de producción, es el de la novela de costumbres valencianas, costumbres urbanas, campesinas, marineras. Estas novelas, que han hecho de Blasco el Pereda valenciano, un Pereda al revés en punto á ideas religiosas y políticas, diferente en el tono y condición del estilo, pero semejante en el poder de observación y en la riqueza del colorido descriptivo, más brillante en Blasco como hombre de Levante, más sobrio y hondo en

Pereda como hombre de una región del Norte, de cielos opacos, de neblinas, de matices delicados en la naturaleza, han recogido, en una sucesión de cuadros artísticos de gran valor descriptivo, la vida de Valencia en la ciudad, en la huerta, en el mar, y se distinguen por su sencillez y su intensa y conmovedora expresión. Vienen luego las novelas de tendencia filosófica y social, en las cuales se refleja la lucha de ideas, y que ha llevado Blasco á otras ciudades, á otras tierras y á otros escenarios por él menos estudiados que los de su solar valenciano. Con éstas han alternado las novelas del arte ó de la psicología de las profesiones artísticas, novelas de toreros, de pintores, de típles de ópera. Esta clasificación no es absoluta; tiene algo de externa, porque las obras de arte no se pueden clasificar con el rigor y la exactitud que las obras científicas; pero cuantos hayan leído los libros de Blasco Ibáñez, habrán advertido que en ellos se dibujan esos grupos.

Los muertos mandan se asimila á las novelas de costumbres valencianas en toda la parte descriptiva de costumbres populares y paisajes de las Baleares. Tierra muy semejante á Valencia, unida á ésta por lazos históricos de conquista y población, el novelista la ha comprendido y la describe con tanta fidelidad y acierto como á su propia tierra. El pensamiento filosófico de la obra, ese imperio de los muertos, esa herencia espiritual del pasado, la aproxima á las novelas de tendencia filosófica y social. Pero en *Los muertos mandan* la tesis tiene una generalidad y una elevación que ha librado á Blasco de caer en la parcialidad y en el consiguiente empequeñecimiento de horizonte que en varias otras de sus novelas de este grupo se descubre. Puede decirse que *Los muertos mandan*, digna de alternar con las novelas valencianas, aunque no tenga la fuerza trágica de *Cañas y barro* y *La barraca*, es, entre las de tendencia filosófica, la más limpia de escorias y la más libre del lastre de preocupaciones y exageraciones de escuela, que menoscaba el valor de las obras de arte en las cuales entran estos elementos.

Consideremos ahora, para terminar, la novela de Blasco Ibáñez, no en relación con las otras del mismo autor, sino como un ejemplar ó caso de las tendencias que se observan en la novela moderna. El campo, cada día más extenso, de la novela, no aparece hoy repartido en provincias claramente delimitadas. Desde que acabó el imperio del naturalismo, puede decirse que no hay escuelas novelescas, sino variedades anárquicas. Pero en todas ellas se observa la tendencia á conservar el realismo como un común denominador, como un elemento genérico de la novela, y á agregarle algún otro elemento específico.

No diré yo con Faguet, que el favor de los nuevos tipos de novela se debe á que los novelistas naturalistas han agotado ya la pintura de los interiores burgueses, han consumido todo el asunto que pueden ofrecer á la novela las costumbres de una época; pero sea por fatiga, por agotamiento de asuntos ó por haberse dilatado el campo de la novela, el hecho es que la mera observación costumbrista no satisface, que la mayor parte de los novelistas de cuenta quieren poner algo más en sus obras. La novela no se limita ya, por lo general, á ser una historia natural humana, ni el novelador una especie de entomólogo, que va coleccionando, en vez de insectos, bípedos racionantes.

Entre las muchas cosas: psicología, ocultismo, palpitaciones sociales, fondo histórico, etc., que la novela contemporánea agrega al elemento genérico de observación realista, de pintura de las costumbres, lo que se añade en *Los muertos mandan* es un elemento filosófico y poemático: esa doctrina del gobierno de los muertos, convertida en mito poético en algunos pasajes. Parece que la novela, desandando el tiempo, quiere asomarse al antiguo y encantado bosque de la epopeya, por donde no se pasean ya seres humanos. También Zola, en sus *Villas* y en sus *Evangelios*, hizo esta excursión: puso en la novela una nota poemática, un matiz de epopeya moderna.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—HISTORIA: *El Padre Duchesne*.—POLÍTICA PEDAGÓGICA: El neutralismo.—CRÍTICA: Galicismos en «-miento».—OCULTISMO: ¿Se puede comunicar con el otro mundo?—LITERATURA: El asno de Buridan.—IMPRESIONES Y NOTAS: Los grandes escritores y sus ingresos.—Auxilios invisibles.—Las madres de las actrices.

HISTORIA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
DEL ATENEO BARCELONÉS

«EL PADRE DUCHESNE.»—Con motivo de la publicación de *El Padre Duchesne* por el erudito Pablo d'Estrée, consagra en la *Revue Hebdomadaire* Funtz-Brentano un interesante artículo á Hebert y á su revolucionario é inmundo periódico, que tan terrible parte tuvo en el desarrollo terrorista de la gran revolución.

Santiago Renato Hebert nació en Alençon el 15 de Noviembre de 1757, de una familia estimada y regularmente acomodada, siendo su padre un maestro orfebre, antiguo primer juez-cónsul, síndico y teniente de artesanos. Huérfano de padre, se vió mezclado á los diez y nueve años en un ruidoso proceso, que al cabo de cuatro años le dejó arruinado y condenado á destierro. Aquel proceso dejó en su espíritu nervioso é irritable profunda levadura de odio, que no tardó en fermentar.

Llegado á París Hebert, presentó algunas piezas al teatro de *Varietés amusantes*, y aunque no le fueron admitidas, de tal modo supo agarrarse al director Gaillard, que consiguió un empleo de interventor en el teatro, teniendo á su cargo la

venta de los palcos. Era en 1786, y Hebert tenía veintinueve años. «Los grandes señores—dice d'Estrée—se daban cita en los palquitos de *Variedades*; los petimetres y los semicastores iban á exhibir en ellos las últimas novedades de la moda. Las damas entraban altivas y arrogantes, con la cabeza cargada de inmensos sombreros, á la caja de descuentos, es decir, sin fondo, ó rematados en plumas que giraban como una veleta á todos los vientos. Sus trajes, de grandes faralares, se compliaban sobre las caderas con monstruosas sobrefalditas. Los caballeros se presentaban con espada al cinto, sombrero bajo el brazo y tupé empolvado, acompañado de morcillas simétricas ó flanqueado por colas de pichón; sus trajes, de paño fino ó de tafetán, estaban galoneados, bordados ó salpicados de pintas; y de cada bolsillo de su verta, de seda ó de patén, bajaban casi hasta el muslo cadenas de reloj con colgantes de toda clase.» Cuando Hebert redacte más tarde *El Padre Duchesne*, recordando sus sombríos celos y su envidiosa rabia por todo aquel lujo que él no podía disfrutar, vomitará su odio y su desprecio sobre los «mirliflores de calzones estrechos y casacas cuadradas», sobre las «lindas bribonas» y sobre los «moscatelinos almibarados» de Palais Royal.

Hebert, que cobraba 1.800 francos de sueldo como cajero, se llevó 3.000 de la caja, según declaró más tarde la mujer Dubois en su proceso ante el tribunal revolucionario, y dejó la plaza. Desde entonces vivió no se sabe cómo, hasta que el estallido de la Revolución le abrió el camino de la notoriedad y de la riqueza. Hebert no era hombre de acción, sino de pluma, un libelista capaz de todo, pero metido en su cueva y cobarde en el fondo: ni estuvo en la toma de la Bastilla, ni en las jornadas de Octubre, ni en la del 10 de Agosto. Padecía agorafobia, tenía miedo á la luz de las plazas públicas. Una sola vez se halló cogido en un motín, el 17 de Julio de 1791, y oyó silbar en sus oídos las balas de los soldados de Lafayette; sus piernas temblaban, sus ojos no veían y sus dientes rechinaban de miedo. Jamás perdonó á Lafayette ni á Bailly el susto que

le dieron, y *El Padre Duchesne* recordará aquel episodio con el temor de una fiera.

En 1791 se casó Hebert con una monja exclaustrada: María Margarita Francisca Goupil, educada en el convento de la Concepción de la calle de San Honorato, había tomado el velo, cuando en Junio de 1790 los revolucionarios notificaron á las religiosas que sus votos estaban rotos; de 24 que había en el convento, 23 declararon que querían seguir en el claustro, y sólo una quiso salir; al año siguiente, la ex-monja era la señora Hebert. Esta mujer, adorada por su esposo—quizá la única cosa limpia que hay en la vida del libelista—era lista y de figura agradable. Desgenettes cuenta su visita al matrimonio, y dice que le chocó un cuadro de comedor que representaba á Jesús en la casa de Emmaus; Hebert había puesto debajo esta explicación: «El descamisado Jesús comiendo con dos de sus discípulos en el castillo de un *ex.*» Margarita declaró que aquella broma no la gustaba, pues no era atea. La comida era buena y estaba muy bien servida; y á las seis llegó Hebert, y no concluyeron de comer hasta las nueve, pero es porque á cada momento les interrumpían con uno ú otro motivo. A Desgenettes le llamó la atención la llegada de una especie de gigantón de cara feroz y repugnante, que entró haciendo temblar los muebles con sus pisadas y manotazos, gritando con voz de trueno:—Llegas á tiempo—le dijo Hebert,—¿quieres comer?—Ya está eso hecho hace dos horas, pero tomaré un vaso de vino para beber á la salud de la compañía.—Con mucho gusto, toma.—Y mientras el terrible patriota bebía, Hebert le dijo:—Vé esta noche á los Franciscanos; volveré á hablar á Danton y á Legendre, y tendrás la plaza de portero en la cárcel.

Hebert y Robespierre eran los únicos revolucionarios que se permitían la audacia de vestir bien, y que no cumplían el decreto impuesto por Chaumette á todo «verdadero patriota» de andar con zuecos. Entonces, los cabellos desgredados, una camisa sucia, una blusa y unos pantalones manchados y re-

mendados, eran la marca del verdadero patriotismo. Un hombre bien vestido provocaba una silba y estaba expuesto á ser guillotinado.

Como sustituto de la Commune, Hebert representa importante papel en la historia de la pasión de la real familia. Cuando fué conducida á la prisión del Templo, Hebert compara á Luis XVI con «el rinoceronte espumando de rabia,» y dice de la señora Veto (María Antonieta) que «ha tomado la figura traidora de una gata». *El Padre Duchesne*, con su tirada de 600.000 ejemplares, entonces enorme, estaba escrito en estilo basurario, á chorro continuo de injurias y calumnias. La viñeta de la portada, groseramente labrada, representaba un fumista con sombrero de guardia nacional, con un hacha en la mano derecha, levantada, y otra en el cinto cogiendo una pistola, fumando en humeante pipa y echando tacos y maldiciones.

Hebert había instalado en el Templo, como guardián de la real familia, á una hechura suya, el zapador Rocher, tipo acabado del carcelero de novela, con cara feroz, bigotes retorcidos, frente medio oculta bajo un gorro de pelo, cejas pobladas y cerdosas, mirada tremebunda y ancho cinturón de cuero, del que colgaba arrastrando un largo sable y un manajo de llaves. Cada vez que el rey quería salir, Rocher revolvía las llaves con estrépito y tiraba ruidosamente del cerrojo; luego brincaba por las escaleras y se plantaba de centinela en la última para hacer alguna grosería con la familia real. «María Antonieta se las echaba de orgullosa, decía; pero yo la he obligado á bajarse ante mí; he puesto tan bajo el portillo, que tienen que doblarse al pasar; cuando pasan, no dejo nunca de soltar á Isabel una bocanada de mi pipa; tanto, que un día se le ocurrió preguntar á uno de nuestros comisarios:—¿Por qué está Rocher fumando siempre? — Probablemente porque le gusta, respondió el comisario, ¡ja, ja, ja, ja!» Y el bárbaro reía la grosería con sus compañeros, pegando principalmente contra la desgraciada Isabel, «la Isabelona» (*grosse Babet*),

como Hebert llamaba á la sencilla, dulce, digna y santa princesa.

Aquel cobarde era un hombre sin entrañas. Acababan de guillotinar al rey, y escribía en *El Padre Duchesne*: «La mona de Austria, la Isabelona y los lobeznos (Luis XVII y su hermana) habrían perdido el gusto del pan, y en un abrir y cerrar de ojos hubiera quedado Francia libre de sus males, si los Brissotinos (los Girondinos) hubieran cumplido sus deberes.» Hebert no fué feliz hasta que vió á María Antonieta en la Conserjería; desde entonces *El Padre Duchesne* no deja escapar ocasión para pedir la condena del «Veto hembra, la architigresa de Austria», refunfuñando contra la Convención porque «se entretiene con la mostaza» y no acaba pronto para que llegue el día en que el funcionario Sanson (el verdugo) «juegue á los bolos con la cabeza de la loba austriaca».

La crueldad del carácter corría parejas con lo grosero del estilo; como si fuera poco hacer morir á la reina, quiso manchar su memoria de la mayor de las infamias, y se atrevió á acusarla de corruptora de las costumbres de su tierno hijo el delfín. María Antonieta, indignada, tuvo un arranque sublime: — ¡Apelo á todas las madres!—se limitó á responder con soberano desprecio. El mismo Robespierre censuró tan atroz calumnia del vil libelista.

Hay que ver la alegría sádica con que *El Padre Duchesne* gozaba y reía de los suplicios de aquellos desgraciados. Y tal conciencia tenía de su poder y de su pernicioso influjo, que decía con el mayor cinismo que su pipa se parecía á las trompetas de Jericó: Cuando hechaba humo por tres veces en torno de una reputación, aquella reputación caía; es decir, que una cabeza rodaba sobre las gradas del patíbulo: «¿Dónde estaríamos—decía muchas veces—sin la santa guillotina?»

Hebert seguía á sus víctimas hasta verlas guillotinar, lo que le servía «de gran regocijo». La vista de la sangre y de la guillotina había llegado á producir en los jacobinos y en los franciscanos una verdadera manía sádica. Muchos de ellos ha-

bían hecho instalar en sus cocinas pequeñas guillotinas, y no comían pollos, patos ni conejos que no hubieran sido guillotinados. Sería grotesco, si no fuera horrible.

El Padre Duchesne no estaba nunca satisfecho de sangre, y todavía le parecían demasiado lentos los procedimientos sumarísimos del tribunal revolucionario. «Cuando Roma tenía traidores en su seno, decía, ¿empleaba formas para despeñarlos por la roca Tarpeya? Queremos un tribunal revolucionario, pero que juzgue sin formas. En Francia hay dos partidos, y es preciso que uno sucumba y otro triunfe; se pondrá la guillotina al lado del tribunal, y la cuchilla brillará para cortar la cabeza del culpable, ó la del juez que haya perdonado.»

Llegó un momento en que el mismo Robespierre tuvo miedo, y el 15 de Febrero de 1794 se atrevió á censurar las máximas sanguinarias de Hebert y de *El Padre Duchesne*; el club de los Franciscanos, donde dominaba Hebert, como Robespierre dominaba en el de los Jacobinos, respondió el 24: «Auméntese el ejército revolucionario y ¡adelante con la guillotina!» El combate entre las dos fieras quedó entablado: Hebert tiene á su lado la Commune, los franciscanos, el populacho y su periódico; Robespierre tiene la Convención y los jacobinos. Pero Hebert es cobarde, y eso da la victoria á Robespierre. La gente comenzaba á cansarse del terrorismo, y el 13 de Marzo son acusados los hebertistas por Saint-Just en la Convención. «Son, decía, unos sibaritas que se regalan con banquetes de cien escudos por cabeza, y que cambian signos de reconocimiento en los espectáculos; son hipócritas de los que se avergüenza la sombra del gran ciudadano.» «¿Qué mérito tenéis, añadía, dirigiéndose á Hebert, cuando un papelucho os produce 30.000 libras de renta, cuando oprimís á los ciudadanos y sois libre y poderoso?»

Aquella misma noche los agitadores del club de los Franciscanos, Hebert, Ronson, Vincent, Momoro, Ducoquet y Laumur fueron encarcelados. Su popularidad había concluído,

y todo el mundo celebró su condena y se dispuso á celebrar su decapitación. Gran número de ciudadanos se concertaron para gritar cuando subiera Hebert á la guillotina, imitando una de sus frases favoritas: «¿Está bien contento hoy *El Padre Duchesne* de ver cómo se purga á los aristócratas?»

Los hebertistas fueron ejecutados en la misma plaza de la Revolución (la Concordia de hoy), donde habían hecho perecer con sus acusaciones tantísimas víctimas. La noche que precedió al suplicio, Hebert tuvo alucinaciones. Se veía en el cadalso, y la fatal cuchilla, goteando con la sangre de sus cómplices y amigos, se abatía sobre su desnuda nuca; y con la garganta seca y los ojos extraviados, Hebert gritaba: «¿Veis á los asesinos? Vienen para matarme. Ahí están. Vienen para cogermé. ¡Socorro, socorro, defendedme!»

¿Quién le había de defender, si sólo había sembrado odios y sed de sangre? Nadie. El carácter vil y bajo que mostró durante todo el proceso, á diferencia de su amigo Ronson, siempre entero y decidor, se mostró más que nunca en aquellos solemnes momentos. Lo llevaron casi inanimado á la carreta, y cuando hubo caído su cabeza, el pueblo—aquel mismo pueblo que poco antes se arrebatava *El Padre Duchesne* para corear sus patibularias frases—lanzó al aire sus sombreros, como si le hubieran librado de un peso, y desahogando su satisfacción con vivas á la República.

POLÍTICA PEDAGÓGICA

EL NEUTRALISMO.—El neutralismo es la fórmula despampante, últimamente inventada por los farsantes de la política para salir del apuro en que se han metido—en Francia especialmente,—con la teoría del Estado neutro. Se quiere que el Estado permanezca neutral, y que sus funcionarios del orden docente—maestros y catedráticos—lo sean también al enseñar las diversas materias de que son titulares á los niños. Mientras

se trata de Matemáticas, de Cronología ó de Geografía—¡y aún!—puede observarse esa neutralidad; pero ¿y en Filosofía? ¿Y en Historia?

El librejo de texto dice en la *Colette Baudoche* de Mauricio Barrés: «La sinceridad y la generosidad eran perfectamente extrañas á Bonaparte; lejos de admirar una bella acción, era incapaz de comprenderla.» El niño se niega á leer esto, «porque el libro miente y Napoleón fué un gran hombre». Y el profesor, conciliador, como neutral que es, concede y dice: «El hecho es que Bonaparte ha entusiasmado á millones de hombres, y ha prestado de diversos modos inmensos servicios á la humanidad.» Y esa es la neutralidad: el libro dice blanco, y el profesor, al encontrarse con que un alumno le dice negro, mantiene el libro, pero da la razón al niño para ser neutral.

Porque es lo que dice Peladan, al tratar de este asunto en la *Revue Bleue*: Si en lugar de afirmar el maestro con el niño y con sus padres que el libro miente, dijera: «Este libro es verídico, porque lo ha escogido el Estado y el Estado es verídico», el niño tendría que decir: «Entonces, papá es el que miente», y se crearía un conflicto entre el hogar y la escuela de difícil solución.

Un político declaraba no ha mucho que el capítulo dedicado á Dios atacaba la libertad de conciencia, y que debía suprimirse en aras de la neutralidad. Pero si se suprime, ¿no es eso lo mismo que negarlo? ¿O es que Dios se puede escamotear como un reloj? ¿Qué nociones de historia pueden darse para evitar hablar de Dios ó de los dioses?

Hay quien opina que la neutralidad sólo es aplicable á los niños menores de trece años; pero eso es impracticable, dada la vida de familia y los azares de las conversaciones, de las lecturas, de las imágenes, de cuanto se ve y se oye.

Otros pretenden que la enseñanza sea de tal suerte «que ningún padre de familia pueda quejarse de que ataca á la libertad de conciencia». ¿Y qué conocimientos integrarán esa enseñanza? Una tabla rasa deja de serlo en cuanto se pone algo

en ella, sea un crucifijo, sea la imagen de Augusto Comte. Y luego estamos acostumbrados á juzgar por las apariencias. He ahí una aldea en que ni un solo hombre va á misa: ¿es ese un pueblo librepensador? No, porque el bautismo, el matrimonio y la muerte llevan á la iglesia á todos los habitantes; no van más que tres veces en su vida, es verdad, pero esas tres veces van; podrá decirse que son un mal rebaño, pero nada más; el culto de la ciencia y de la razón les deja indiferentes.

Nos burlamos de ciertas utopias como el movimiento perpetuo, la cuadratura del círculo y la piedra filosofal. ¿No nos hemos de burlar de la neutralidad espiritual perpetua? Nuestro espíritu oscila entre la afirmación, la indiferencia y la negación, según los casos; pero es de observar que la indiferencia sólo existe cuando se trata de cosas que nos son completamente extrañas, como la sucesión de los lamas del Tibet. Y las cuestiones de origen y de finalidad nos interesan á todos, y no puede sernos indiferente el resolverlas de un modo ó de otro. Podremos afirmar ó negar, pero no ser indiferentes. Podremos ser indiferentes mientras no fijemos la atención en lo que decimos, pero no en otro caso. En política, por ejemplo, los neutros son los que no votan; preguntadles, sin embargo, y veréis si vociferan más que cualquiera otro; se abstienen por sectarismo, por pesimismo, por apatía, pero no por falta de opinión. Jourdain, el gracioso burgés gentilhomme de Molière, se quedó asombrado al averiguar que lo que no es verso es prosa, pero lo comprendió perfectamente; tratar de explicarle el neutro, lo que no es prosa ni verso, y no podrá comprenderlo nunca. La moral neutra es imposible.

CRÍTICA

GALICISMOS EN «-MIENTO».—Leyendo estos días una antigua traducción de *La Condesa de Charny*, de Alejandro Dumas, hecha por un D. J. C. para una edición ilustrada, tropezamos

E. M.—Abril 1909.

varias veces con el palabro *comenzamiento*, muestra acabada del gusto y de la competencia del traductor, y prueba concluyente de su pereza intelectual y de su poco escrupulosa probidad literaria. Cuando así se trabajaba para una edición de pretensiones, no es extraño que veamos inundado nuestro mercado de libros por esas malhadadas traducciones de los Tasso y los Maucci, que con su increíble baratura prestan innegables servicios á la cultura del país, contribuyendo eficazmente á la difusión del libro, pero que también merecen severísima censura por los continuos atropellos de que hacen víctima al idioma patrio. Yo de mí sé decir que habiendo recibido de un librero amigo, conocedor de mi entusiasmo por las obras de Dumas padre, el regalo de treinta y seis volúmenes de sus obras en una bonita edición en 8.º, elegantemente encuadrada en tela, con títulos plateados en los lomos y en el anverso—las señas son mortales,—me produjo su lectura tal excitación, por lo grosero y chabacano de la traducción, que se los devolví sin vacilar, prefiriendo mil veces quedarme sin ellos á guardar en mi biblioteca semejantes horrores.

Entre las voces que con más frecuencia suelen disfrazarnos los malos traductores, figuran en gran número las en *-miento*, del tipo del *comenzamiento* citado. Como realmente esta terminación, correspondiente al *-ment* francés, puede pasar por castiza, por haber muchísimas palabras genuinamente castellanas que la tienen, como lo mismo el *-ment* francés que el *-miento* ó *-mento* castellano, pueden invocar su procedencia del románico común, cuya más alta, antigua y conocida expresión es el *-mentum* del latín clásico, parece justificado—más justificado por lo menos que en otros casos—el uso de las voces castellanas en *-miento*, en correspondencia con las francesas en *-ment*.

¿Dicen los franceses *commencement*? Pues ¿á qué torturar la memoria ni andar con escrúpulos pueriles, si tenemos ahí la herencia común de que podemos echar mano para salir del paso? ¡*Comenzamiento* ó *principiamiento*, y vamos andando,

para ganar la mísera peseteja que nos dan por cada doble hoja de traducción! Por ese dinero no hay derecho á pedir más.

No, señores traductores: por ese dinero no hay, en efecto, derecho á pedir primores ni delicadezas; pero hay derecho á exigir que se traduzca en castellano, puesto que ese es el trato hecho, y eso es lo que reza la portada, y eso es lo que se le dice al público. El público tiene derecho á llamarse á engaño, y el lector que compra una de esas traducciones, y se encuentra con que en lugar de darle castellano le dan galiparla, tiene perfecto derecho á devolver el libro y á reclamar su dinero. Así como en las carnicerías se exige poner aparte la carne de caballo para que no se confunda con la de vaca, y en las tiendas de ultramarinos se pone la sacarina con letrero bien visible para que nadie la tome por azúcar, ó la margarina para que no se la compre por manteca, así también en la portada de esos libros debe decirse: «traducido al castellano, con salpicaduras de galicismos», y así no se engaña á nadie. El que quiera comer, porque le guste ó por ser más barata, carne de caballo literaria, en lugar de vaca ó ternera, que la coma, y que buen provecho le haga; pero no se le dé margarina por manteca, ni sacarina por azúcar, aunque engrasen y endulcen más, porque unas sustancias son venenos y otras alimentos sanos; unas son productos naturales, puros y provechosos, y otras productos químicos, adulterados y nocivos á la salud. Que sepa cada cual lo que toma.

En castellano precisamente tenemos, al lado de las voces en *-miento*, casi todas verbales y con idéntica significación, muchas otras en *-e* y en *-o* que permiten dar á nuestro lenguaje mayor variedad, constituyendo así uno de sus encantos y de sus ventajas. Traducir *rehaussement* por *realzamiento*, *contentement* por *contentamiento*, *commencement* por *comenzamiento*, eso no sólo no es hablar en castellano, sino que es contribuir á su degradación y empobrecimiento: si tenemos para expresar las mismas cosas *realce*, *contento* y *comienzo*, ¿por qué emplear ese arrastrado sufijo en *-miento* que los hace hasta gastar más

tinta inútilmente? Decid, puesto que son voces consagradas por el uso, *arrobamiento*, *pensamiento*, *enternecimiento*, y todas sus semejantes; pero no se os ocurra decir, para traducir las voces francesas correspondientes:

abandonamiento,	sino	abandono;
abonamiento,	»	abono;
agobiamiento,	»	agobio;
amortizamiento,	»	amortización;
aplaudimiento;	»	aplauzo;
avanzamiento,	»	avance, ascenso;
disfrazamiento,	»	disfraz;
desenlazamiento,	»	desenlace;
despoblamiento,	»	despoblación;
despojamiento,	»	despojo;
desembarcamiento,	»	desembarco -que;
desencantamiento,	»	desencanto, etc.

¡Qué diferencia del machaqueo insoportable del *-miento* á esa variedad de tonós en *-o*, en *-e* y en *-ción*, que nos permiten modular el castellano con tan ricas armonías!

*
* *

EL «VOS» Y EL «USTED».—La influencia del francés, por una parte, y la de los arcaísmos castellanos en *vos*, por otra, hacen que en las traducciones de novelas, por de pronto, y aun en ciertas novelas originales de autores de mediano fuste, se sigan empleando las formas en *vos* de los pronombres personales y de los verbos como si fueran de uso corriente, cuando ese uso está hace tiempo desterrado de la realidad, aunque no deje de dolernos. Los hechos son los hechos, y lo cierto es que hoy el plebeyo *usted* con las terceras personas de singular se impone en todas partes, y hay que acudir á ciertos novelones y á las malas traducciones para encontrar el caballeresco *vos*, de gusto tan exquisito como pintoresco. A veces tropieza uno, *rara avis*, con algún prójimo más ó menos chiflado que, ya por capricho, ya por el influjo de su aislamiento y de sus lecturas, como cierto torrero del faro del Sardinero de Santander con quien yo

tropecé en 1904, os habla de *vos*, y dice con la mayor naturalidad, que parece trasportaros á los siglos medioevales:

—«Pasad, señor, y sentaos si gustáis.»—Pero eso, ya lo he dicho, es cosa excepcional. Hoy todo el mundo habla desgraciadamente de *usted*, y fuerza es contentarnos con tan indigesto plato.

No está mal que cuando se escribe una novela cuya acción se desarrolle en siglos anteriores á los dos últimos, se emplee el *vos*, y hasta puede pasar el que, para conservar el sabor extranjero á las novelas cuya acción se desenvuelva en Francia, especialmente—el país del *vous*,—se usen también los mismos giros. Lo que no puede tolerarse es la mezcla del *vos* y el *usted*, mucho más si se ponen en boca de las mismas personas ó se emplean en una sola frase. Tal sucede en un artículo que, con el título de *A través de la frontera* y el subtítulo de *Un apostolado*, hemos encontrado en el diario madrileño *A B C*. Habla de la detención de la famosa señora norteamericana Carrie Nation, la valiente adalid del antialcoholismo, y pone en su boca las siguientes palabras, dirigidas al Comisario de policía:

—«¿Qué es eso, amigo mío? ¿Usted fuma? ¡Deplorable costumbre! Creedme y corrijase.»

En menos palabras no puede presentarse un modelo más acabado de lo que no debe decirse; tres verbos y tres tipos distintos de expresión, que se dan de cachetes entre sí: «¿Usted fuma? Creedme y corrijase.» Eso sí que es poner una vela al diablo y otra á San Miguel y otra... al limbo de los inocentes. El articulista es muy dueño de hablar en segunda ó en tercera persona, de *vos* ó de *usted*, pero no debe mezclar las especies. Si opta por el *usted*, siga aplicando el *usted* á los otros verbos, y diga: «créame usted, y corrijase»; si opta por el *vos*, comience diciendo: «¿Fumáis?» y concluya del mismo modo: «creedme y corregíos». Pero ese pisto del *fuma usted* con el *creedme* y con el *corrijase* es de lo más indigesto que se conoce. Créame usted, señor articulista, créame usted y corrijase, que todos iremos ganando.

OCULTISMO

¿SE PUEDE COMUNICAR CON EL OTRO MUNDO?—Stead, el director de la gran revista inglesa *Review of Reviews*, plantea y resuelve afirmativamente esta cuestión en *La Revue*, de París, aduciendo al efecto pruebas positivas y hechos recogidos por él mismo. Y como en estas materias lo primero de que hay que cerciorarse es de la veracidad del testigo, fuerza es reconocer que el testimonio de Stead es de gran peso, no sólo por su respetabilidad y su honorabilidad, sino porque pocos hombres en el mundo habrán hecho en aras de la sinceridad sacrificio tan grande como el hecho por Stead cuando la guerra anglo-boer. Cecilio Rhodes, el famoso agitador del Cabo, tenía á Stead tanto cariño, que había hecho testamento á su favor, dejándole su colosal fortuna de 500 millones de francos. Pues bien: Stead, enemigo de aquella guerra fratricida, llegó á pedir se prendiera á su provocador, á Cecilio Rhodes, tirando así la colosal herencia por la ventana, antes que transigir con el imperativo de su recta conciencia. Ese es el hombre.

Pues este hombre, de vasta cultura y de limpia conciencia, es el que dice que nuestra personalidad continúa después de la muerte, alegando que tiene para hablar así pruebas fehacientes, y no de referencia, sino de experiencia propia. ¿Qué pruebas son esas?

Stead posee el dón de escritura automática, es decir, que con su propia mano puede escribir los mensajes que le dictan, sin darse cuenta de ello las personas con quienes se halla en comunicación. Así, por ejemplo, una señora amiga suya, que había ido á pasar unos días en Halsmere, á 50 kilómetros de Londres, tenía que almorzar con Stead un miércoles, si estaba de vuelta. El lunes se le ocurrió á Stead averiguar si aquella señora había vuelto; cogió le pluma, hizo la pregunta, y en seguida escribió esta respuesta: «Siento mucho decir que me

ha ocurrido algo muy enojoso, que casi me da vergüenza contar: había salido de Halsmere á las 2,27 de la tarde en un coche de segunda, donde había otras dos señoras y un caballero; en Godalming bajaron las señoras, y yo me quedé sola con el viajero; éste dejó su sitio, y vino á sentarse junto á mí; yo tuve miedo, y le rechacé; él rehusó alejarse, y quiso besarme; yo estaba furiosa; vinimos á las manos, me apoderé de su paraguas y le golpeé con él; el paraguas se rompió, y ya tenía miedo de ser vencida cuando el tren se detuvo antes de llegar á la estación de Guildfort; el hombre se turbó, me soltó, y antes de que hubiéramos llegado al muelle de desembarco, se lanzó fuera y se fugó.»

Todo este relato fué confirmado al día siguiente por la señora, sorprendida de que Stead estuviera tan enterado de todo. Mensajes como éste los recibe Stead con frecuencia; es un hecho tan comprobado, que no hay medio de ponerlo en duda; son fenómenos de telepatía tan ciertos como puedan serlo las comunicaciones por el telégrafo sin hilos. Ahora bien; este sistema de telepatía automática entre seres vivos, ¿se extiende á los seres muertos? *That is the question.*

Stead tenía dos amigas que se habían prometido entre sí que la primera que muriese se aparecería á la otra para informarla de la otra vida; una de ellas, Juliá, murió en Boston, y algunas semanas después, cumpliendo su promesa, despertó á su amiga en Chicago: estuvo unos minutos á su cabecera, con la mirada radiante de dicha, y desapareció; otra vez se le presentó estando despierta, y la amiga la pudo ver perfectamente, tan bien como en vida. Preguntado Stead por la amiga si podría obtener algún mensaje de Julia, Stead se ofreció á ensayar, y pidió un mensaje que sirviera de garantía sobre la personalidad de la remitente, y entonces su mano escribió: «Diga usted á N... que recuerde lo que me dijo cuando nos hemos visto por última vez en casa de Minerva.» Stead tomó este dictado por una tontería, y no quiso decir nada á la amiga; un día, sin embargo, se lo contó, y ella dijo:—¡Cómo! ¿Ha

escrito eso? Pues entonces es verdaderamente Julia, y no hay error posible.—¿Y cómo pueden ustedes haber ido á casa de Minerva?—preguntó Stead.—¡Oh! Nada más sencillo, ya verá usted. Julia, poco antes de morir, había dado el nombre de Minerva á la señorita Willard, la fundadora de la Unión Cristiana de templanza femenina, y le había regalado un camafeo que representaba la diosa griega; desde entonces no la llamaba más que Minerva.»

Para asegurarse más, Stead propuso otro ensayo de mensaje, y preguntó á Julia si podía servirse de su mano para recordar á su amiga algún incidente de su vida de que él no tuviera noticia. Y en el acto escribió:—Pregúntela si se acuerda de cuando, yendo juntas, se dió una caída y se hirió en la espina dorsal.—Yo no he tenido nunca heridas en la espina dorsal.—¡Buena es esa!, refunfuñó Stead; deseo que recuerde usted uno de esos mil pequeños incidentes que la han ocurrido cuando estaban juntas, y ahora me hace usted escribir lo que nunca ha sucedido.—Entonces Stead volvió á escribir, sirviendo de intermediario á Julia: Tengo razón; ella lo ha olvidado.—Eso se dice fácilmente; ¿puede usted precisar el recuerdo?—Perfectamente.—¿Cuándo ocurrió eso?—Hace siete años.—¿Dónde?—En Streator, en el Ilinés.—¿Y cómo pasó?—Ella y yo volvíamos á casa, de los oficios del sábado por la tarde; había nieve. Al llegar ante la casa de la señora Buell, ella se resbaló al borde de la acera, se cayó y se hirió en la espalda.—¡Ah! Es verdad, repuso la amiga, me acuerdo muy bien; tuve que guardar cama dos ó tres días, y tenía la espalda dolorida, pero nunca he sabido que me hubiera herido en la espina dorsal.

Los ejemplos son concluyentes. Podrá decirse que en todo lo sucedido no hay nada que exceda á los fenómenos de telepatía *intervivos*; puede ser, si se admite que la telepatía y la inconsciencia son hechos positivos. Hay hechos, sin embargo, que ni aun así son fáciles de explicar, como ocurre con los relativos al porvenir. Así, por ejemplo, el mismo día en que Julia envió el mensaje últimamente citado, advirtió á su amiga

que no adquiriera ciertos compromisos, porque tendría que ir á 3.000 millas de Inglaterra y no los podría cumplir; la amiga no hizo caso, á pesar de que Julia insistió, y la predicción se realizó en todas sus partes, teniendo la amiga que rescindir sus compromisos para emprender un larguísimo viaje.

Stead tenía empleada una señora de mucho talento, pero de tan desigual carácter y poca salud, que en Enero pensó en despedirla. Julia le hizo escribir entonces:—Tenga usted paciencia con E. M.; vendrá aquí (al otro mundo) antes del fin del año.—Nada hacía presumir aquella muerte. El mensaje se repitió todos los meses, y en Julio E. M. se tragó un clavito, que se alojó en el intestino y produjo una grave enfermedad. Stead creyó que aquella sería la muerte prevista, pero Julia le hizo escribir:—No; curará de esto, pero sucumbirá á fines de año. En efecto, E. M. se restableció, y en Agosto, Septiembre, Octubre y Noviembre se repitieron los mensajes. En Diciembre, E. M. fué atacada de influenza.—¿Es eso?—preguntó Stead.—No—respondió Julia;—no vendrá aquí de muerte natural, pero vendrá antes de concluir el año. Llegó Navidad, y E. M. estaba muy enferma, pero acabó el año sin que muriera.—Puedo haberme equivocado en algunos días—dijo Julia;—pero he dicho la verdad.—Hacia el 10 de Enero volvió á escribir:—«Vea usted mañana á E. M. y despídase de ella, pues no la volverá á ver más en la tierra.» Stead la vió, y tenía calentura; la iban á transportar al Hospital, donde estaría mejor atendida. Dos días después, Stead recibió un telegrama participándole que E. M. se había tirado, en un acceso de delirio, por la ventana de un cuarto piso y que la habían recogido muerta. Stead, además de su palabra, prueba la exactitud de este relato con los manuscritos originales firmados por dos testigos, á quienes los había comunicado á medida que los escribía.

La misma E. M. había hecho á Stead cuatro promesas, que cumplió fielmente: 1.^a Ha escrito varias veces por mano de Stead. 2.^a Se ha aparecido dos veces. 3.^a Ha sido fotografiada

lo menos doce veces después de su muerte. 4.^a Envió á Stead un mensaje con un signo convenido entre ambos: un círculo con una cruz en el centro.

Stead insiste en la posibilidad de obtener fotografías de los espíritus, y cuenta á este propósito un hecho curiosísimo. Deseando saber lo que pasaba con los boers cuando la guerra con Inglaterra, Stead fué á casa de un fotógrafo cuya mediumnidad le permitía fotografiar lo invisible; era un viejo sin instrucción, pero clarividente y clarioyente. — El otro día tuve una algarada, dijo á Stead; un boer viejo vino al taller, armado con su fusil, y su mirada feroz me dió un buen susto: «Vete, le dije, que no me gustan las armas de fuego», y se fué; pero ha vuelto, y ahí lo tiene usted; ha entrado con usted, pero sin fusil. ¿Le dejamos estar?—Desde luego, respondió Stead; ¿cree usted que le puede fotografiar?—No sé; probaremos. — Stead se sentó ante el objetivo, y el fotógrafo tomó el punto.—¿Puede usted hablar con él? — Sí, está siempre detrás de usted.—¿Le responderá si le pregunta?—No sé; probaremos.—Pregúntele usted su nombre.—El fotógrafo hizo mentalmente la pregunta, y luego dijo en voz alta: — Dice que se llama Piet Botha.—¿Piet Botha? Conozco un Felipe, un Luis, un Cristián y otros Botha; pero jamás he oído hablar de Piet.

Desarrollada la placa, aparecía en ella Stead teniendo detrás un gallardo hirsuto, que lo mismo podía ser un boer que un mujick. Terminada la guerra, y habiendo ido á Londres el general Botha, Stead le mandó la fotografía por medio de Fischer, y contó la historia de su obtención.—No creo en los aparecidos, dijo Botha; pero este hombre jamás ha puesto los pies en Inglaterra; es uno de mis parientes; fué el primer comandante boer que pereció en el sitio de Kimberley: Petrus Botha; sólo que nosotros le llamábamos Piet, por abreviar.

Por si todo esto no fuera bastante, Stead termina su trabajo declarando que, en Diciembre de 1907, tuvo la pena de ver morir á su hijo mayor, á la edad de treinta y tres años. En los doce meses transcurridos desde su muerte no se ha pasado

una semana sin recibir del difunto mensajes tranquilizadores y reconfortantes; para mayor seguridad, en lugar de escribir él mismo esos mensajes, los ha hecho escribir por otras personas, y afirma que todos ellos llevan tal sello de autenticidad, que no es posible dudar que son mensajes de su hijo. «Para mí, concluye diciendo, el problema está resuelto, la verdad establecida; y soy feliz por tener esta ocasión de declarar públicamente ante todo el mundo, que no podría ya admitir en esta materia ninguna objeción ni denegación.»

LITERATURA

«EL ASNO DE BURIDAN.»—Es el título de la obra de Flers y Caillavet, con tan franco éxito estrenada recientemente en el Teatro del Gimnasio de París. Es una comedia de costumbres que refleja perfectamente la vida de la familia francesa moderna, tal como se empeñan en hacérsela ver novelistas y dramaturgos, aunque sabido es que se trata de un *cliché* consagrado por la fama, y que sólo refleja costumbres de cierta parte de la sociedad, la alta sociedad del vicio ó del ocio — del ocio al vicio no hay gran distancia,—que es la que mejor se presta á las mil combinaciones del adulterio, salsa obligada de todo manjar dramático ultrapiorenario. Las situaciones de esta obra son verdaderamente cómicas, y como muestra de las mismas ofrecemos á nuestros lectores la escena VI del acto II, que encontramos en el *Journal*, de París.

Luciano de Versannes, distinguido diplomático, veranea con su mujer Odeta y su pupila Mickeline, en San Lumario, y allí recibe la visita de su gran amigo Jorge Boullain, que acaba de romper con su querida y que, huyendo de sus muchos compromisos de París, viene á refugiarse por una temporada en San Lumario, en busca de tranquilidad. Versannes, además de su mujer, tiene allí á su querida, la señora Chantal (sin estos apéndices de la vida conyugal no hay drama francés posi-

ble), y su amigo Boullain, para entretenerse en algo, se lía con la señorita Vivette, cantante de café-concierto, y flirtea además con la mujer y con la querida de su amigo, como la cosa más natural del mundo, pues la hospitalidad moderna suele pagarse en las comedias, afortunadamente, con todas esas delicadezas y esquisiteces de corrección. Tras una escena en que Boullain rompe con Vivette, y metido en la cama, trata de darse cuenta de su situación y del flirt que prefiere, siente que se abre la puerta de su cuarto, y se encuentra con que Luciano, su amigo, viene á visitarle, á pesar de lo intempestivo de la hora, más de las dos de la madrugada. Y he aquí la escena:

JORGE. (*Estupefacto y bricando fuera de la cama.*)—¡Tú, Luciano!... ¿Qué hay?

LUCIANO. (*Muy á sus anchas y quitándose el abrigo.*)—Vengo á charlar un rato contigo.

J.—¡Cómo! He cenado contigo no hace nada y hemos pasado la noche juntos, y...

L.—Precisamente. Tú me dijiste: «deberías entrar alguna vez al pasar á darme un apretón de manos». Y aquí me tienes (*y se la aprieta*).

J.—Pero son las tres de la mañana.

L.—¿Y qué? Tanto más de agradecer en mí... Pero acuéstate, querido, acuéstate. Hablamos lo mismo, tú acostado y yo en un sillón. Acuéstate.

J. (*Acostándose.*)—Bueno. Ya estoy.

L.—Además, que esta noche en casa no he podido charlar contigo; hablaste de mi viaje á París, de las negociaciones pendientes.

J. (*Bostezando.*)—¡Ah! ¿Marcha eso?

L.—No del todo como yo esperaba. Antes de venir había formado un plan. Pensaba que la cosa podría marchar por sí sola; pero no, no marcha sola, ni mucho menos. Pero, tienes razón, no por eso me desaliento.

J.—¡Ah!

L.—No, chico, no. Tengo yo más de una cuerda en mi arco, y cuando quiero algo lo consigo, aunque sea por los medios más imprevistos (*coge un cigarrillo*). ¿No tienes cerillas?

J.—Sí, ahí. (*Las coge de la mesa de noche y se las da.*)

L.—¡Gracias! (*Acercándose.*) Estás muy bien en tu cama. Estás... íntimo. ¿No te molesta el humo?

J.—Te confieso que para dormir prefiero...

L.—¡Bah! Ahora abriremos la ventana. El sol saldrá dentro de un par de horas y dará gusto de verlo. (*Se sienta.*)

J. (*Asustado.*)—Oye, oye: pero ¿es que te piensas pasar aquí toda la noche?

L.—Toda la noche, no, puesto que he llegado demasiado tarde para eso. ¿Has leído los periódicos esta noche?

J.—No, sí.

L.—Es curioso ese lío de Macedonia. Como dijo un día confidencialmente el canciller Bülow, cuando yo era primer secretario en Berlín: «El Oriente es el Oriente.» Pues mira, en el fondo, esa es la pura verdad.

J. (*Bostezando.*)—Chico, dispensa, es que he tomado veronal.

L.—¡Bueno! Quiere decir, que el Oriente te aburre. Pásemos á otra cosa. Di, chico...

J. (*Con voz medio dormida.*)—Sí...

L. (*Estirándose sobre un sillón y una silla.*)—Di: tú estás haciendo la corte á mi mujer.

J. (*Dando un brinco.*)—¿Yo?

L.—Tú, mi buen Jorge, tú.

J. (*Saltando de la cama.*)—¡Eso es una infamia! ¿Quién es el miserable que te ha dicho?...

L.—No vale la pena de que te levantes por eso. El hecho de que saltes de la cama no es una explicación suficiente...

J.—Escucha, Luciano, te doy mi palabra de honor...

L.—¡Ay, querido! Eres poco bueno.

J.—Pero, ¿qué te puede hacer creer?

L.—Mira, hay en el tocador de mi mujer una mesita ame-

ricana que tú precisamente le has regalado. Esta tarde tenía yo que escribir dos palabras, y buscando papel de cartas, entré en el cuarto de Odeta. Abro la mesita, salta un resorte, se abre un cajoncito secreto, y allí encuentro esto (*saca unas cartas de su bolsillo*).

J.—¿Cartas?

L.—Tus cartas. Son deliciosas. Evidentemente hay en ellas pocas ideas, pero son de un buen corazón.

J.—Escucha, Luciano...

L.—Tranquilízate, hombre. No vas á pasar un mal rato por tan poca cosa.

J.—Mi querido Luciano, yo podría negar... ¡pero no lo haré porque... porque eres tú, y luego porque... porque tienes cartas! Pero lo que puedo jurarte es que no se trataba, sino de un simple flirteo... en fin... que mis intenciones...

L.—¡Claro, hombre, claro! Sé perfectamente que tú no pensabas más que en ser sencillamente el amante de Odeta, en tener con ella un enlace delicioso, nada más, un enlace de cinco ó seis meses, acaso de diez, porque á causa mía, por mi amistad, siempre habrías añadido algo.

J.—Es fantástico.

L.—Sí, sí... Me quieres mucho. Hablas muy bien de mí aquí (*se pone á hojear las cartas*). Por otra parte, son deliciosas tus cartas. ¡Es modernista, fresco, todo lo que dices! (*Le- yendo*). «¿Ha pensado usted, querida amiga, en la estrellita que nos habíamos prometido mirar á la misma hora? Yo no la he perdido de vista en todo el día.» ¿Cómo te las arreglas para ver una estrella de día?

J.—Miro el sitio, que es mucho más difícil.

L.—Sí.

J. (*Aparte.*)—No se tiene idea de lo cargante que es oír leer sus cartitas de amor por el marido de la persona á quien se han escrito.

L.—Pero, pobre Jorge, estás ahí pateando. Y además, tiritas. ¡Acuéstate, hombre, acuéstate!

J. (*Volviéndose á acostar.*)—¡Bueno! Me acuesto.

L. (*Leyendo y riendo.*)—¡Ja, ja!

J.—¿Qué hay?

L.—¡Nada! La ortografía: «Amor apasionao.» ¡Es curioso! Le quitas una *d* (1) y aumentas la pasión. Y luego añades que estás «como envobado» con *n* y *v*. Todos los que han escrito á Odeta hasta hoy, habrían dicho *embobado*. Pero tú, es distinto, te *envobas*, con *n* y *v*, y eso la turba á esa mujer.

J. (*Aparte.*)—Es muy desagradable.

L.—Ya ves, chico: en las faltas de ortografía se reconoce la verdadera carta de amor; por ellas se revela la sinceridad de los sentimientos. Cuando uno piensa en los participios, tiene que dejar de pensar en la mujer amada, y eso es una pequeña infidelidad. Créelo: la ortografía ha sido inventada por gentes que han pasado de la edad del amor.

J. (*Suplicante.*)—Escucha, Luciano, te lo ruego...

L. (*Volviendo á leer una frase y doblando las cartas.*)—¡Ah! No conozco las respuestas, pero sé lo bastante para juzgar que tienes probabilidades... probabilidades serias...

J. (*Alegre.*)—¿Crees tú? (*Cambiando de tono.*) ¿Crees?...

L.—No hay que dudarlo. Has agradado. Era forzoso. Eres mi amigo... Tienes todo lo que seduce á las mujeres: mucha educación, ninguna instrucción, vulgaridad, exuberancia, ociosidad... Has renunciado á ellas con una energía, con una tenacidad que merecen recompensa. Luego eres fácil de manejar. Y sobre todo tienes ese dón admirable, tan necesario en la carrera de amante como las matemáticas en la de ingeniero: no eres demasiado inteligente.

J.—Es insoportable al fin; siempre me están diciendo lo mismo, y me molesta...

L.—¿Por qué? ¡Bien lo sabes tú!

(1) En el original las faltas de ortografía son otras; pero las hemos variado para obtener el efecto en castellano.

J.—Sí, pero lo olvido.

L. (*Muy cordialmente.*)—¡Vamos, vamos! No hay que enfadarse. ¿Estoy enfadado yo?

J.—No, es verdad.

L.—Se es ó no se es buen compañero. Se quiere uno bien. Vamos, dime que no me guardas rencor por toda esa historia.

J. (*Tranquilizado.*)—No, ya lo ves... Te tengo mucho cariño.

L.—¡Querido Jorge! ¡Vaya!

J.—¡Querido Luciano! (*Le oprime la mano.*) Eres verdaderamente un tipo original.

L.—Todo eso no tiene ninguna importancia. (*Se vuelve á sentar y á instalarse.*) No hay nada más que una cosita que lo complica algo.

J.—¿Qué?

L.—¡Oh! No mucho; pero, en fin, un poco...

J.—Pero ¿qué?

L.—Pues nada; que estás además haciendo la corte á mi querida.

J. (*Brincando fuera de la cama.*)—¡Yo!...

L.—¡Qué cargante eres, hombre! A cada paso ya estás fuera de la cama...

J.—Luciano, tengo empeño en darte mi palabra de honor.

L.—¡Ah! No, chico, no, no me la des, te lo ruego. (*Saca un paquete de cartas de otro bolsillo.*)

J.—¡Mis cartas!

L.—Tus cartas. Tus cartas á Fernanda.

J.—Pero ¿cómo...?

L.—Muy sencillo. Después de mi hallazgo en el cuarto de Odeta, un poco picado. ¡Oh! Muy poco—puedes creerlo,—salgo y entro en casa de la señora Chantal. Estaba ausente. Como, gracias á estos incidentes, tenía siempre dos palabras que escribir, y necesitaba siempre papel de cartas, veo otra mesita americana, regalada por ti, como la otra. Abro el escondite, un juego ya para mí y... (*desdobla las cartas.*)

J.—Escucha, Luciano... ¡Oh! ¡Qué cargantes son las mujeres! En fin, vas á comprender...

L. (*Hojeando.*)—¿Sabes que éstas están muy bien también, muy en su punto? Hay tantas faltas de ortografía como en las otras, y no son las mismas. ¡Ah! Eres un mozo peligroso.

J.—Pero, déjame hablar; al fin, vas á ver... Evidentemente, todo eso es muy complicado—desde hace un instante solamente, porque antes...—Cuando tú no sabías nada... ¡bah!... era más sencillo, estaba mucho mejor, mientras que ahora, que tú sabes... ¡Claro! Yo no sé... Yo soy... soy...

L.—Tú eres muy gracioso...

J.—Yo... yo... Pero ¿qué es... qué es lo que tú quieres?

L.—Y para volver á la más completa cordialidad... voy á pedirte que me hagas un favor.

J.—Desde luego. ¿Cuál?

L.—Vuélvete á acostar.

J.—No, no; vamos á ver...

L.—Pues, sí; me empeño en ello.

J.—¿Por qué?

L.—Lo exijo. (*Le lleva á la cama suavemente, le hace acostar y le arropa.*) No hay ejemplo de que dos hombres, uno de los cuales arropa al otro, hayan cambiado palabras agresivas. ¡Ea! Perfectamente, en tu camita.

J.—¡Oh! ¡Qué tonto te pones!...

L.—Y ahora, los dos caballeros pueden hablar muy bien de las dos señoras.

J.—Te aseguro que... que me fastidia eso.

L.—¡Qué niñada!

J.—No puedo imaginarme que tomes la cosa así, tan afectuosamente... Es de tal modo inaudita...

L.—Pero ¿por qué? ¿Cómo me ha de asombrar que te gusten dos mujeres que también me gustan á mí, hasta el punto de ser el marido de una y el amante de otra. Odeta es un sér delicioso.

J.—¡Ah! ¡Delicioso!

L.—¿No es verdad? ¡Un encanto! Algo así... un poco criollo, un poco hamaca.

J.—¡Eso es, hamaca! ¡Ah! ¡Qué bien la conoces!

L.—¡Caramba!

J.—Y luego, esa poesía...

L.—La florecita azul...

J.—La gran flor azul...

L.—¡Ah! También tú la conoces bien.

J.—¡Oh! ¡Qué agradable es hablar así!

L.—¡Y Fernanda!

J.—¡Ah, Fernanda!... Tan corriente, tirando tan bien del carro...

L.—Un corazón con todo el *comfort* moderno.

J.—¡Una alegría!... ¡Un gozo de vivir!...

L.—Como todas las mujeres divorciadas.

J.—Sí, sí...

L.—¡Ah! También la conocemos bien (*golpeándole en la espalda*), querido Jorge.

J.—¡Querido Luciano! ¡Ah! ¡Qué bien se está entre hombres!

L.—Y ahora, dime qué piensas hacer.

J.—¿Cómo?

L.—Digo que qué es lo que piensas hacer.

J.—Lo que yo... Pues mira, no sé. ¿Exiges que me vaya de San Lumario, que me detiene? Di una palabra y cambiaré de país. Me iré á Dinard.

L.—¿Para darte la aureola de la ausencia? ¡Nunca! Ni pensarlo siquiera.

J.—Pues entonces...

L.—Entonces, óyeme. Yo tengo un flaco; no quiero que me pongan los cuernos. Quizá haya en esto algo de mezquindad, tal vez sea una puerilidad, pero yo soy así: no quiero que me pongan los cuernos. ¡Se ha hecho eso tan vulgar, tan trivial! Como ha dicho mi viejo Chamfort, el estado de cornudo

ha venido á menos, y es una lástima. En otro tiempo era algo el serlo; hoy no es nada. Todo el mundo lo es: mi zapatero, mi fumista, mi marmitón, las gentes más modestas. Se descorazona uno...

J. (*Bostezando.*)—Dispensa, Luciano. Es el veronal. Habla, habla.

L.—Además, ya conoces mi carácter. Hombre de familia, he vivido siempre pacíficamente entre mi mujer y mi querida. Tengo cuarenta y cinco años. Mi pupila Michelina ha crecido y me ocupa un poco, y hasta mucho en este momento. Total: que ha llegado el momento de simplificar mi vida, y tú eres quien me proporcionas el medio.

J.—No comprendo...

L.—Helo aquí: Odeta y Fernanda te gustan y tú agradas á las dos. Para mí ambas me son igualmente queridas; sólo que antes de ser engañado por las dos, prefiero renunciar por completo á una de ellas. Por eso, amigo mío, vengo á proponerte una solución bastante inesperada.

J.—¿Cuál?

L.—Que escojas.

J.—Pero ¿qué dices?

L.—Digo que escojas.

J.—Pero... ¡está loco! Que yo... yo... entre... ¡está loco!
(*Se tira de la cama.*) ¡Y bien! ¡Pues no faltaba más!

L.—Pero, hombre, sigue acostado.

J.—¡Oh! Seguir acostado cuando tú mismo vienes á decirme...

L.—A decirte que escojas una de las dos. Si es Fernanda, te la dejo, te casas con ella, y yo me consagro por completo á Odeta. Si prefieres á mi mujer, me separo de ella. Será un lindo divorcio en Santa Clotilde; te casas con ella, y yo me caso con Fernanda. En ambos casos todo será correcto, legítimo, honrado, y la aventura acabará con dos matrimonios, como una pieza del Gimnasio.

J.—¿De modo que es verdad? ¿Es verdaderamente verdad?

L.—¡Sí, hombre, sí!

J.—¡Ah, Luciano! Estoy conmovido, muy conmovido. Pero, dime, lo que me estás ofreciendo, ¿es completamente despampanante ó absolutamente repugnante? No me doy clara cuenta de ello.

L.—Es completamente despampanante, no hay duda. ¡Oh! Bien sé que habrá espíritus superficiales que nos acusen de inmoralidad. Siempre parece uno inmoral cuando no es hipócrita. El mundo encontraría más normal que nos cortáramos el cuello nosotros, dos antiguos amigos, ó bien que anduviéramos pataleando entre mentiras y perfidias. ¡Uff! En 1908 tenemos el deber de tratar las cuestiones sentimentales de otro modo que como se trataban en tiempo de Thiers.

J. (*Con entusiasmo.*)—¡Muy bien! Por lo demás... yo... Thiers...

L.—Porque es verdaderamente increíble: vivimos en una época de prodigiosos progresos. La ciencia lo ha transformado todo menos una sola cosa.

J.—¿Cuál?

L.—El amor. Es un hecho: no hay progreso en amor.

J.—Es incalificable.

L.—Piensa en ello, querido. Si la guerra de Troya hubiera ocurrido en nuestros días, la ciudad del viejo Priamo sería bombardeada con melinita; los submarinos bloquearían la costa, el famoso caballo de madera sería un cuarenta caballos. Ulises sería corresponsal militar del *New York Herald*, y todo estaría cambiado, todo, excepto el estado de alma de los tres héroes de la aventura. Después de ocho mil años seguirían siendo lo mismo: Menelao, el marido; Paris, el buen mozo; Helena, la mujercita.

J.—¡Oh! ¡Cuánto has leído!

L.—Pues bien: yo, Luciano de Versannes, tengo el orgullo de aportar hoy un granito de novedad en las relaciones sentimentales, y eso diciéndote esta sencilla palabrita: «¡esco-ge!» Tienes, como dicen los bolsistas, una opción.

J.—¡Es demasiado! ¡Te aseguro que es demasiado!

L.—¿De modo que estás contento?

J.—¡Sí estoy contento! ¡Escoge!... ¡Yo voy á escoger!

L.—Sí, escoger. ¡Ah, sultán, rajah, sátrapa, mikado, padischah!

J.—Eres demasiado bueno.

L.—Y ahora... (*Saca un sobre de su bolsillo.*)

J.—¿Qué es eso?

L.—Un sobre lacrado, lacrado con mis armas.

J.—¿Y qué hay dentro?

L.—Una pequeña satisfacción de amor propio.

J.—¿Para mí?

L.—¡Ah, no, querido! Eres insaciable. Esta es para mí. Por aquí tendrás algún cajón secreto.

J.—No.

L.—(*Viendo una mesita americana.*) ¿Otra más? Decididamente, las fabricas tú mismo.

J.—No abras.

L.—¡Ah, sí! ¡Las respuestas! ¡Bueno! Voy á dejarte este sobre, y tú mismo lo arreglarás. Contiene el nombre.

J.—¿Qué nombre?

L.—El nombre de la que vas á elegir.

J.—¡Cómo! ¿Pero has adivinado?

L.—¡He, he...!

J.—Pero entonces, dímelo.

L.—¡Ah, no!

J.—¿Es Fernanda?

L.—No digo yo eso.

J.—Entonces... ¿Odeta?

L.—¡Quién sabe!

J.—Pero, en fin, preciso será que sea una ú otra.

L.—Es probable. ¡Ah! Solamente me es preciso, ¿me entiendes?, es preciso que me hagas la promesa formal de no abrir esto antes de que estés completamente decidido.

J.—Pues bien, te lo prometo.

L.—¿Formalmente?

J.—Muy formalmente.

L.—Entonces, todo irá muy bien. Te dejo. Por lo demás, ya tienes ahí el sol. (*Mira por la ventana.*)

J.—¿Ya? ¡Qué temprano se levanta!

L.—Ya sabes, se acostó ayer á las siete. Mira cómo se va iluminando todo por allí abajo. Las barcas salen. El cielo y el mar ensayan los trajes que se han de poner hoy. Armonizan sus tonos... ¡Qué bonito es! Vaya, he ahí la hora en que los buenos genios vuelven á su casa. Me voy, querido Jorge. Acuéstate á escape. ¡Buenas noches!

J.—¡Buenos días! (*Luciano sale.*)

L.—Buenos días.

J.—Te quiero mucho.

L.—Y yo, te adoro.

Y el bueno de Jorge se queda solo y perplejo, como el asno de Buridan, sin saber por qué decidirse, sumido en la mar de confusiones con la conducta inesperada de su original amigo.

IMPRESIONES Y NOTAS

LOS GRANDES ESCRITORES Y SUS INGRESOS.—En un artículo sobre *Julio Janin íntimo*, publicado en la *La Revue* por Enrique de Almeras, encontramos una curiosa clasificación, hecha por Emilio de Girardin de los escritores más famosos de su tiempo, con arreglo á los productos que obtenían de sus obras. Girardin la publicó en el *Musée des Familles*, formando parte de un trabajo titulado «Información comercial sobre la industria literaria», título algo fuerte para aquel tiempo, en que la literatura no se consideraba ni se explotaba como una industria.

La clasificación de Girardin comprendía las cinco categorías siguientes:

- 1.^a Autores cuyas obras llegaban á una tirada de 2.500

ejemplares, y cuyos tomos se pagaban por los editores á razón de 3.000 á 4.000 francos. En esta categoría sólo figuraban dos autores: Víctor Hugo y... Pablo de Kock.

2.^a Autores que hacían tiradas de 1.500 ejemplares, y cada uno de cuyos tomos se pagaba á 1.500 ó 1.750 francos. En este grupo había cuatro: Balzac, Federico Soulié, Eugenio Sue y Julio Janin.

3.^a Autores cuyas obras no se vendían sino á razón de 1.200 ejemplares, y que cobraban de 1.000 á 1.200 francos por volumen. Eran otros cuatro: Alfonso Karr, el bibliófilo Jacob (Pablo Lacroix), la duquesa de Abrantes é Ida de Saint-Edme.

4.^a Autores que vendían hasta 600 á 900 ejemplares, y á quienes se daba por cada volumen 500 francos. Eran una docena, y entre ellos figuraba Alfredo de Musset.

5.^a Autores que vendían menos de 500 ejemplares y que cobraban de 100 á 300 francos por volumen. Eran numerosísimos; todos los demás, y entre ellos figuraba todavía Teófilo Gautier, que aquel año publicó *La señorita Maupin*, su primer libro de éxito.

* * *

AUXILIOS INVISIBLES.—Un maquinista de tren, Horacio Siever, empleado cuarenta y tres años en el ferrocarril central del Illinois, refiere en la revista *Light* que varias veces ha sido auxiliado en sus trabajos por un espíritu ó sér invisible, que le ha salvado, en ocasiones, de gravísimos peligros. Dice que cuando sale en la máquina, tiene la sensación de que el maquinista espectral está á su lado, pronto á socorrerle si es preciso. Una vez trasportaba un millar de veteranos á 60 millas por hora, cuando oyó una voz susurrarle al oído: «El puente está quemado, el puente está quemado.» En cuanto le fué posible, detuvo la máquina; pocos pasos más allá estaba el río con los restos humeantes del puente que se había quemado poco antes. Otra vez, guiando su tren, otro tren de viajeros, corriendo á gran velocidad, se acercaba, durante la noche os-

cura, por la misma línea, en sentido opuesto, en una curva Siever, que nada podía sospechar, oyó la voz misteriosa susurrarle: «Máquina atrás, máquina atrás.» Obedeció la orden, y apenas había retrocedido unos segundos, cuando apareció el otro tren, sin que el choque, así debilitado, tuviera consecuencias.

En el *Progressive Thinker*, la señora Treumer, viuda, de Chicago, refiere que su hijo Jorge quiso darse un baño después de comer; se lo prepararon, encendió la estufa de gas y se quedó en el cuarto para dárselo; la señora, contra costumbre, pues solía ir á la galería de Poniente para gozar de la puesta del sol, se quedó en la habitación contigua. Estaba triste, como si presintiera alguna desgracia. De pronto oyó una voz que la decía: «Vigila el cuarto de baño.»—¡Cómo!, pensó la viuda; mi hijo no es un chiquillo; ¿no está de más esa vigilancia?—«No», respondió la voz con decisión. Entonces la viuda tuvo la visión de su hijo yacente, con los ojos cerrados, en la tina, intentando en vano sostener su cabeza caída hacia atrás. Asustada la madre, se levantó y llamó á la puerta, oyendo como un lamento; volvió á llamar, en vano; forzó la puerta y halló á su hijo en tierra como muerto. El aire estaba saturado de gas. Aunque le había parecido notar una fuga, no había hecho caso y se había metido en el baño; allí sus sentidos se entorpecieron, su cabeza se puso pesada, y cuando quiso acudir ya era tarde. Sin la entrada de la madre, hubiera muerto asfixiado, pues costó trabajo volverle en sí.

*
* *

LAS MADRES DE LAS ACTRICES.—Entre las cosas que cuenta en sus recuerdos de teatro la señora Thenard, de la Comedia Francesa, en *La Revue*, de París, entresacamos las relativas á las madres de las actrices, entre las cuales las había verdaderamente caricaturescas.

La señora Thenard oyó un día á una madre de tragedia

decir confidencialmente á otra madre de canto:—Yo, señora, cuando mi hija cena con su amigo, me hago una ensalada de lechuga con huevos rojos. Ya comprende usted, ¿no es verdad? Como estoy sola, los huevos rojos me alegran siempre un poco.

Otra, muy original, era una madre de comedia, esclava de sus principios económicos, y que tenía por regla de conducta no gastar nada. Todo para ella era materia de economía, y su suspicacia igualaba á su avaricia. Como su hija tenía muy buen sueldo, tenía que tener la casa bien puesta; pero sus criados eran objeto de constante vigilancia, y la madre discurría las más inverosímiles artimañas para que no la robaran.

Un día que tenía convidados, y entre ellos la señora The-nard, al ir á servir el café, la madre levantó la tapa del azucarero, y lanzó un grito desesperado.—¡Ah! ¡La bribona—exclamó con tono trágico.—¿Qué pasa?—preguntaron los convidados.—¡Oh, la bribona, la bribona!—continuó diciendo ella sin hacer caso—¡me ha robado el azúcar!—¿Cómo, si está lleno el azucarero?—Sí, pero no está la mosca.—¿Qué mosca?—Sí—dijo con agitación,—¡la mosca! Yo atrapo todas las noches una mosca, y la meto viva en el azucarero; al día siguiente, si está la mosca, es señal de que la criada no ha tocado el azúcar; pero si no está, es que me lo ha robado. Vosotros lo habéis visto, ¿no es verdad? No estaba la mosca. ¡Bribona! ¡bribona! La voy á plantar ahora mismo á la puerta.

Y la enfurecida mujer se levantó y salió; se oyeron voces en la cocina, y poco después volvió la señora, cogió del aparador una cinta y un lápiz, y se puso á medir el vino que quedaba en cada una de las botellas. ¡Pobre mujer! Se hizo rica; pero luego su hija se casó con un americano que la comió en poco tiempo hasta el último céntimo.

Otra madre, la de una bailarina, recibió á la señora The-nard, encargada de organizar una velada, á las nueve de la mañana; la bailarina estaba todavía en la cama; pero su madre—una buena alsaciana—estaba ocupada en revolver una mixtura abigarrada, que hervía en un hornillo de níquel

sobre la chimenea; parecía chocolate por el olor, pero tenía un color verduzco y rosado. Intrigada por aquel color tan extraño, la Thenard preguntó:—¿Qué está usted haciendo, señora? No es cold-cream ni colorete, puesto que es verde y huele á chocolate.—No—dijo ella volviéndose con franca sonrisa,— es el almuerzo de Sibila, que estoy preparando.—Y como la señora Thenard pareciese no comprender, añadió:—Ya ve usted, señora: mi hija, bien lo sabe usted, es adorada por los abonados; estos señores la envían á cada momento cajas de caramelos, chocolates, bombones, pendientes, de todo, de todo; y, claro, yo, para que no se pierda todo, pues lo pongo á hervir todo junto, lo espumo, le quito el color, y Sibila se lo bebe. Es muy bueno; como que todo viene de las mejores casas. ¿Quiere usted probarlo? ¿Le hago una tacita?—¡No, no! ¡Muchas gracias! Ya me he desayunado.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Tra l'antipatriotismo di Hervé ed il patriotismo degli antiherveisti, por Eduardo Cimbali. Roma, 1908.—Folleto de 82 páginas, 3 liras.

Un nuevo ataque, tan vigoroso como los anteriores, contra el patriotismo agresivo y conquistador y contra las doctrinas corrientes de derecho internacional que lo preconizan y defienden. La serie de estos ataques es ya larga por parte del Sr. Cimbali, actual profesor de derecho internacional en Sassari. La empezó hace ya muy cerca de veinte años, y desde entonces no ha cesado de empuñar las armas y de disparar fuertes proyectiles. Claro está que los heridos por ellos no han recibido los latigazos con gusto, y se han revuelto cuanto han podido contra el implacable fustigador, el cual ha tenido por eso que sufrir sus correspondientes acometidas y persecuciones. A eso se expone uno, y tanto más, cuanto más radicales y rudos sean sus empujones, porque «donde las dan las toman...»

Yo estoy cada vez más persuadido de que estos revolucionarios é iconoclastas desempeñan un papel social de mucha trascendencia; pero me parece que, si la historia no se haría sin ellos, tampoco sería posible tejerla sin los otros, sin los conservadores, mestizos y oportunistas, defensores de todo *statu quo*, cuya intervención es en la vida, la prosperidad y el progreso sociales tan imprescindible como la de los contrarios. Es necesario convencerse de que en este orden, como en otros muchos, aun los que se tienen por más enemigos coope-

ran, quiéranlo ó no, casi siempre, á un resultado común, y que se ayudan más que se hostilizan.

El autor insiste en la necesidad de proscribir toda violencia en las relaciones internacionales, sustituyéndola por la voluntad de los individuos que, asociados libremente, constituyen los Estados-patrias, verdaderamente autónomos y dueños de sus destinos, mientras que la violencia dominante en las mentadas relaciones sólo engendra Estados-cárceles, con los dañosos y lamentables efectos que de tal situación se derivan. No está Cimbali por la disolución suicida de las actuales patrias, como resultaría de la aplicación de las doctrinas herveistas, para formar, una patria internacional federal, v. gr., europea, con el nombre, supongamos, según algunos quieren, de Estados Unidos de Europa, frente á otros Estados Unidos de América; pero menos aún se allana á tolerar el actual sistema de atentar homicidamente contra la vida y la independencia de unas patrias—las más débiles—por otras—las de mayor poderío militar,—invocando al efecto la conquista, ó el equilibrio político, ó la nacionalidad, la raza, los confines naturales, el protectorado, la penetración pacífica, la propaganda de la civilización, la colonización, etc.

Ya otras veces—desde que aparecieron los primeros libros de este autor—he dicho que su sistema de derecho internacional parece la aplicación á este orden de las teorías pactistas, singularmente de Rousseau y Proudhon. El régimen de vida internacional que preconiza es el del abstencionismo negativista de unos Estados con respecto á los otros, de que resultaría una coexistencia internacional parecida á la que para el derecho interno han defendido todos los individualistas, más ó menos kantianos. Pero también he dicho, y repito ahora, que tan imposible como es proscribir la fuerza del círculo de las llamadas relaciones jurídicas internas, para sustituirla con una completa libertad y ausencia de coacción, ha de serlo también lograr el mismo resultado en las relaciones de índole internacional. Igual en las unas que en las otras, lo que lleva el

nombre de derecho no es más que fuerza sistematizada y hecha habitual. Que se manifieste en forma de guerra, de pleitos, de competencia aduanera ó mercantil, de leyes, de sentencias, de penas, de órdenes de una autoridad, de régimen de mayorías, de plebiscito, etc., etc., lo mismo da: fuerza es siempre. La vida social humana, hágase como quiera, no puede ser quizá nunca sino una variedad de la acción impositiva de unos hombres sobre otros, es decir, una variedad de la coacción, de la violencia y de la esclavitud. Está ello acaso en el orden mismo de las cosas, al que es inherente de manera ineludible. En otro sitio trataré más al por menor esta cuestión, cuya importancia no parece que puede ser negada.

P. DORADO

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El desastre de Cavite, sus causas y sus efectos</i> , por el Contralmirante Patricio Montojo.....	5
<i>Juan Valera</i> , por Havelock Ellis.....	15
<i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen.....	35
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	80
<i>El problema catalán y la lengua catalana</i> , por Lorenzo Benito...	92
<i>Parnaso internacional.—La bendición</i> , por Carlos Baudelaire	126
<i>El centenario de Edgard Allan Poe</i> , por Angel Guerra.....	130
<i>Algunas consideraciones sobre el Ejército español</i> , por Mariano Marfil.....	145
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	162
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	169
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	203

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración,
López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
175		131	
Aguanno. — La génesis y la evolución del Derecho civil.	15	— La Hechizada.	3
176		120	
— La Reforma integral de la legislación civil.	4	— Las Diabólicas.	3
177		124	
Alcofurado. — Cartas amatorias de la monja portuguesa.	3	— Una historia sin nombre.	3
315		110	
Amiel. — Diario íntimo.	9	— Venganza de una mujer.	3
327-328		130	
Antoine. — Curso de Economía Social, 2 vols.	16	Baudelaire. — Los paraísos artificiales.	3
178		163	
Anónimo. — ¿Académicas?	1	Becerro de Bengoa. — Trueba.	1
179		174	
— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.	1	Bergeret. — Eugenio Mouton (Merinos)	1
183		353	
Araujo. — Goya.	3	Boccardo. — Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política	10
180		311	
Arenal. — El Delito colectivo.	1,50	Boissier. — Cicerón y sus amigos.	8
182		380	
— El Derecho de gracia.	3	— La Oposición bajo los Césares.	7
181		169	
— El Visitador del preso.	3	Bourget. — Hipólito Taine	0,50
323		395	
Arnó. — Las servidumbres rústicas y urbanas.	7	Bréal. — Ensayo de Semántica.	5
114		447	
Arnold. — La crítica en la actualidad.	3	Bredif. — La Elocuencia política en Grecia.	7
172		399	
Asensio. — Fernán Caballero.	1	Bret Harte. — Bloqueados por la nieve.	
39		300	
— Martín Alonso Pinzón.	3	Buisson. — La Educación popular de los adultos en Inglaterra.	6
184		367	
Asser. — Derecho Internacional privado.	6	Bunge. — La Educación.	12
368		185-186	
Bargehot. — La Constitución inglesa.	7	Burgess. — Ciencia política y Derecho constitucional comparados (dos tomos)	14
391		187	
— Leyes científicas.	4	Buylla. — Economía.	12
416		36-37	
Baldwin. — Elementos de Psicología	8	Campe. — Historia de América (dos tomos).	6
111		156	
Balzac. — César Birotteau	3	Campoamor. — Cánovas.	1
54		79	
— Eugenia Grandet.	3	— Doloras, cantares y humoradas.	3
112		69	
— La Quiebra de César Birotteau.	3	— Ternezas y flores.	3
62		317-354-371	
— Papá Goriot.	3	Carlyle. — La Re-	
76			
— Ursula Mirouet.	3		
2			
Barbey d'Aurevilly. — El Cabecilla.	3		
12			
— El Dandismo y Jorge Brummel.	3		

N.º del Catál.º	Pesetas	N.º del Catál.º	Pesetas
		192	— Problemas jurídicos contemporáneos..... 3
393	— Pasado y presente.... 7	31	Dostoyusky. — La casa de los muertos..... 3
188	Carnevale. — Filosofía jurídica. — Crítica penal..... 5	33	— La novela del presidio. 3
189	— La cuestión de la pena de muerte..... 3	301	Dowden. — Historia de la literatura francesa.. 9
102	Caro. — Costumbres literarias..... 3	402	Dumas. — Actea..... 2
140	— El Derecho y la fuerza. 3	326	Emerson. — La ley de la vida 5
58	— El pesimismo en el siglo XIX..... 3	332	— Hombres simbólicos. . 4
65	Caro. — El suicidio y la civilización..... 3	413	— Ensayo sobre la naturaleza..... 3,50
127	— Littré y el Positivismo..... 3	442	— Inglaterra y el carácter inglés..... 4
363	— La filosofía de Goethe 6	459	— Los veinte ensayos... 7
293	Castro. — El libro de los galicismos..... 3	340	Eltzbacher. — El anarquismo, según sus más ilustres representantes. 7
361	Champcommunale. — La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado 10	342	Ellis Stevens. — La Constitución de los Estados Unidos..... 4
190-191	Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer (<i>dos tomos</i>)..... 15	193	Engels. — Origen de la familia, de la propiedad y del Estado 6
64	Coppée. — Un idilio..... 3	162	Fernán Flor. — Tamayo.. 1
40	Cherbuliez. — Amores frágiles.. 3	158	— Zorrilla..... 1
26	— La tema de Juan Tozudo 3	155	Fernández Guerra. — Hartzenbusch 1
93	— Meta Holdenis..... 3	92	Ferrán. — Obras completas 3
18	— Mis Rovel..... 3	73	Ferry. — Nuevos estudios de Antropología..... 3
91	— Paula Mere..... 3	329	Fichte. — Discursos á la Nación Alemana. La regeneración y educación de la Alemania moderna..... 5
394	Colombey. — Historia anecdótica de El Duelo. 6	352	Finot. — Filosofía de la longevidad..... 5
437	Comte. — Principios de Filosofía positiva..... 2	357	Fitzmaurice - Kelly. — Historia de la Literatura española..... 10
404	Couperus. — Su Majestad. 3	24	Flaubert. — Un corazón sencillo..... 3
297-298	Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo (<i>dos tomos</i>).. 15	390	Flint. — La Filosofía de la Historia en Alemania.. 7
59	Daudet. — Cartas de mi molino..... 3	196-197	Fouillee. — Historia de la filosofía (<i>dos tomos</i>) 12
125	— Cuentos y fantasías.. 3	195	— La ciencia social contemporánea..... 8
93	— El sitio de París..... 3	194	— Novísimo concepto del derecho..... 7
13-14	— Jack (<i>dos tomos</i>)... 6	451-452	— Historia de la filosofía de Platón (<i>dos tomos</i>)..... 12
22	— La Evangelista..... 3	333	Fournier. — El ingenio en la historia..... 3
46	— Novelas del lunes.... 3		
100	— Tartarín en los Alpes 3		
425	Dollinger. — El Pontificado 6		
166	Dorado. — Concepción Arenal..... 1		
289	— El Reformatorio de Elmira..... 3		